

“En cuestiones de ciencia, la autoridad de mil
no vale el humilde razonamiento de uno sólo”

(G. Galilei)

“En cualquier caso no se trata de imaginar relaciones
en la propia mente, sino de descubrirlas en los hechos”

(F. Engels)

A todos los compañeros.

El documento que tenéis ante vosotros es el fruto de un trabajo de muchos meses que, con buenos motivos, podemos definir como de partido, y en el cual han colaborado junto a la sección de Schio otras secciones y compañeros que han sentido –una vez comprendido lo que estaba sucediendo- la exigencia de una clarificación. Este trabajo se hizo absolutamente necesario para establecer algunos puntos sólidos de los que partir.

Hemos sido obligados a esto en tanto que dentro de las filas del partido está ausente ya desde hace mucho tiempo el correcto funcionamiento del centralismo orgánico; por el contrario, está totalmente ausente. Por disciplina de partido hemos estado en silencio –y también se nos ha criticado por ello- durante muchísimo tiempo, intentando que el centro modificara ese camino; para comprobarlo, los compañeros no tienen más que leer toda la correspondencia mantenida entre el centro y la sección de Schio. Por otro lado, no hemos sido los únicos en lanzar señales de alarma desde la periferia que, por desgracia, quedaron sin atender. A estas peticiones se respondió con el silencio primero; después con maniobras, mentiras y calumnias dignas de un grupo estalinista; a continuación con llamadas a una disciplina formal y burocrática; y por fin con procedimientos de expulsión (aunque si bien hipócritamente no se quiso usar este término, la esencia no cambia) que han golpeado la sección de Schio, después la de Madrid y, últimamente, la sección de Mesina, en cuyo tratamiento ni siquiera se ha dado el esfuerzo de producir una comunicación escrita: simplemente, se interrumpió el envío del periódico y no se envió la circular de convocatoria para la Reunión General. ¡Se ha llegado a afirmar que estamos en el partido para hacer “entrismo” (práctica que es totalmente ajena al materialismo marxista por motivos obvios), y que habríamos apuñalado por la espalda al centro actual!

Son cosas que se comentan por sí mismas, y que bastarían para calificar a nuestros contrincantes. El centro, una vez que se comenzó a saber lo que estaba sucediendo, ha acumulado una impresionante serie de torpezas que, en el lenguaje de la impotencia, significan simplemente hostilidad. Hostilidad con cualquiera que hubiera planteado críticas respecto a la deriva actual que nos lleva a unos arrecifes de los que será imposible salir. Si una nave toma una ruta equivocada y peligrosa es deber de toda la tripulación avisar al puente de mando y, si este sigue sordo a esos avisos, es deber de la tripulación imponer, en primer lugar, que se escuchen y, si esto no fuera suficiente, restablecer la ruta correcta antes de que sea demasiado tarde. Y, aunque el capitán de la nave tuviera razón y la tripulación equivocada, sería un error no escuchar esos avisos y considerar como amotinados a todos aquellos que plantearan críticas.

Las Tesis del Partido son incluso demasiado claras: la condición que impide a los centros todo derecho a obtener la obediencia de la base se basa en el hecho de que esos centros estén “en el camino de la desviación”, y no por que hayan llegado al final de aquel recorrido. Esta última interpretación al uso coincide, por el contrario, con cuanto sostenía el Centro en 1981. mistificando

e invirtiendo el sentido del Centralismo Orgánico: en contestación a los actos de “indisciplina” de la Sección de Turín, el Centro, tras ser interrogado por la formación de fracciones y sobre su utilidad, que se manifiesta en presencia de una “irremediable degeneración de los viejos partidos y su dirección”, se pregunta: “¿Hemos llegado nosotros a tanto? Nosotros lo negamos firmemente, vuestra carta [...] no menos decididamente lo afirma” (Carta central de expulsión de la Sección de Turín, Mayo de 1981). La cuestión es que para la Izquierda las fracciones son útiles cuando los viejos partidos están ya degenerados de forma irreversible, pero la disciplina hacia los Centros cae no cuando “han llegado a tanto”, sino mucho antes, cuando aún están “en el camino de la desviación”. El Centro actual ha sido aún mas explícito, afirmando que “en ausencia de evidentes demostraciones de no apoyo a nuestro programa por parte del Centro actual, este mismo Centro exige ser escuchado y seguido (a nuestra manera, obviamente, que no tiene nada de personalista)” (Carta del Centro del 24-12-02). Si para rechazar el derecho del Centro a exigir obediencia debiéramos esperar que el mismo se desviara de forma palpable, o que esté irremediablemente degenerado, el destino del partido y de la Revolución estaría ya mientras tanto irremediablemente marcado.

Nosotros no reconocemos de ninguna manera estos procedimientos, ni en la forma ni en la esencia. Guste o no guste a alguno, nos consideramos aún parte integrante del partido, y será el partido en su totalidad quien decidirá si las tres secciones incriminadas y todos los compañeros que quisieran hacer críticas forman un conjunto con los demás o por el contrario están fuera de la organización. En esta última eventualidad lamentable, continuaremos nuestro trabajo de partido en estrecho contacto con el partido histórico del que consideramos no habernos separado. Otros –pocos- se han separado y mantienen secuestrado todo el partido acumulando error tras error, intentando resolver los problemas por la vía burocrática y disciplinaria. Así los problemas no se resuelven; se agravan.

Por lo tanto el documento debe, como decíamos, servir para clarificar. Por el contrario, no está entre nuestras intenciones pedir a los compañeros a que se definan; algo que el centro quiere impedir. Queremos enderezar el partido junto a todas las secciones; de otra manera, nos habríamos ido ya, y ciertamente no habríamos perdido muchos meses redactando este documento.

El restablecimiento del centralismo orgánico es la condición necesaria, si bien no suficiente, para volver al camino correcto. Los compañeros han tenido conocimiento con mucho retraso, de forma fragmentaria y, premeditadamente, distorsionada lo que estaba sucediendo. Al principio muchos no se hicieron demasiadas preguntas, siendo suficiente lo que se les venía comunicando con el balance y con la superioridad de poder manejar los tiempos.

Posteriormente, según emergía la naturaleza real de las cosas, la alarma se ha extendido a otras secciones y compañeros –es el caso de la sección de Roma, cuya comunicación enviada a todos encontró muchos apoyos y a la cual el centro nunca respondió- que han querido ver claro. Y lo han hecho de la única manera posible. En espera de poder leer el documento (en vista de que lo que habían leído era solamente un borrador –y el centro lo sabía desde hacía meses- y por añadidura ha sido puesto en circulación sin las notas esenciales) se han puesto en contacto con nosotros, solicitando aclaraciones y teniendo acceso a la documentación escrita. Algunos no han estado totalmente de acuerdo con nosotros pero hemos coincidido en la cuestión del centralismo orgánico. No se trata de cuestiones de errores, que siempre son posibles y que el Partido ha cometido en efecto; lo extraño sería lo contrario. La cuestión es que si disminuye la capacidad de corregirlos refiriéndose continuamente a los puntos esenciales de la doctrina, los “errores” suceden a los “errores”, determinando un proceso continuo y cada vez mas grave de desviaciones del programa, generando en suma una peligrosa deriva. Esto es lo que está sucediendo. Y ante esto no podíamos dejar de reaccionar.

No nos parece pedir demasiado sin pedimos a los compañeros evitar juicios sumarios y tomar en

consideración toda la documentación. Esto nos parece lo mínimo.

No es inútil, para evitar polémicas artificiosas y banales, subrayar que no se trata aquí de poner de relieve de forma anecdótica y antimarxista quien tiene razón y quien no, personalizando el enfrentamiento político. Por tanto no consideramos que el hecho de haber tenido razón en el pasado al dar la alarma sobre una serie de desviaciones presentes en el Partido, implique necesariamente tener razón hoy al dar la alarma sobre el resurgir de desviaciones o sobre la aparición de otras. Quien ayer estaba en lo cierto puede estar hoy equivocado, y no somos magistrados designados para desarrollar esta función de auténticos o presuntos méritos adquiridos. Lo que si consideramos, sobre la base de las enseñanzas de la Izquierda, es que todo el conjunto del Partido debe ejecutar esta función, velando por que el Centro no se aparte del Programa.

Lo repetimos: aceptaremos nuestro alejamiento únicamente si lo pide todo el partido. En tal caso – como es en la praxis del centralismo orgánico- la cosa se realizará automáticamente sin ridículas expulsiones y serán los hechos los que dirán, de forma materialista, quien ha permanecido sobre la vía del partido histórico y quien se ha separado.

“En general creo que en primer lugar, hoy, más que la organización y la actividad, se debe plantear un trabajo previo de elaboración de ideología política de la izquierda internacional, basada en las experiencias elocuentes intercambiadas en el Comintern” (Carta del representante de la Izquierda Italiana a Karl Korsch, 28.10.1926)

“La crítica sin el error no perjudica ni la milésima parte de lo que daña el error sin la crítica” (El peligro oportunista y la Internacional, 1925)

“No es un mal método dar al contrincante opiniones un poco más erróneas, es por el contrario un método marxista útil, cuando conduce a excelentes clarificaciones de puntos importantes, pero que incluso en tanto tiempo elementos de primera línea no han asimilado.[...] Evidentemente, siempre que el resultado sea bueno no es muy grave haber prestado al otro una tesis que no era justo la suya; no nos interesa la democracia en la polémica y no debemos llegar a puntuaciones de méritos escolásticos y mucho menos a una clasificación para ver quien es el mejor; estamos justamente contra estas baratijas. Puede ser útil una respuesta inventada para continuar; y a la vez, escribiendo la fórmula conscientemente falsa se encuentra la solución de la ecuación descubriendo un camino que en el procedimiento normal no estaba; y tampoco es que se haya enviado a nadie a la cárcel” (Carta de Alfa a Onorio, 31.7.1951)

Por la defensa de la tradición revolucionaria en la Izquierda Comunista

Vicisitudes del Partido Formal de 1972 a 1982-1983 y tras 1984.

Punto nº 1: la degeneración del órgano formal en los años 70,

Punto nº 2: regreso a los métodos papeleros y democráticos,

Punto nº 3: se vuelven a recoger del fango las banderas abandonadas por la burguesía

Punto nº 4: necesidad de un balance político de la crisis del Partido

Punto nº 5: el bienio 1982-1983, una oda al activismo movimientista

Punto nº 6: el Partido ante el movimiento estudiantil

Cuestiones de doctrina: el ataque al “marxismo vulgar” está unido con la regresión a “la política lo primero”, con la falsificación de la función del Partido Comunista y la devaluación del papel histórico de la Izquierda italiana y de la clase obrera internacional.

Punto nº 7: Sobre el comunismo rudo y el marxismo vulgar

Punto nº 8: las condiciones indispensables para el éxito de la lucha revolucionaria

Punto nº 9: naturaleza del Partido Comunista

Punto nº 10: relación entre Partido y clase

Punto nº 11: táctica del Partido hacia las otras fuerzas políticas

Punto nº 12: teoría y práctica

Punto nº 13: los intelectuales y el Partido

Punto nº 14: las bases de adhesión al Partido implican la exclusión de los sacerdotes y de los proletarios que conservan la fe en dios

Punto nº 15: el papel histórico de la Izquierda Comunista de Italia

Punto nº 16: el papel histórico de la Segunda Internacional

Punto nº 17: el papel histórico de la Cuarta Internacional

Punto nº 18: la aristocracia obrera

Cuestiones de táctica: la definición de los recursos tácticos, la relación táctica/estrategia, la cuestión sindical y nacional y el curso del imperialismo hacia la Tercera Guerra Mundial

Punto nº 19: el papel histórico de la Tercera Internacional

Punto nº 20: táctica y estrategia del Partido revolucionario

Punto nº 21: caracteres formales de la acción “externa” del Partido

Punto nº 22: ¿genocidio judío ó explotación capitalista en los lager?

Punto nº 23: la cuestión sindical

Punto nº 24: la cuestión nacional

Punto nº 25: relación entre crisis económica y crisis revolucionaria

Punto nº 26: curso del imperialismo y guerra

Cuestiones de organización: ¿centralismo orgánico ó “centralismo compacto”?

Punto nº 27: que disciplina y jerarquía deben regir en el Partido Comunista

Punto nº 28: la lucha política en el Partido

Punto nº 30: burocratismo, máscara de la ausencia de homogeneidad política

Punto nº 31: el método de trabajo

Vicisitudes del Partido Formal desde 1972 hasta 1982-1983 y tras 1984.

Punto nº 1: la degeneración del Órgano formal en los años 70.

EL PARTIDO FORMAL, EN TANTO PRODUCTO DE LA HISTORIA NO PODÍA PASAR INDEMNEMENTE A TRAVÉS DEL MÁS PROFUNDO Y DURADERO CICLO

CONTRARREVOLUCIONARIO. Es absurda y antimarxista la pretensión de que a la curva continua y armoniosa del Partido Histórico deba necesariamente corresponder una línea igualmente continua y armoniosa del Partido Formal. Ha sido la Izquierda la que nos ha enseñado basándose en la experiencia histórica del proletariado mundial, que el recorrido del Partido Formal describe una línea accidentada: nosotros nos limitamos a repetirlo. Es precisamente la errónea convicción del paralelismo de las dos curvas, por el contrario, la que anima a cuantos, ilusionándose en una presunta continuidad del P.C.Int. en las tres décadas que van de 1951 a 1982 sostienen apoyándose en una simple petición de principio que los errores que seguramente se cometieron por el Partido Formal en los años 70 pueden haber contribuido a la maduración de la crisis de 1982, pero que no por ello han afectado a características esenciales, porque haber quedado por decreto divino limitados a la esfera de los inevitables errores de detalle; rechazan con desprecio hasta la hipótesis de que el Partido en aquel período haya degenerado –ó –lo que es lo mismo- que haya desembocado en un “Nuevo Curso”, y lo hacen con la inclinación del moralista, con el ceño del servidor fiel pero obtuso de la organización existente, en nombre de un mal entendido patriotismo de partido que no es más que fetichismo organizativo, y por tanto lo hacen sin preocuparse lo más mínimo de entrar en los méritos de los argumentos que demuestran la inconsistencia de sus convicciones prefabricadas. Nuestra corriente, en las candentes batallas de los años 20, previno del “ciego optimismo de oficio”, según el cual “todo va bien, y quien se permite dudar no es más que una peste que hay que enviar lejos lo antes posible”, síntoma que caracterizaba “el peor liquidacionismo del partido y de la Internacional, acompañado por todos los fenómenos característicos y bien conocidos del filisteísmo burocrático”[1]. Ateniéndonos al mismo modo de valoración, nosotros hoy estamos obligados a reconocer que, aunque a una escala infinitamente menor, el mismo proceso se ha reproducido en nuestro Partido, a medio siglo de distancia. El P.C.Int. de hecho, tras algunos no irrelevantes patinazos sobre la cuestión sindical en los años 1968 a 1971, patinazos que, aún llegando al absurdo de la “defensa de la CGIL roja”[2], no habían dañado los principios, inició a partir de 1972 [3] y después, de forma aún más clara, desde 1974 y 1975[4] un alejamiento de la “curva continua y armónica del partido histórico” [5]. Se inició de esta forma un auténtico “Nuovo Corso” que, desarrollándose mediante una revisión de la actividad “externa”, llegó de forma gradual a disolver su misma base constituyente. Las primeras rupturas de la continuidad de la línea del Partido llegaron, como de costumbre, en el terreno de la táctica: se comenzó con invitaciones a los proletarios para acudir a votar con ocasión del referéndum sobre el divorcio y el aborto en Italia y el referente a la inmigración en Suiza[6], y se acabó con la participación en aquellos mismos y reales frentes únicos políticos que fueron los diversos Comités creados en Italia por grupitos extraparlamentarios en ausencia de una auténtica participación obrera (como el “Comité nacional contra los despidos” de 1979) ó –aún peor- en los Comités contra la represión, y si pasó paralelamente de la adhesión a movimientos interclasistas por definición, como los de los inquilinos y los sin casa en Italia y en Alemania, a la participación en movimientos esencialmente pequeño-burgueses, como los de los estudiantes en el caso de Italia, todos presentados de forma equivocada como el inicio de la recuperación de la lucha de clases con el único fin de justificar la manía activista de menear la cola a toda costa. Después llegaron, como era inevitable, los daños en el

terreno de la doctrina: de la ruptura de la consigna de anonimato, efectuada a partir de 1976 con la publicación de los textos de la Izquierda con el nombre y el apellido del más conocido representante de una editorial paralela[7] se llegó al repudio del “partido-programa”[8] basándose en una concepción voluntarista de la acción del partido (ver a propósito de esto la Contratesis nº 3), para acabar elaborando la falsa teoría de los “suplementos de las revoluciones dobles” en América Latina y en Medio Oriente, inspirada en la tesis togliatiana del “segundo renacimiento” en Italia[9], y esto siempre por la manía de correr tras los “movimientos” que, entonces, como hoy, ocupaban el escenario agitando el banderín de un falso “antiimperialismo” tercermundista. Y, en fin, la línea de la Izquierda fue quebrada en el terreno de la organización: se recurrió incluso a finales de los años 70 al método de las expulsiones sistemáticas de las secciones “no alineadas” (Ivrea, Turín, Marsella y las otras secciones del sur de Francia), y el forzado alejamiento de las otras tres secciones “indisciplinadas” (Madrid, Schio, Benevento-Ariano, Irpino y Torre Anunziata), y se adoptaron al mismo tiempo artificiosas normas de seguridad, idóneas solamente para ilusionar a los militantes sobre una inminente apertura de una nueva “fase revolucionaria”, y otras medidas típicas del período de recuperación clasista, pero que, en la situación real de entonces, solo consiguieron consumir de forma insensata las energías de los compañeros, “quemándose” no pocos en el frenesí de una actividad externa sin pies ni cabeza. En 1982-1983 el Partido tuvo por lo tanto el futuro que su curso degenerativo previo había sabido preparar: se determinó por ello, como continuación lógica del “Nuevo Curso”, el repudio abierto y simultáneo de la línea de la Izquierda por parte del Centro en todos los planos. En el terreno de la táctica: disolución del Partido en el interior de los “movimientos sociales” interclasistas y pequeño-burgueses según la versión inicial del liquidacionismo, propia de la Central franco-alemana imperante en 1982, mantenimiento de un conjunto amorfo que habría trabajado “por el partido comunista internacional” según la siguiente versión del liquidacionismo, propia de la nueva Central italiana imperante en 1983. En el terreno de la doctrina: enunciado de la tesis insensata del presunto papel “anticapitalista” del clero progresista[10], y también del ecologismo y del pacifismo[11], presentación incluso del partido-programa como un obstáculo al desarrollo de un igualmente poco definido “movimiento revolucionario”, enunciado de la teoría del “vicio de origen de la Izquierda”, y por ello de la necesidad de “volver a Lenin”. En el terreno de la organización: regresión de los que se quedaban a los métodos del centralismo democrático y elección de un Comité Central. No es una cuestión de “errores”, que siempre son posibles y que el Partido en efecto cometió también antes de los años 70, como fue el caso, por ejemplo, del “sindicato rojo”. La cuestión es que después de 1972 disminuye la capacidad de corregirlos volviendo continuamente a los puntos miliares de la doctrina, y por ello “los “errores” siguieron a los “errores”, determinando un proceso continuo y cada vez más grave de desviación del programa, generando en suma aquella auténtica deriva movimientista que fue la esencia del “Nuovo Corso”.

Punto nº 2: el regreso a los métodos electoralistas y democráticos.

EL ABSTENCIONISMO COMUNISTA ES INTEGRAL Y DEFINITIVO, Y POR ELLO EXCLUYE PARA SIEMPRE CUALQUIER RECURSO A LOS FRADICI MECANISMOS DE LA DEMOCRACIA REPRESENTATIVA Y A AQUELLOS, AÚN MÁS INSIDIOSOS, DE LA DEMOCRACIA DIRECTA. Es sabido que en la inmediata posguerra, nuestro Partido (en aquella época P.C. Internazionalista) no solo no excluye de forma hipotética la participación con las sagradas papeletas de la democracia representativa, aunque fuera solamente en el marco táctico del “parlamentarismo revolucionario”[12], sino que presentó sus candidatos a las elecciones[13]. Una equivocación semejante, explicable aunque no justificable ante la perspectiva de una nueva posguerra roja, fue corregida después por el mismo Partido, que demostró de este modo su capacidad de recuperar la ruta momentáneamente perdida sobre la base de la brújula marxista.

La perspectiva leninista del denominado “parlamentarismo revolucionario” fue a continuación en la práctica definitivamente enterrada a la luz del balance dinámico de medio siglo de batallas y derrotas del movimiento proletario: “El parlamentarismo, siguiendo el desarrollo del Estado capitalista que asumirá claramente la forma de dictadura que el marxismo le descubrió desde el principio, va poco a poco perdiendo importancia. Incluso las aparentes supervivencias de las instituciones electivas parlamentarias de las burguesías tradicionales van agotándose, permaneciendo únicamente una fraseología, y poniendo en evidencia en los momentos de crisis social la forma dictatorial del estado, como última instancia del capitalismo, contra el que ha de ejercerse la violencia del proletariado revolucionario. El partido, por tanto, en este estado de cosas y en las actuales relaciones de fuerza, se desinteresa de las elecciones democráticas de cualquier tipo y no efectúa ninguna actividad en dicho campo”[14]. Y su consigna, por tanto, solo puede ser una: “Que el proletariado vuelva la espalda para siempre al innoble teatro de marionetas, y busque el oxígeno de las grandes batallas presentes y futuras –para decirlo como Trotski_ allí en donde solo se puede respirar: fuera de aquellos muros, en las plazas”[15]. Lo que la Izquierda marca en los años de posguerra es un auténtico balance del parlamentarismo en general y del parlamentarismo revolucionario en particular: “si en 1926 [...] Bujarin [...] hubiese podido con el espíritu del II Congreso [de la Internacional Comunista, NdR] el balance de cinco años de «parlamentarismo revolucionario» en los principales partidos comunistas de Occidente, el cuadro no hubiera sido menos triste que aquel que describió en 1920 en referencia a partidos que todavía albergaban en su seno abundantes filas reformistas. El Partido alemán había por el contrario obtenido grandes éxitos electorales, pero, en la misma medida, había perdido en combatividad y atracción sobre el terreno – el único que en 1920 estaba sujeto a juicio- del enfrentamiento de clase: ¡aún recogerá votos la víspera del incruento ascenso de Hitler al poder!. En cuanto a su actividad parlamentaria no solo no podía exhibir ningún ejemplo de “aprovechamiento” de la tribuna del Reichstag a fines de propaganda y de batalla revolucionaria, sino que había justificado la alarma de la Izquierda en el II Congreso, participando en 1923 en el gobierno con los socialdemócratas de Sajonia y Turingia (haciendo de celestina el Ejecutivo de la I.C.) y, tras la elección de Hindenburg a la presidencia del Reich, lanzando propuestas de... frente único electoral y parlamentario no solo con la socialdemocracia, sino con la «izquierda» burguesa. El P.C. de Francia se había traído, en cada reunión de Moscú, los rayos de la I.C. por su crónica enfermedad parlamentarista, por el ausente o insuficiente «uso del parlamento» durante la ocupación del Ruhr, o peor aún, durante la guerra colonial del Riff, mientras en el plano de las elecciones administrativas volvía a los antiguos amores con el apoyo a las «uniones de izquierda» (táctica de Clichy)”[16].

Si es verdad que “la táctica [del parlamentarismo revolucionario, NdR] buscada por Moscú fue disciplinadamente, incluso con empeño, seguida por el partido de Livorno”, se reconocía abiertamente que “por desgracia la subordinación de la revolución a las corruptas instituciones de la democracia estaba ya en curso internacional y localmente, y el punto de encuentro leninista de los dos problemas, así como su peso relativo, se revelaron como insostenibles. El parlamentarismo es como un engranaje que se agarra a nosotros y nos tritura. Su uso en un tiempo «reaccionario». Sostenido por Lenin era aceptable; en un tiempo de posible ataque revolucionario se dan acciones en las que la contrarrevolución burguesa gana fácilmente la partida. En diversas situaciones y en mil períodos, la historia ha demostrado que no hay mejor desvío de la revolución que el electoralismo”[17]. Y aún más: “Si insistimos unas vez más sobre esta fase, es para afianzar los estrechos lazos que hay entre toda afirmación de electoralismo, parlamentarismo, democracia, libertad, y la derrota, el paso atrás del potencial proletario de clase”[18]. No se trata aquí por consiguiente de un balance sobre las instituciones parlamentarias, sino sobre el electoralismo en general, la democracia en todos sus aspectos y la denominada “libertad civil” en primer lugar, como de hecho el Partido establece implícitamente unos años más tarde: “tras el ensayo de los frentes populares y de los bloques de resistencia partisana [...] hay un abstencionismo total y definitivo, que la Izquierda transmite a las futuras generaciones revolucionarias”[19].

En 1974, discutiendo la intención de reducir el abstencionismo “a principio intemporal y suprahistórico” se preconizó tristemente y sin ningún pudor la necesidad, a propósito del referéndum sobre el divorcio, de “utilizar un medio burgués [la papeleta] para mantener con vida un burguesísimo y muy mezquino derecho civil [el divorcio]”[20]. Según aquellos primeros balidos del “Nuovo Corso”, “puestos ante la alternativa que plantea el referéndum –una pizca de divorcio ó la indisolubilidad perpetua del vínculo matrimonial- los proletarios votarán con buenos motivos contra la abrogación de la ley existente, como votarían, dado el caso, contra la abolición de la asistencia médica en la fábrica por escasa y mezquina que fuera; mejor una brizna que nada”[21], sin acordarse de invitar a los proletarios a equilibrar esa pizca contra los propios métodos de la lucha de clase. Sin percatarse que inclinándose ante las sagradas papeletas del referéndum en marcha con la excusa de que “con el referéndum no se trata de sancionar instituciones específicas del dominio burgués como el parlamento o las administraciones comunales”[22], acababa con la genuflexión ante los mecanismos de la democracia directa que, de entonces en adelante, se utilizaron precisamente como antídoto a la lucha de clases y como integración de los tradicionales y ahora agotados mecanismos indirectos de la democracia representativa, y que mas funcionaron en ese sentido cuanto mas fueron invocados y utilizados para dirimir las controversias sindicales que previamente se afrontaban en el terreno de la huelga. Lo que de forma obtusa no se quiso ver es que la democracia directa es en sí misma una institución específica del dominio burgués, como si hubiera necesidad de reunir a las personas físicamente en una habitación para que pudiera hablarse de una institución política del estado burgués, como si –mutatis mutandis- haya necesidad de las personas físicas de los capitalistas para que subsista el Capital como relación social. Cuando las luminarias del “Nuovo Corso” que desde lo alto de su cátedra de “marxismo” habían dedicado a los compañeros recientemente expulsados (pertenecientes a la sección florentina que se organizó en torno en torno al periódico “Il Partito Comunista”) el elegante epíteto de “basura” y de “cretinos” se vieron obligados, rindiéndose a la evidencia, a dar frenazo y marcha atrás, y a “descubrir” sin enrojecer de vergüenza por las bestialidades de antes, que también la democracia directa es un arma institucional de la patronal (ver a propósito de ello el artículo “En el vértice de la referendumania”, el programma comunista nº 10,1975) . ¿No había precedentes de los que tomar referencia? ¿Estábamos ante una situación imprevista? En absoluto. En 1945 nuestro Partido, si bien no era aún homogéneo, si estaba bien precavido de dejarse sugestionar por la sirenas del referéndum que ponía la elección entre la forma monárquica y la republicana del dominio burgués. No había dicho que era preferible un pedazo de burguesísima y mezquina república antes que la permanencia del Saboya, y tampoco dijo por consiguiente que los proletarios hubieran votado con buenos motivos contra la monarquía. Había dicho algo muy diferente: “Nosotros no estamos desde luego por la monarquía del Saboya, como no estamos por ninguna monarquía, y esperamos su eliminación del panorama nacional con la misma urgencia apasionada y el mismo interés que tendríamos por la eliminación del cáncer de una persona querida, pero denunciamos el intento de hacer de la cuestión institucional un problema fundamental, un expediente de adormecimiento de las masas para alejarlas del verdaderos y realmente objetivos fundamentales de su lucha”[23]. Y continuaba: “la denominada cuestión institucional, es decir la de la sustitución de la monarquía por la república, no representa por si misma una aportación a nuevas soluciones sociales, como no la había representado en el régimen italiano del Norte. El proletariado revolucionario tiene interés en responsabilizar a la dinastía saboyana de su papel en la contraofensiva burguesa fascista exactamente como tiene interés en pedir responsabilidades a todos los grupos sociales de las clases privilegiadas italianas y a todas las jerarquías de los partidos que hoy se colocan, para servir a esas clases dominantes, en el terreno de la colaboración y de la unidad nacional. Cuando el proletariado revolucionario esté en condiciones de hacer añicos el aparato de estado burgués, reservará la misma suerte al vértice jurídico que toque, rey o presidente”[24]. Basándose en experiencias posteriores de las reiteradas fiestas de referéndums en los años 70, que siempre se ha identificado como un desvío a la lucha de clases aún mas insidioso de los ahora agonizantes ritos de la democracia representativa, queda por tanto excluido el recurso a las instituciones y a los mecanismos de la democracia directa como arma para obtener grandes o pequeñas concesiones a los intereses de los obreros. Y queda establecido que

el Partido propugna la abstención en todo tipo de contienda democrática –referéndums incluidos- y hace propaganda de la necesidad de la acción directa de los trabajadores en el terreno de estos mismos intereses inmediatos que se quieren defender a golpe de papeleta, destacando de esta forma la táctica del abstencionismo integral y definitivo fijada por el Partido en la posguerra tras las polémicas arriba recordada sobre la posibilidad de recurrir al “parlamentarismo revolucionario” y en apoyo de los mismos.

La única excepción a dicha regla, que se deriva de la experiencia histórica, está en la práctica representada por aquellos casos en donde la contienda electoral esté claramente condicionada y sometida a la acción de las bandas armadas de la contrarrevolución. Cuando el Partido estaba todavía vinculado a la práctica del “parlamentarismo revolucionario” la participación de los comunistas en las consultas populares que se dieron bajo las porras fascistas presentaba la doble ventaja de ser una confirmación evidente de nuestra polémica sobre el carácter de farsa de cualquier llamada a las urnas y eventualmente, si las relaciones de fuerza lo hubieran permitido, también la de representar una ocasión propicia para transformar aquella consulta electoral en el primer acto de una auténtica guerra civil, quedando entendido que nuestra participación podía ser adecuada para el desencadenamiento de la ofensiva final (ó, en tal caso, para la organización del proletariado en armas) en tanto que el Partido había subrayado su antidemocratismo aclarando que su decisión de no participar en las elecciones no era por la ilegitimidad jurídica de las consultas[25]. Está claro que el Partido ya hoy no está vinculado –ni siquiera por disciplina- a la táctica ya rancia del “parlamentarismo revolucionario”; hoy, que el Partido a diferencia de lo que sucedía en 1924, deserta siempre y de todas las maneras de las sagradas papeletas, no tendría sentido realizar la vuelta solamente porque las urnas están sometidas, y por tanto cae el primero de los argumentos “eleccionistas” expuestos por la Izquierda en 1924, cuando no se trata de entrar en el ovillo electoralista, sino que se trata de permanecer siendo comunistas, y no abandonar en nombre del mas lacrimoso de los balidos democráticos. Y queda en pie solamente el segundo argumento, el que contempla la posible “transformación de la campaña electoral en guerra de clase”, una transformación cuya eventual explicación práctica deriva, a su vez, de la valoración de las relaciones de fuerza existentes. Por lo tanto una eventual participación electoral hoy, en las circunstancias arriba descritas, tendría sentido solamente a condición de que el Partido hubiera aclarado desde el principio y sin sombra de duda que su presencia en el terreno electoral procede de la ilegitimidad jurídica que afecta ala consulta, y también de la oportunidad, que la misma nos ofrece, de “aceptar las elecciones como un desafío a recoger en el terreno de la violencia”, oponiendo las armas a las armas.

Punto nº 3: se vuelven a levantar del fango las banderas abandonadas por la burguesía.

LATACTICA DE LA IZQUIERDA EXCLUYE Y COMBATE LA TESIS DEFORME DE LOS “SUPLEMENTOS DE REVOLUCION DEMOCRATICA” EN LOS PAISES DE CAPITALISMO DESARROLLADO. A propósito del ciclo de las revoluciones nacionales y coloniales de la segunda postguerra, que en aquella época habían ya finalizado, el Partido afirmó a finales de los años 70 que “el «indiferentismo a lo gran señor» es y no puede no ser derrotista en los choques de las luchas proletarias producto de aquellos movimientos y de sus secuelas, luchas de las que ni siquiera se tiene noticia (bueno, suceden en la periferia del mundo civilizado) y que, si no pueden ser definitivas en la guerra mundial contra el capitalismo, están aún destinadas a actuar siempre como detonadores de la recuperación clasista y proletaria en las mismas áreas del capitalismo avanzado”[26]. Parece que todo fluye bien, pero la insidia, como en las pólizas de seguros, se esconde en un añadido, en una pequeña nota a pie de página, en donde se aclara de que secuelas se habla y sobre todo como, en el contexto de esos choques, el Partido hubiera debido intervenir, precisando que “eso [el indiferentismo] no comprenderá siquiera que el proletariado de estos países

[pertenecientes la periferia del capitalismo pero ya insertos en el vértice de la moderna producción burguesa], precisamente por haber sido puesto a remolque de la burguesía nacional, y por tanto imposibilitado para empujar hasta el fondo la «revolución democrática», deberá hacerse cargo en su revolución de las tareas dejadas sin terminar por la misma; baste pensar, entre otros problemas, en la cuestión agraria. Y aún, como se ha señalado en el informe, sobre esas cuestiones podrá apoyarse la joven clase obrera para movilizar a las grandes masas semiproletarias o en curso de proletarización y asegurarse su sostén activo: ¿Horror!, dirá el «indiferentismo»: tareas todavía «burguesas!»[27]. Ni Alemania (¡revolución burguesa “a la prusiana”!), ni España, ni la Italia de los Saboya, leal a la estrategia cavouriana de la alcachofa, han hecho una revolución burguesa desde abajo, la única verdaderamente radical, la única capaz de ir hasta el fondo en la liquidación de un solo golpe de los residuos del viejo mundo, como sucede en Inglaterra o en Francia. Pero esto no significa que en Italia o en Alemania (o, mutatis mutandi, en América Latina o en Medio Oriente) haya aún residuos feudales a liquidar agitando consignas democráticas, porque las tareas que la escoba de la revolución no ha resuelto lo ha resuelto siempre el bulldozer de la edificación burguesa. No significa que seamos de las vastas plebes semiproletarias a reunir en torno al proletariado en nombre de los objetivos burgueses no conseguidos a su tiempo por una burguesía tanto mas cobarde cuanto mas atrasada, o agruparnos tras las banderas nacional-democráticas que la burguesía haya dejado caer en el fango y que el proletariado en el curso de su revolución debiera tomarse la molestia de volver a levantar. Recordamos ahora a los desmemoriados que “no se puede insuflar vida a los ideales superados por la historia” [28], y por tanto que “la vulgar consigna ante la cual siempre cortamos amarras” era precisamente la de “recoger las banderas burguesas que, ya en alto en los tiempos de Cromwell y de Washington, de Robespierre y de Garibaldi, han caído después en el fango, y que por el contrario la marcha de la revolución debe profundizarse sin piedad, oponiendo la sociedad socialista a las mentiras y a los mitos de los pueblos, de las naciones y de las patrias”[29]. Y por desgracia constatamos que los tortuosos enunciados arriba narrados no son sino la expresión de una “garibaldada” digna del peor oportunismo togliatiano, que fue en su tiempo azotado sin piedad por la Izquierda, cuando el Frente Popular en 1948 agitó en sus banderas la vuelta de Garibaldi, reconociendo que con tal expediente propagandístico “el insulto se dirigía no al recuerdo del General, ídolo justificado de las generaciones burguesas ochocentistas, sino a las mejores y mas dignas tradiciones del movimiento proletario italiano, que los recursos inagotables del oportunismo no consiguen anular y cancelar de la historia” [30]. Se alcanzará mas la cumbre cuando en la onda de aquellas irrelevantes reflexiones teóricas, se enunciará la no menos repugnante “guevarada” post-sesentayochista, cuando sobre “il programma comunista” se publique el artículo demente “En memoria de Ernesto Che Guevara”, digno parto tercermundista del “Nuovo Corso” y que no por casualidad ha sido en años recientes reproducido por sus diligentes sucesores.

Punto nº 4: necesidad de un balance político de las crisis del Partido

EL HONOR DEL PARTIDO SE DEFIENDE RESTAURANDO SU FISONOMIA ORIGINAL Y EXPULSANDO LAS POSICIONES CONTRARIAS A LA MISMA.

Es totalmente ajena al determinismo marxista la afirmación según la cual la Historia hubiera concedido al Partido formal el derecho de tomarse unas imprevistas “vacaciones”. Se rechaza por tanto esa teoría ridícula y absurda según la cual nuestro Partido hubiera podido renacer con eficacia de sus cenizas en 1984, rechazando de su historia pasada sólo los 5 números del periódico publicado entre julio de 1983 y enero de 1984 por los liquidacionistas que después dieron lugar a “Combat”, y exactamente la serie que va del nº 7 al nº 11, pero no los anteriores, que salieron antes de que el viejo Centro del Partido fuera sustituido por el Comité Central, objetivo de los

mencionados liquidacionistas. Y también aquella –no menos idealista- según la cual el Partido hubiera podido después regresar al escenario algunos meses después del éclatement de los años 1982-1983 para retomar el camino interrumpido (reducidos ahora a una mínima expresión) como si nada hubiera sucedido. Son teorías que funcionan, de hecho, solamente sobre las tablas de un teatro. Tras la explosión de 1982-1983 una parte de los compañeros se reorganizó en 1984 en torno al periódico “il programma comunista”, pero lo hizo volviendo a la vía que había sido explícita y abiertamente hecho trizas a lo largo de todo el bienio precedente. En 1990 se da un primer reagrupamiento entre los compañeros que habían vuelto a trabajar en defensa de los principios comunistas en torno a la cabecera que les había representado y una parte de las fuerzas originales del Partido que, como la Sección de Schio, tras haber opuesto al “Nuovo Corso”, fueron obligadas a separarse de la organización antes del éclatement, pero que no por ello, ni siquiera por su aislamiento, habían dejado de practicar y seguir, en los límites de sus posibilidades, el surco trazado por el Partido Histórico. Dando por supuesto que “los comunistas no pueden elegir como organizarse, pero deben siempre organizarse como partido, es decir, como estructura política distinta de todas las otras”[31] y estando al mismo tiempo para los comunistas excluida “toda tolerancia de formas y acuerdos de organización entre grupos o secciones no homogéneas”[32], entre las partes llegaron a “conciliar la reivindicación de la continuidad organizada del partido con la situación de confusión imperante en las fuerzas revolucionarias que siguió a la crisis organizativa y política del partido en 1982”[33], en la única forma que no solo es admisible sino obligatorio para los comunistas que entiendan serlo no solo de nombre, y reconociendo de esa manera que “no se trataba y no se trata para nosotros de «crear» un nuevo partido (los partidos no se crean) sino, en esencia, continuar con lo de siempre, con las fuerzas reducidas a disposición”[34], allá en donde esas fuerzas hablaran el mismo lenguaje y propugnado los mismos métodos, como verificaron positivamente los compañeros. Sobre esa base la Sección de Schio “reencontrándose sobre un terreno común y limpio de impedimentos tácticos”, se reinició “el trabajo político con los compañeros que trabajaban en torno al periódico «il programma comunista»”[35], aún con la conciencia de que un verdadero balance político de la crisis era indispensable y que debiera ser hecho cuando nuestras fuerzas hubieran permitido ir más allá del plano elemental de la supervivencia. Tal balance no se había definido ni en 1984 ni en 1990, si bien en esta segunda fecha se dieron algunos pasos en esa dirección, que aunque tímidos e inciertos, se dirigían en una dirección muy precisa, la que de hecho repudiaba todo el “Nuovo Corso”. Esto resulta del balance de la re-agregación con las secciones de Schio primero y después con la de Madrid en el 2000: dos de las Secciones que habían sido rechazadas por el “Nuovo Corso” volvieron al Partido no solamente sin que se les hiciera reconocer la justeza de los procedimientos disciplinarios y sin que tuvieran que renunciar a las posiciones políticas por las que dichos procedimientos se habían tomado, sino sobre la base de un proceso político desarrollado en un sentido exactamente contrario a tales cosas. El reagrupamiento con la Sección de Schio se dio, como más adelante se dirá con detalle, sobre la base del reconocimiento, por parte del Centro, de lo correcto de las posiciones defendidas por la sección de Schio y que estuvieron en el origen de la separación precedente. El Partido encontró así en aquellas circunstancias la fuerza para proseguir su camino sin habladurías ni falsos “balances” de culpables ó inocentes, de méritos o culpas individuales, sino dando algunos pasos en la dirección de un balance político de la última y grave crisis, identificando de esta forma su capacidad de retomar en su esencia y no solo formalmente “el hilo del tiempo”. Un balance, que en cualquier caso estaba pendiente de desarrollarse apoyándose en el trabajo orgánico del Partido, en cuya ausencia la organización solo podía ir de catástrofe en catástrofe. Un balance por tanto que, tomando muestras de cuando tímidamente se había comenzado a admitir, hubiera debido ser solidamente construido y definido y, sobre todo, hubiera debido convertirse en patrimonio vivo del conjunto del Partido, cosa que por desgracia no sucedió ni en 1990 ni después. Por otro lado, desde el punto de vista materialista, que siempre hemos reivindicado no tenía o tiene algún sentido considerar la explosión de la organización de 1982-1983 como un paréntesis sin ninguna relación con los sucesos de los años precedentes, como unas inexplicables vacaciones ó como un eclipse debido al paso de un astro desconocido e inesperado. Además es evidente que todas las crisis

atravesadas por el Partido son dignas de interés para nosotros, pero es evidente que no lo son igualmente en todo momento, y en particular que la crisis sobre la que hoy tenemos el máximo interés en poner bajo la lupa de nuestro método es la de 1982 no solo por ser la más catastrófica, sino porque el balance político en torno a ella solo ha sido delineado de forma extremadamente sumaria y por ello nunca ha sido ni profundizado ni, con mayor motivo, formalizado, explicitado y asimilado por el conjunto total de los militantes. Nuestro Partido después de 1984 y también después de 1990 ha tenido el error de no proceder de modo claro, neto e irrevocable a un repudio público del “Nuovo Corso” y sus productos, incluyendo las circulares y los procedimientos disciplinarios; de no llegar, como siempre el Partido había hecho en su historia (1952, 1964) a un balance político profundo y completo de la crisis de la organización, un estudio orgánico y dialéctico y por tanto sin nombres propios de la enfermedad y de sus causas. El resultado de esta omisión ha sido que con sordina, empujado poco a poco hacia la luz por la irresistible presión de una contrarrevolución que continúa por desgracia pesando sobre el Partido como una capa de plomo, el “Nuovo Corso” ha retomado vigor en nuestras filas sin encontrar una eficaz respuesta anticuerpos. No hacer explícito el rechazo del “Nuovo Corso” ha significado en la práctica admitir que la crisis de 1982-1983 fue el resultado de la prevalencia –respecto de la correcta línea marxista, representada por el Centro y el “Nuovo Corso” político propugnado por el mismo– de los dos monstruos Aktivia y Academia, en una alianza obscena para la destrucción del Partido, dos monstruos que hasta el momento de la explosión el Centro había conseguido dominar victoriosamente. La gravedad de la crisis recientemente sucedida y que terminó con nuestra expulsión reside en el hecho de que se inserta sobre una crisis precedente no aclarada hasta el fondo en su origen y naturaleza, y de la que ni en su tiempo ni después se extrajeron todas las lecciones necesarias. Dar los pasos en esa dirección se había convertido por tanto en una tarea de importancia vital, y por tanto se necesitaba a toda costa, como habíamos intentado hacer, en el seno de la organización existente. Aunque esto hubiera supuesto después daños, como se verificó puntualmente.

El artículo “Lo que los distingue de nosotros”[36] aparece, por ejemplo, en el nº 5, 1983 de “il programma comunista”, y por ello pertenece a un período de la vida del Partido que, según la equivocada tesis informada al principio, debiera ser totalmente reivindicado y defendido: el artículo ponía en evidencia el abismo existente entre las posiciones del Centro del Partido de entonces y las sostenidas por la Sección de Schio, recientemente obligada a salir, que eran señaladas como expresión de una “atadura a la espontaneidad más retrógrada”. ¿Cómo se explica entonces no solo el hecho de que diez años más tarde los “retrógrados” sean admitidos en el Partido sin hacer enmienda de sus anteriores pecados “espontaneístas”, sino también y especialmente el hecho de que en 1990 el Centro del Partido afirmase incluso que “Schio no es Turín y tenía razón”[37] en el momento en que fue obligado a separarse? ¿Cómo se explica luego que en 1993 el mismo Centro se haya tomado la molestia de precisar que “Schio «tenía razón» en tanto que esos compañeros ponían al Partido en guardia contra estas «desviaciones» actuales ó potenciales” y que “nosotros [el centro] estábamos equivocados al no valorarlos”[38]? De que desviaciones se trata lo explica la misma Carta central de 1993 arriba citada, aclarando que la Sección de Schio tenía razón en dar la alarma a propósito de las desviaciones movimientistas presentes en el Partido, representadas por la “tendencia a ver en todo aquello que se mueve la expresión de «intereses proletarios»: ver la sobrevaloración de la lucha palestina en tanto «terreno de clase», ver las consignas parademocráticas en Argelia, ver el frenesí de la intervención en todo comité posible en Italia”. Lo que significa que, según lo que establece el Centro en 1993, Schio había tenido razón y había sido “una de las secciones de vanguardia”[39] en el combate contra la tendencia de los dirigentes de entonces a caer “en la fraseología inútil y en el activismo sin pies ni cabeza”, a mezclarse “con demócratas de todo tipo”, a afrontar de forma voluntarista una “realidad [...] todavía contrarrevolucionaria” y en la cual “la lucha de clases se resiste a volver”, creando por ejemplo “comités que la hagan renacer”, o incluso adhiriéndose “a aquellos que ya existen” no solo en el terreno sindical sino también “para ayudar al «proletariado prisionero» dado que, sino todos los

detenidos, al menos todos los políticos, según ellos, son en tanto tal «vanguardia»[40].

Dado que las críticas arriba citadas, tomadas del artículo que las condenaba eras realizadas por Schio al Centro en 1983, no queda mas que constatar que en 1993 el Centro tuvo la fuerza para reconocer que había estado equivocado, por lo menos al minusvalorar el peligro movimientista, pero también tuvo la debilidad de no hacer este reconocimiento explícito y de público dominio. Lo que en definitiva importa destacar es que Schio había tenido razón –y, junto a Schio, habían tenido razón también todas las otras voces([41]) que desde la periferia habían lanzado en nombre de la tradición del Partido un grito de alarma contra la deriva movimientista ahora en pleno desarrollo, no sobre una cuestión de detalle, sino sobre el mismo combate contra aquella tendencia que olvidaba los “límites que nos separan del activismo a toda costa” en los que, siempre según la carta central de 1993, “la crisis de 1982 [había] tenido sus raíces” ([42]). Schio había acertado, en resumen, en la defensa no de cualquier posición, sino precisamente de aquella que en 1983 los dirigentes de un Partido que, en honor de las exigencias del fetichismo organizativo, fueron señalados a la vergüenza pública como expresión de “una atadura a la espontaneidad más retrógrada”. Lo que significa, dicho con claridad, que la Sección había tenido razón en la defensa de la continuidad del Partido contra el “Nuovo Corso”. “Nuevo Corso” que, en nuestro lenguaje, es sinónimo de oportunismo ([43]). No nos olvidemos de que el oportunismo no es una categoría moral, sino que significa simple y únicamente cambiar el porvenir del movimiento proletario en función de un éxito momentáneo. Lanzar consignas parademocráticas en Argelia y paranacionalistas en Palestina, adherirse a los frentes únicos políticos con los grupillos nacidos de la putrefacción del estalinismo, cortejar las sedicentes “vanguardias” y el denominado “proletariado prisionero” por la manía de aumentar las filas del Partido o, aún peor, desembarazarse de los compañeros de la vieja guardia como desechos para proceder más rápidamente hacia un Partido libre de los daños del raquitismo, todo ello significó, de hecho, sacrificar la razón de ser del Partido, sus principios y sus fines en el altar del éxito efímero representado por el añorado incremento en sus filas, aunque el resultado de esa manía no fue el esperado, incluso si en lugar de un fortalecimiento organizativo del Partido al precio de los principios (es decir, su consolidación sobre bases oportunistas) lo que hubo fue la disgregación del Partido. Nos guste mas o menos, aquello era y es oportunismo en cualquier caso. Incluso si no llegó a alcanzar el éxito esperado. Y también si quien propugnaba aquella porquería no lo hacía con el torvo ceño de un Stalin, porque lo hacia de todas formas a la manera estalinista, poniendo el funcionamiento el frío cálculo por el cual “el fin justifica los medios”. Pero volvemos al balance de la explosión del Partido entre 1982 y 1983. A los primeros pasos útiles hacia aquella dirección que antes hemos recordado continuó en 1994 también un posterior e importante reconocimiento por parte del Centro: la necesidad de tomar distancias de las Circulares mediante las que se había intentado implantar el “Nuovo Corso” antes de 1982 ([44]), lo que significaba la necesidad de redireccionar el Partido, recolocándolo en la vía de la que se había desviado durante una década. No es inútil, a efectos de evitar polémicas banales y falsas, subrayar que no se ha querido aquí poner de relieve de forma superficial y antimarxista quien había tenido razón y quien por el contrario se había equivocado, personalizando lo que a todos los efectos fue un enfrentamiento político, pero se ha querido precisar sobre que cosas, a propósito de que contenidos y proposiciones alguien, no importa que nombre tuviera y cual fuese su localidad, había tenido razón en aquel choque. Y que no consideramos, en consecuencia, que el hecho de haber tenido razón en el pasado al dar la alarma sobre una serie de desviaciones presentes en el Partido, implique necesariamente el hecho de estar hoy acertados dando la alarma sobre el resurgir de estas desviaciones o el surgimiento de otras. Quien ayer tenía razón puede estar hoy equivocado, y no hay jurados designados para desarrollar esta función de reales o presuntos méritos adquiridos. Lo que por el contrario consideramos, sobre la base de la enseñanza de la Izquierda, es que todo el conjunto del Partido debe efectuar tales funciones, vigilando a fin de que el Centro no se separe del Programa.

Punto nº 5: el bienio 1982-1983, una elegía al activismo movimientista.

Reglas elementales para no confundir luciérnagas con faros.

“El auge de la lucha de clases se expresa ya hoy en manifestaciones que incluyen tanto al proletariado como a estratos semi-proletarios, a aquellos elementos que están ya situados en la vanguardia de este movimiento real: [el Partido, NdR] debe saber dar las respuestas que buscan, debe saber aportar su contribución para que pueda desarrollarse y organizarse. Debe sin embargo también determinar, aunque sea aproximadamente, los límites del movimiento mismo, además del carácter distinto y separado del partido”. Esta propuesta, afirmada finalmente de forma explícita en la Circular central del 5.9.1982 ([45]), a un paso del “éclatement” expresa la esencia, el núcleo de lo que habíamos definido como “Nuovo Corso”. Pretender que hoy sea útil volver a tales Circulares como a nuestros textos clásicos es sólo expresión de la infinita arrogancia de quien nada ha diferido del marxismo, no teniendo siquiera sentido de la medida, lo que impone al revolucionario el ser un simple repetidor y que establece así la distancia que separa a nuestros textos clásicos y las aportaciones siguientes, una distancia que se mide con el metro de los hechos históricos y no con el metro de la mayor o menor “genialidad” de este o aquel jefe.

“Será la madurez de la situación -es decir, la manifestación de un contraste profundo entre los intereses proletarios y los intereses burgueses- la que marque al partido las condiciones reales de su influencia sobre la clase proletaria y su contribución a la restauración de organizaciones de carácter clasista abiertas a todos los trabajadores. Hasta la manifestación de este profundo contraste -es decir, hasta que la situación no deje de ser contrarrevolucionaria- el trabajo de partido es de apoyo a las luchas proletarias, pero también de promoción de formas de organización independientes, porque estas no son tales, sino moldes vacíos en los que las diversas “vanguardias” encuentran su tribuna. No solo eso: la posibilidad de una auténtica influencia sobre algunos elementos obreros está ligada a la toma de distancia de estos fenómenos de la política degenerada de formaciones políticas sedicentemente revolucionarias” ([46]). Esta segunda proposición, condenada por metafísica por la Circular Central del 5.9.82 representa y defiende el honor del Partido. La informada más arriba representa, por el contrario, una auténtica Contra-tesis en cuanto sintetiza una concepción voluntarista de la acción partidista, que estuvo en la base de la explosión de 1982-1983. Por tanto, la Circular central que defiende la primera propuesta y condena la segunda (“El partido ante las cuestiones surgidas en el pasado reciente”) debe considerarse -desde el punto de vista del Partido Histórico- nula y no existente, como todos los otros documentos centrales elaborados bajo el mismo guión, especialmente entre 1980 y 1983; ni la una ni los otros pertenecen realmente a la historia del Partido, sino a su degeneración. La concepción de la actividad del Partido defendida en esos documentos no constituye solo el derribo de las posiciones defendidas tradicionalmente por la Izquierda, sino del mismo materialismo histórico y dialéctico. Las primeras advertían desde los años 20 que “no estamos contra la constitución de Comités obreros y campesinos, si no son un bloque de partido [...], y son una iniciativa de frente único de la clase obrera, hechos desde la base y sobre la base de organismos económicos y naturales del proletariado” estableciendo al mismo tiempo que “por el contrario, estamos contra su constitución, acompañada de un abuso increíble de literatura vacía sobre ellos, si son una maniobra entre partidos políticos” ([47]) y afirman además sin posibilidad de error no solo que en los períodos contrarrevolucionarios “el partido se reduce a los únicos compañeros que han rechazado de un modo u otro la victoria de la clase enemiga”, sino que el mismo debe rechazar “el dejarse atraer -en nombre de un activismo a toda costa- en la vorágine de la corrupción burguesa”, consciente del hecho de que su aparente “retirada de la acción” no es mas que la “voluntad deliberada de rechazar la acción en el terreno burgués cuando la autónoma del proletariado no es posible”([48]) y sujeta, en la práctica, a las maniobras entre partidos y partiditos. Queda así definida una ecuación doble: período contrarrevolucionario =

imposibilidad de una acción autónoma del proletariado = imposibilidad para el Partido de promover formas de organización sobre las cuales pueda apoyar una acción de clase que aún está pendiente de llegar. La aparición de esa espontánea efervescencia de luchas obreras no puede de ningún modo ser provocada o acelerada por la intervención subjetiva del Partido, con mayor motivo si este, en la inútil búsqueda de expedientes voluntaristas, pretende imitar las formas de acción que serán típicas del reinicio futuro del ciclo revolucionario, cuando la recuperación a gran escala de la lucha de clases depende exclusivamente de factores objetivos, relacionados esencialmente con el curso económico catastrófico del imperialismo.

Una vez aclarado que la afirmación contenida en la Circular del 5.9.1982 está en las antípodas de cuanto la Izquierda ha mantenido siempre, veamos ahora porque también representa el derribo del materialismo histórico y dialéctico. A primera vista, parecería que la misma contiene un argumento “razonable”: es incontestable que incluso en la más profunda depresión de la curva que expresa la iniciativa histórica del proletariado existe siempre una pequeña chispa de contradicciones sociales. De otra forma, el capitalismo no sería ese modo de producción íntima y profundamente antagonista que siempre hemos reconocido y denunciado. El error está en el hecho de ver, entre el mínimo de conflictividad social que caracteriza los períodos contrarrevolucionarios y el máximo de conflictividad que caracteriza las “fases eruptivas” del subsuelo social sólo un continuum, una simple acumulación cuantitativa de contradicciones que actúa y se desarrolla gradualmente en el tiempo. Es esta una visión que con buenos motivos debemos caracterizar como indiferenciada y adialéctica, porque no identifica, en esa continua acumulación de material explosivo ningún límite que sirva para separar fases diversas y porque no identifica, en presencia de un límite de ese tipo, el cambio repentino de la cantidad en cualidad. La Izquierda nos ha dado el ejemplo de la ionización, que expresa lo mismo: en “los períodos muertos y podridos, la molécula persona puede permanecer orientada en cualquier dirección, el «campo histórico» es inexistente y todo el mundo le importa un pito [...] Dejád sin embargo que, como en la Rusia de la gran guerra civil, las grandes fuerzas del campo histórico tomen conciencia, producida por los choques de las nuevas fuerzas productivas dirigidas contra las viejas formas sociales que dudan, es entonces cuando nuestra imaginación la atmósfera histórica, el magma social humano se presenta ionizado, y si existiera un contador Geiger de la revolución su aguja se pondría a bailar como loca” ([49]). Los choques de las fuerzas productivas contra las relaciones de producción, por tanto, se dan siempre, incluso en las fases “muertas”, pero solo en un cierto punto se hacen tan fuertes (pasando de la cantidad a la cualidad) para generar la descarga eléctrica ionizante, aquella por la que el “individuo-molécula-hombre corre a su puesto y vuela a lo largo de su línea de fuerza”([50]). De esta visión dialéctica nace por una parte la necesidad de escrutar en los interiores de la tierra con la sonda de las cifras aparentemente áridas de las estadísticas económicas el crecimiento y despliegue de aquellos choques elementales, y por otro la definición de una frontera, que tiene enormes implicaciones políticas no porque más acá de la misma el Partido esté impedido de actuar en el seno de la clase, encerrándose en la “torre de marfil” de la restauración de la doctrina, y más allá de la misma el Partido deba, por el contrario, proyectarse totalmente en el centro de la acción, olvidando la teoría, sino porque sabemos que solamente después de haberla traspasado dejaremos de ser algo más que una “vox clamans in deserto”. No porque, por ello y más allá de tales límites el Partido deba propagar sus consignas, caracterizadas por su precisión y clarísimo aspecto, y tras haberla cruzado deba cambiar su lenguaje, deba dejar de ser aquella voz que gruta y, sobre todo, que grita aquellas palabras inconfundibles para transformarse en una voz que susurra y articula palabras diferentes y mas comprensibles. Sino porque el Partido sabe que antes de haber superado ese paso gritar sus consignas solo significa sedimentar en una estrecha capa de proletarios una pista útil para el porvenir, mientras que continuar haciéndolo después de la ruptura de esa barrera por fuerzas mas grandes que nosotros significa ejercitar el derecho a gran escala de colocar nuestras directrices en el campo de batalla y volar hacia la Revolución.

No es inútil a estos efectos establecer los criterios para identificar esa frontera de la que hablamos.

Su localización no depende del número de horas de huelga, que no significan nada porque a ellas se pueden sumar aquellas huelgas contra el terrorismo, contra la delincuencia o por las reformas, sino que depende de que sectores consistentes de proletarios incluso no politizados de la industria o de la agricultura comiencen a romper de forma no episódica las normas de la convivencia civil y democrática, y las normas del código penal para asegurar las condiciones de su propia supervivencia física. Determinar este concepto es de gran importancia, porque a cada militante le corresponde la tarea de vigilar para que esa transformación, esa frontera o nivel, no sea colocada en donde no corresponde. Cada uno de nosotros debe de estar en grado de identificar con total seguridad cualquier interpretación al uso que, de contrabando, pretenda situarla en función de prejuicios activistas, individuales o colectivos. La génesis de la Contratesis enunciada al inicio de éste párrafo ha sido prolongada y atormentada, desarrollándose entre 1974 y 1982 en diversas y sucesivas etapas, en las cuales es instructivo seguir una breve historia del “Nuovo Corso”. Se empezó diciendo: la situación objetiva va a modificarse (en el sentido de esperar su modificación en breve plazo), por tanto debíamos adecuar nuestra actividad externa a las nuevas tareas que pronto emergerían no porque se esperasen de esta adecuación resultados aquí y ahora, sino porque el Partido debe iniciar a practicar la intervención en una realidad social que, en el próximo futuro, volverá a ser incandescente ([51]). La intervención externa de modo más adecuado significaba intervenir de forma más puntual, mas precisa, mas calibrada. ¿Y, hasta aquí, quien podría objetar algo? Pero significaba también y sobre todo intervenir de un modo mas articulado, menos esquemático y mas pegado a la realidad. Y es aquí cuando empezó a desviarse. Nótese bien que no se desvió porque se dijera que necesitaba realizar mas actividad práctica y menos actividad teórica, o que ciertos sectores de actividad hubieran podido y debido ampliarse, cosa que es obvia, sino porque se afirmó que necesitaba en ambos planos actuar de forma diferente que antes, porque se introdujo una modificación cualitativa en nuestra acción política a todos los niveles. ¿Qué otra cosa significaba en la práctica lanzar en 1975-1975 la altisonante consigna de un “frente unido proletario” que –además de ser concebida con el mas total desprecio de las rigurosas delimitaciones tácticas históricas asignadas por la Izquierda, aptas para excluir explícitamente las uniones y cárteles políticos entre partidos aunque sean proletarios- representaba una novedad absoluta respecto a lo que en la segunda postguerra el Partido había difundido y agitado entre los obreros? Aun modo diferente de intervenir hacia el exterior se unió también un modo diferente de concebir la formación teórica de los compañeros. ¿Qué otra cosa significaba afirmar que los períodos largos de asimilación de la doctrina ya no nos serían concedidos, sino que debíamos articular de forma diferente, modificándolo, también nuestro modo de formar a los militantes, dando vía libre de los “cursos breves” de doctrina y al reclutamiento de “levas leninistas” mas templadas por el reparto de octavillas que por la meditación en profundidad y completa de nuestros textos clásicos? Las consecuencias estuvieron después ante los ojos de todos: el abandono al primer golpe de la mayoría de los grupos organizados. Pero aquí se quiere destacar el error de principio: si se acercan tiempos de hierro y fuego, con mayor motivo debemos disponer de auténticos militantes, mas fieles incluso que antes a la doctrina de siempre, que no es un lujo académico, sino que es la experiencia de las luchas pasadas, y a las cuales no se puede ser fiel si ni siquiera se las conoce. Segunda etapa: la situación objetiva se está modificando (en el sentido de que ahora ya se están abriendo nuevas y mas amplias rendijas para la acción del Partido), por tanto una intervención mas puntual, mas articulada, etc. en los movimientos sociales no sólo garantiza una preparación sino que puede desde ahora dar resultados visibles, aún parciales. En estas etapas el énfasis estaba siempre en la situación objetiva que, modificándose, hubiera permitido al Partido mayores posibilidades de éxito, razón por la que el “Nuovo Corso” mantiene hasta entonces una apariencia ortodoxa y una respetabilidad “marxista”, aunque fuera de fachada. En la tercera fase se hizo patente que a pesar del mas articulado y puntual hormigueo del Partido en los movimientos interclasistas y también pequeño-burgueses, como el de los estudiantes ([52]), para llevar a ellos una línea “clasista” que se apoyaba y que solo podía apoyarse en el vacío absoluto en tanto que la clase obrera continuaba inmóvil o seguía dócilmente al oportunismo, los resultados visibles no llegaban. Por tanto, se opinó que se necesitaba revolverse más y sobre todo mejor, que lo que hacía falta era ser aún mas articulados,

pausados y “políticos”. El acento, en este punto, se puso por completo en la subjetividad, con la notoria teoría del “retardo del Partido” (mientras en realidad eran las condiciones objetivas que tardaban en modificarse en sentido favorable a los revolucionarios) y con la consiguiente y estúpida teorización de la necesidad de acercar las dos curvas, la social y la política. Cuarta y última fase: se descubre que las contradicciones sociales están siempre presentes, que la teoría del ciclo contrarrevolucionario es solo una excusa para acomodarse en la inactividad o en una actividad de simple y estéril propaganda, y por tanto se llega a la conclusión de que no es el curso objetivo de la economía capitalista el que determina las posibilidades de éxito de la revolución comunista, sino la capacidad subjetiva del Partido de explotar inteligentemente las contradicciones sociales que siempre están presentes, con diversa intensidad, en todos los períodos atravesados por el capitalismo. Una completa inversión de la posición inicial. Inversión señalada por la aparición de un adverbio en el léxico de los dirigentes: “afortunadamente”. Tal adverbio, asociado por lo general a una sonrisita complacida, aparece incluido en la frase “las condiciones objetivas no están afortunadamente todavía maduras en sentido revolucionario”, frase que hace sentirse a los susodichos jefes muy perspicaces y que por el contrario expresa el reniego mas total del materialismo dialéctico: si las condiciones objetivas estuvieran maduras, de hecho, el Partido no sería lo que es, por lo que pronunciar aquella frase equivale a alegrarse del hecho de que el Partido es débil, no tiene prácticamente contactos con la clase, etc. Recordemos de pasada que ha sido precisamente la Izquierda la que no ha enseñado lo inconsistente de la teoría trotskista según la cual todos los coeficientes objetivos de la revolución proletaria están maduros, pero la misma no viene por la ausencia del factor subjetivo ([53]). Al fin de este proceso de degeneración arriba descrito el “Nuovo Corso” desembocó precisamente en esta concepción adialéctica y subjetivista que nuestro Partido había denunciado en su tiempo entre los epígonos de Trotsky. La conclusión era y no podía ser de otra manera que ser el derribo completo de las tesis trazadas por la Izquierda en el aspecto táctico: un logro de nuestros compañeros de la vieja guardia, porque habían demolido el mito del actual “socialismo” moscovita, hecho un cortés homenaje a la “restauración teórica”, no quedaba de hecho mas que reconocer tristemente que, desde el punto de vista táctico, la Izquierda había tenido siempre los defectos congénitos que sus adversarios siempre le habían reprochado: por demasiada rigidez y por falta de concreción no se había podido obtener ninguna contribución positiva al articulado, pausado e inteligente hormigueo explotando de forma flexible las contradicciones ajenas, de las cuales teníamos tanta necesidad. De ahí la burda consigna de “volver a Lenin”, es decir, a la táctica dúctil, inteligente, flexible, en definitiva a la capacidad de “hacer política” que los oportunistas quisieron colgar a Lenin, pero también a las tácticas equívocas que Lenin efectivamente propugnó, limpiando la Izquierda y su condenado “vicio de origen”. La desviación está, como de costumbre, en los principios: en el hecho de admitir que una situación objetiva caracterizada por mayores grietas imponga al Partido una forma de intervención distinta de la de antes. El resto viene por si mismo, y es el habitual plano inclinado. Lo que sucede y que por desgracia ha sucedido de nuevo en nuestro interior tiene de hecho una justificación histórica objetiva y “no se explica banalmente, con los errores de Tizio o de Sempronio” ([54]). Se trata más bien de comprender, como siempre ha hecho la Izquierda en el acto mismo de dar la alarma sobre posibles desviaciones, de que los individuos ya sean jefes o seguidores “actúen como el camino tomado les impone actuar” ([55]). Y, sin detenernos a describir la crónica negra del detalle de sus continuos y desagradables episodios, se trata de comprender además que la situación de profunda confusión en la que se encontró el Partido fue también el resultado de una “acumulación simultánea” de condiciones adversas, a las que el Partido respondió de forma equivocada. De hecho, se volvió a cometer el mismo error que estuvo en el origen del “Nuovo Corso” cuando se ha tenido la pretensión de referirse hoy a Trotsky, quien afirmaba en las “Lecciones de Octubre” que “las crisis en el seno de los Partidos nacen generalmente en aquellas circunstancias serias del camino que el mismo Partido recorre [...] y ello porque toda fase de desarrollo del Partido tiene sus rasgos

característicos y exige determinados métodos y costumbres de trabajo”, razón por la que “una reorientación táctica del Partido significa siempre una ruptura mas o menos radical con los métodos

y las costumbres del período precedente”. La desviación es gravísima, y estriba en el hecho de transferir mecánica y acriticamente al Partido de hoy las lecciones derivadas de la historia de un Partido –como el ruso de 1917- que a cada paso necesitaba efectivamente de una “reorientación táctica”, justo porque actuaba en un contexto de “doble revolución”, que les imponía durante períodos mas o menos largos alianzas con otras clases y con otros partidos, alianzas que el curso mismo de la Revolución se encargaría después de quemar una tras otra. Extrayendo directamente de Trotsky sin usar la lente que la Izquierda nos ha transmitido, como además de ha teorizado demostrando solamente una infinita presunción, se ha llegado al absurdo de considerar que también para nuestro Partido, que no actúa en el contexto de una “doble revolución”, se hace necesario atravesar hoy diversas fases, con su corolario de giros tácticos, nuevos caminos y luchas políticas para implantarlos contra las que Trotsky definía como “las resistencias de un pasado que se presenta bajo las enseñas de la tradición”, y que por ello “asume a veces una dureza extraordinaria”. La aberración está en el hecho de no ver que las resistencias que el Partido ruso debió afrontar y vencer para avanzar emanaban de una tradición, de un conjunto de métodos y costumbres consolidadas radicadas en una práctica de alianzas con otras fuerzas sociales y políticas, mientras la resistencia que en nuestro Partido se ha opuesto al “Nuovo Corso” en nombre de nuestra tradición expresaba, por el contrario, la voluntad de impedir la reintroducción de prácticas que, como las de Frente Único pertenecer ahora al pasado del movimiento obrero y comunista. Por ello nosotros, mirando hacia el pasado, no podemos hinchar el pecho con orgullo por poseer un brillante medallero, o poder enarbolar un pendón incorrupto. Está ahora fuera de dudas que, en el desarrollo del Partido, al camino ascendente del Partido Histórico no corresponde, mecánicamente el del Partido Formal, que, por el contrario, presenta altibajos, continuos pasos atrás, retrocesos y, a veces, ruinosas caídas. Son nuestras “Tesis de Roma” las que establecen que “el proceso de formación y desarrollo del partido proletario no presenta un ritmo continuo y regular, sino que es susceptible nacional e internacionalmente de fases bastante complejas y períodos de crisis general” ([56]). Debemos así reconocer que el Partido del que nos reclamamos se ha desviado amplia y gravemente del Programa, que nuestra bandera se ha rasgado en más puntos. Es la verdad, aunque no nos guste admitirlo, pero el materialismo histórico nos enseña que no podía ser de otra forma, que la contrarrevolución produce material humano de bajo perfil, produce militantes pobres en tanto son incapaces de esfuerzos continuos de seguir un Programa, cuando no gatitos ciegos, que no podrán siquiera mirar la luz que les libera. La vieja guardia, que había aprendido el marxismo en las cárceles, fue sustituida por militantes que habían hecho los cursos en las facultades. A la enésima derrota práctica de nuestro Partido, responde todavía y a pesar de todo una victoria teórica de nuestro método. Y reconocemos al mismo tiempo que el honor del Partido no está en la exhibición imaginaria del resplandeciente medallero y de un pendón vistoso, que mas bien pertenecían a la puesta en escena romántica de los desfiles que se desarrollaban en las orillas del Moscova, sino en la capacidad de volver continuamente hacia atrás y criticarse a sí mismo, rechazando las posiciones equivocadas sin crucificar ni enviar a la cárcel a ningún “culpable”. Lo que implica también otra consecuencia relevante: no ya que las tiradas de “il programma comunista” de 1974 a 1982 deban ser rechazadas in toto y que de ellas nada podamos hoy extraer ([57]), sino que de ellas podemos extraer sólo con sospecha, sospecha que aumenta cuando mas se acerca al año 1982, y que se resuelve desde el punto de vista práctico sometiendo todo al filtro de la adherencia o no adherencia de este o aquel artículo al cuerpo unitario de las Tesis del Partido. Entender, por el contrario, que precisamente los artículos y circulares que marcaron el recorrido que condujo al Partido a la explosión son preciosos instrumentos políticos de unión con nuestra tradición e, incluso, considerar que sea útil una vuelta a los mismos como a nuestros textos clásicos en vez de tener el coraje político para dissociarse de ellos, como había preconizado el Centro correctamente en 1994, significa o no haber aprendido nada de las experiencias pasadas o que en el Partido han surgido y echado raíces profundas grupos de intereses que nada comparten con los intereses históricos e inmediatos de la clase proletaria.

Punto nº 6: el Partido ante a los movimientos estudiantiles

EL CAMINO TRANSPARENTE DE LA REVOLUCIÓN ESTÁ EN CONTRA Y FUERA DE LOS MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES, EN LOS QUE SE CONCENTRA LA PEOR PODREDUMBRE INTERCLASISTA. Nuestro Partido evaluó en su tiempo de forma absolutamente negativa el movimiento estudiantil de 1968 no solo por rechazar la “tesis totalmente bestial de que las bandas de estudiantes, mas o menos animados por los ideales de evitarse las lecciones, colgar a los profesores y engañar en los exámenes, formen una clase social” ([58]), tesis que estaba bien sintetizada en el célebre slogan “obreros y estudiantes, unidos en la lucha”, pero también en el hecho -no menos importante- de reconocer que en los movimientos incoherentes de la intelectualidad en general “como escritores, artistas e histriones de distintas clases” y de los estudiantes en particular “se cristaliza la degeneración de esta sociedad burguesa” ([59]) y que como consecuencia, “las clases fantasmas, las falsas clases que se ofrecen, como hoy los intelectuales, para hacer de rufianes y mediocres para eludir la línea inexorable de la historia” por otra parte no son portadoras sino “de la más siniestra insidia” ([60]) para nuestro movimiento. A aquel acertado juicio continuó una valoración aún cautamente positiva del movimiento estudiantil de 1977, que no fue en realidad mas que una reedición revisada y corrupta del anterior, sustituyendo a un “marxismo-leninismo” en las enormes miserias del “marxismo creativo” y anarquizante, disolventes por definición y por principios de las clases sociales en el pantano de los variopintos “sujetos deseosos”([61]) y mas tarde una reevaluación del movimiento sesentayochista, reevaluación totalmente olvidada de que justo en aquellos años se asistía a la transformación de los “reductos” del 68 en el esqueleto de organigramas del poder burgués a todos los niveles (desde el periodismo a la gestión empresarial y dirección política). La única posición ajustada al Partido Histórico es la primera, la sintetizada en el artículo de 1968 y que encontramos intacta en un escrito del año siguiente, en el que los estudiantes se definen como “la peor podredumbre interclasista” ([62]), que no hace mas que recuperar las posiciones clásicas que la Izquierda expresó a finales de 1912, identificando sin problemas al estudiantado como un estrato social reaccionario. Tras haber puesto de manifiesto el “entusiasmo de desfile” manifestado por la juventud universitaria ante la guerra de Libia, la Izquierda concluía entonces afirmando claramente que “es necesario que se despierte entre los jóvenes trabajadores la conciencia de que la parte verdaderamente activa, socialmente y –me atrevo a decir- intelectualmente, de la juventud moderna, no son los hijos cultos e instruidos (¿!) de los ricos, que la educación de una sociedad falsa y corruptora conduce mas pronto que tarde al cinismo y al desprecio de todos los ideales, sino aquellas fuertes filas de jóvenes obreros que sabrán realmente educarse a si mismos y ser la vanguardia de la transformación social” ([63]). Nada mas lejos de la actitud del revolucionario, en realidad, que la “necesidad innata del follón” que distingue a la bohème estudiantil, en 1913 como en 1968 ó 1977; solo que entre 1912 y 1968 el Partido sabía distinguir bien a sus “pollos”, y se reía con igual desprecio de las tonterías e inocuas transgresiones de los estudiantes, tanto las de 1912, cantando a los sumos ideales de “vender los libros, perseguir a las peluqueras...hacer nacionalismo, gritando ¡Viva Italia y viva el rey!”, como las que en 1968 agitaban para saltarse las lecciones, dispuestos unos y otros a dar pruebas de anticonformismo mediante la “rotura de cristales” y con los puños dirigidos contra “los guardias y otras nobles hazañas” ([64]). Por el contrario en 1977, en vez de destacar que, si bien es verdad que “nosotros no defendemos aquí el honor de las peluqueras, la integridad de las austeras cristaleras de los edificios universitarios ni tampoco la visera de los guardias”, es también cierto sin embargo que no nos dejamos engañar de estos heroicos furios de los hijos de papá, y mantenemos polémicamente la precisión de que cuando el proletariado abra los ojos “entonces romperá algo más alto que los vidrios universitarios” ([65]), nos dejamos seducir por la bohème, uniéndonos incluso al presunto “hundimiento del templo de la cultura” de mano de los valientesburguesitos universitarios, es decir adecuando el paladar a lo que daba el convento. Aprovechamos ahora la ocasión para

precisar que un abismo debe separar a los revolucionarios de los bohemios universitarios, no sólo en los cielos de la doctrina, sino en la práctica y en el estilo de la vida cotidiana. Los comunistas son y deben ser distintos de aquella pandilla, como nos enseñaban los viejos compañeros, también físicamente, también en la forma de hablar, de vestir, de interactuar con el ambiente, rechazando ambientes corruptos y el contagio de los transgresivos comportamientos estúpidos en los que se complacen. Desde luego que no por amor a la propiedad privada, por ejemplo, sino por el poderoso deseo de quitar la vida a la hidra capitalista, por la necesidad a la renuncia de aventar hoy la propia rabia, que es un bien precioso, al estilo pequeño-burgués, que se contentan con choricar algo en los templos del consumo.

CUESTIONES DE DOCTRINA: el ataque al “marxismo vulgar” va unido a la regresión a “la política primero”, la distorsión de las funciones del Partido Comunista y con el desprecio del papel histórico de la Izquierda italiana y la clase obrera internacional

Punto nº 7: memorándum sobre el comunismo burdo y sobre el materialismo vulgar.

LOS CURSOS UNIVERSITARIOS DEL “MARXISMO REFINADO” COMIENZAN SIEMPRE CON LAS ESQUINAS SOBRE CUESTIONES ELEMENTALES. Hay una fábula que a todos los oportunistas les encanta narrar, la que dice que estaría en circulación un marxismo burdo y vulgar, que debe combatirse para asegurar el sano proceder del Partido y de la revolución. Este fantasma que turba los sueños de los oportunistas tiene muchos nombres, al igual que el demonio, cuyo nombre es legión: mecanicismo, economicismo, obrerismo... En resumen, reúne y contiene toda esa legión de falsedades y errores que los “marxistas refinados” aprenden a exorcizar en el ambiente académico. Pero los cursos universitarios de “marxismo refinado” comienzan –como de costumbre– con las pifias sobre cuestiones elementales. Tal vez porque... el demonio nos ha chafado el plan. De hecho no existe, según la doctrina revolucionaria del proletariado, un “marxismo “burdo y vulgar”. Desde que el marxismo es marxismo nunca ha admitido la hipótesis de tener un “gemelo deforme” nacido del mismo seno. Existen, por el contrario, un materialismo vulgar y un comunismo burdo, pero ambos son extraños a la doctrina crítica marxista: positivista y burgués el primero, proletario pero también utópico el segundo. Según la enseñanza transmitida por la Izquierda, “el materialismo vulgar como lo entiende Marx es el que después se desarrolla en el positivismo hoy despreciado y cientifista de los Spencer, Comte, Ardigò y distintas versiones nacionales, con las que engatusaban décadas atrás los socialistas revisionistas anglo-latinos” y no aquel ilustrado materialismo pre-revolucionario “que Marx denomina de hecho clásico” ([66]), mientras el comunismo burdo o “basto” al que Marx se refería en los “Manuscritos económicos-filosóficos de 1844”, representó por el contrario “hace mas de un siglo, un primer paso efectivo contra la alienación del hombre causada por la forma capitalista” ([67]) y por ello una “forma preliminar” ([68]) del socialismo científico, hasta el punto que “Marx y Engels han [...] escrito sobre los utopistas sin ningún desprecio, y para algunos de ellos como Saint Simon, Fourier, Owen, con auténtica admiración” ([69]). La miopía y lo obtuso del materialismo vulgar están en la colocación de la relación de la que se derivan las opiniones humanas y las ideologías de la dinámica subyacente de los hechos materiales “en el cerrado campo del individuo humano” ([70]). Al comunismo burdo se le reserva una consideración mucho mas elevada; el mismo era basto, es verdad, y también “ingenuo y atrasado” ([71]), pero sin embargo “no siempre era de origen innoble” ([72]), de tal manera que expresa a través de Thomas Müntzer una visión que “tiende a prever, en la medida que los tiempos permiten, la doctrina comunista de la cual ya entreveía y formulaba claramente las deducciones esenciales” y en particular el hecho de que “las clases entonces existentes, con sus límites bien delineados y

distinguidos, tendrían que desaparecer” ([73]); y después a través del “grandioso Gracco Babeuf” ([74]) formuló un programa que en tanto que originado “intuitivamente por una posición de clase” ([75]), en cuanto en el mismo “está dicho que la fuerza sabrá influir más que la razón” ([76]), afirmación que está en plena antítesis respecto a la “doctrina iluminista de la nueva Dea Ragione” ([77]) y en su “esfuerzo vano de emancipar al hombre partiendo del pensamiento” ([78]). Los límites de este “comunismo basto” estaban por el contrario en su espera de la afirmación de sus postulados de renovación del mundo “a través de un trabajo de persuasión entre los hombres” ([79]), en la creencia en “la victoria proponiendo su diseño a las potencias de la época o a la fuerza de la opinión general” ([80]), a tal punto que “los viejos utopistas como Cabet pensaban que todos se harían socialistas mediante las visitas a las Icarías, a los falansterios” ([81]), y también en aquel “error de perspectiva, fruto de los tiempos”, por el cual la “inversión de la alienación” se presentaba al antiguo trabajador autónomo (fuese campesino o artesano) como “la reconquista de la parcela perdida y la asignación a cada miembro de la sociedad de una parcela libre” ([82]), y por tanto “la supresión de la propiedad privada aparecía como su generalización y su llegada a término” según la fórmula ingenua “todos propietarios y todos proletarios”, que la crítica de Marx sustituyó por la que está escrita en nuestro programa: “ningún propietario y ningún proletario” ([83]).

Su grandeza reside en el hecho de que esta “primera e inferior forma de socialismo dona potentes sacudidas al movimiento contra los defensores del sistema burgués y de la economía propietaria, aún limitándose a sus aspectos menos profundos” ([84]) y también en el hecho de que sobretodo en los sistemas de los “tres colosos Saint Simon, Fourier y Owen, que están en el umbral del XIX [...] ya está, para los materialistas históricos, la prueba de que se puede plantear la tarea socialista. Están ya ligados no a los privados de sentido «intereses de la humanidad»”, sino a los intereses de una clase muy definida, el proletariado, «originado mientras en el seno de la historia»” ([85]). Por ello la Izquierda ha podido afirmar que “apareciendo un siglo después la barba de Marx, de ello saldría un beso conmovedor a los soñadores de la luminosa Utopía, a los poetas y cantores de un mundo, que sería futuro de la sucia, hipócrita y vil moderna civilización” ([86]).

La doctrina que toma el nombre de Marx es una sola y no admite ser desmembrada en diversas variantes y versiones. La acusación de mecanicismo y de marxismo vulgar en las discusiones con la Izquierda es por otro lado un leit-motiv recurrente en el oportunismo, a partir del cual la dirigencia centrista del P.C. de Italia se une al naciente estalinismo ([87]). Cualquiera que hoy las repita no hace más que copiar las acusaciones estúpidas dirigidas a nuestra corriente en 1924 por parte de la dirección ya bolchevizada del Partido Comunista de Italia.

Punto nº 8: las condiciones indispensables para el éxito de la lucha revolucionaria.

LA TRANSFORMACION DE NUESTROS POSTULADOS PROGRAMATICOS EN UNA “ESTRATEGIA VIVA” ES UN FACTOR DE DESORIENTACION Y DISCONTINUIDAD DEL PARTIDO, Y POR ELLO DE DERROTA SEGURA DE LA LUCHA REVOLUCIONARIA. El marxismo no adulterado ha sostenido siempre que la recuperación clasista y revolucionaria se producirá de la interacción entre los impulsos objetivos que se derivan de los hechos económicos y el depósito subliminal de los postulados comunistas propagados por el Partido comunista entre los proletarios, ó, si se prefiere, por la simple interacción entre un Partido que explica la naturaleza de las relaciones de clase existentes y proclama el camino a recorrer a fin de liquidarlas para siempre, y una clase, que asimila casi de forma subliminal, y después –bajo la presión de los hechos materiales- se coloca de parte de la Revolución. En esta capacidad de discernir lo esencial de lo accesorio –y por ello de simplificar y esquematizar- reside, para los oportunistas de todo tipo, el

pecado original de lo que ellos definen como “marxismo rudo y vulgar”, y al cual por consiguiente nos complacemos de estar polémicamente asociados ([88]): para los adeptos al “marxismo refinado”, de hecho, la simplicidad es sinónima de simplismo en tanto desde siempre los renegados se mueven –tal y como los burócratas del estado burgués- en las complicaciones de los asuntos sencillos. Según ellos, para que pueda darse la ionización social, es necesario –además de continuar el conjunto organizado del Partido, con su contacto con la clase y en su actividad dirigida a propagar, agitar y transformar, si es posible, en acción los postulados programáticos comunistas- que haya también un cuarto factor, representado por el hecho de que el Partido, que gracias a su doctrina está en disposición de proclamar las «cosas justas», sea capaz así mismo de transformar aquellos postulados en una estrategia viva, es decir, desarrollar la dialéctica a través de la cual las posiciones comunistas puedan en fin articularse en consignas precisas y comprensibles. Sin esta necesaria obra de adaptación, de hecho, las consignas históricas del movimiento obrero no podrían más que desviarse y empobrecerse en su inmediata actualización, y la actividad del Partido se resolvería en un estéril «voluntarismo» político-educacionista. Los liquidadores del período 1982-1983 no habían dicho nada diferente, actuando contra las “proclamas” y las “declamaciones” de un Partido incapaz congénitamente de “hacer política”, es decir, de mediar entre las reivindicaciones y las consignas históricas (léase revolucionarias) y la necesidad de adaptación que se desprende del fluir cotidiano de la civilización capitalista (léase oportunista). Es preciso por ello dar un paso atrás y volver a nuestros textos. Las “condiciones indispensables para el éxito de la lucha revolucionaria” están representadas “según todas las tradiciones del marxismo y de la Izquierda italiana e internacional” de tres elementos: 1) “el trabajo y la lucha en el seno de las asociaciones económicas proletarias”; 2) la “presión de las fuerzas productivas contra las relaciones de producción”; 3) la “justa continuidad teórica, organizativa y táctica del partido político” ([89]). Por tanto, anotando el texto, los factores útiles a la Revolución son 1) el contacto del partido con la clase; 2) la presión de los hechos materiales; 3) la capacidad del partido de afirmar y proclamar la justa perspectiva revolucionaria. 1 + 2 + 3 = éxito de la lucha revolucionaria (éxito que presupone como ya producida la “ionización social” hacia el polo revolucionario, representado por las posiciones comunistas, y también hacia el polo opuesto, el de la contrarrevolución). No hay lugar para una cuarta condición, representada por la capacidad del partido de transformar el programa revolucionario, cien veces reafirmado en estrecho contacto con la clase, en el hilo de su continuidad teórica, organizativa y táctica, en una “estrategia viva”. Pero abramos aún otro texto, a fin de una mejor aclaración de esta delicada cuestión. “El partido comunista [...] ya que la burguesía conserva el poder, asume las siguientes tareas: a) elabora y difunde la teoría del desarrollo social, de las leyes económicas que caracterizan el sistema actual de relaciones productivas, de los conflictos de fuerzas de clases que de las anteriores producen, del estado y de la revolución; b) asegura la unidad y la continuidad histórica de la organización proletaria. La unidad no es el reagrupamiento material de las capas obreras y semi-obreras que sufren, por el hecho mismo del dominio de la clase explotadora, la influencia de direcciones políticas y de métodos de acción discordantes, sino los estrechos lazos internacionales de las vanguardias plenamente orientadas en la línea revolucionaria integral. La persistencia es la continua reivindicación de la línea dialéctica sin rupturas que une las posiciones de crítica y de batalla asumidas sucesivamente por el movimiento, en la serie de condiciones cambiantes.; c) prepara a largo plazo la movilización y la ofensiva de clase, con el empleo coordinado de toda posibilidad de propaganda, de agitación y de acción en cada lucha particular causada por reivindicaciones inmediatas, culminando en la organización del aparato ilegal e insurreccional para la conquista del poder” ([90]). Una vez más, como se observa, las tareas del Partido se condensan en una tríada: elaboración teórica + afianzamiento de la continuidad de la clase en el espacio-tiempo + preparación de la ofensiva revolucionaria; y después se necesita también que la preparación de la ofensiva final esté basada sobre la participación del Partido en las luchas parciales con una propaganda, una agitación, y (si es posible, añadimos nosotros) con una acción (¡otra diabólica tríada!) dirigida a unificarle y a dirigirle hacia el objetivo final revolucionario. Entre las tareas del Partido Comunista previas a la revolución vemos que, una vez más, la Izquierda enumerará: 1) la elaboración y la difusión de la teoría científica marxista, único

instrumento para analizar la dinámica de la sociedad existente y poder decir al proletariado las “cosas justas”; 2) afianzamiento de la continuidad del movimiento revolucionario proletario, que reuniéndose sólidamente en torno a la reafirmación de aquellas “cosas justas” (las “viejas palabras” y los “viejos clavos” de la tradición revolucionaria) sobrevive, se afirma y se templa; 3) la preparación de la ofensiva final, que aprovecha cualquier rendija para proclamar y explicar las “cosas justas” a aquellos proletarios –pocos necesariamente- que están interesados en el conjunto de nuestras posiciones (propaganda), para plantearlas como objetivos inmediatos a estratos más amplios de proletarios en lucha (agitación) y en fin, cuando la temperatura social lo permite, para que realicen la acción de la clase. La ofensiva final no se prepara por tanto transformando las “cosas justas” en una “estrategia viva”, sino simplemente proclamándola, agitándola y transformándola finalmente en acción. En conclusión, subrayamos de manera categórica que en la tradición de la Izquierda –tal y como está codificada en “Teoría y acción en la doctrina marxista” y “Dictadura proletaria y partido de clase”- no hay lugar para un cuarto factor, representado por la sedicente transformación de los postulados marxistas en una “estrategia viva”. Porque tales operaciones, por definición, no pueden ser más que una operación orientada a trastocar estos postulados, a cambiarlos en algo diferentes de lo que eran y son, y por lo tanto a desnaturalizarlos. El factor que se invoca es por eso un factor de desorientación y discontinuidad del Partido, y por ello de derrota segura de la lucha revolucionaria. Según la correcta tradición de la Izquierda, los postulados comunistas no necesitan ser de ninguna manera transformados en otra cosa: únicamente debe efectuarse su propaganda entre los proletarios más avanzados en las fases de retroceso, agitados entre las masas obreras en aquellos momentos de recuperación del movimiento y transformados en acción en el fuego de la lucha revolucionaria. El poner de relieve la necesidad de oponerse al «lento abandono de la acción práctica» ([91]), como hemos hecho en tiempos recientes, no es sinónimo por lo tanto de un presunto «voluntarismo» político-educacionista, porque tal actividad práctica, coincidiendo con «ese trabajo político en contacto con la clase obrera, que es uno de nuestros ejes de acción, y que define nuestra misma esencia de Partido» ([92]) no se limita al tan vituperado reparto de octavillas, sino que consiste en llevar nuestra palabra y nuestra prensa en todas las formas aún limitadas de vida de la clase, por consiguiente también en las ásamelas, en las manifestación, en las huelgas, etc. y tiene sobre todo un sentido y un alcance muy preciso, que no es ciertamente el de acelerar el encuentro teoría-masa o el de acercar las curvas del Partido y de la sociedad, como pretendían los partidarios del “Nuovo Corso” antes de 1982, y que no es, en suma, más que favorecer los atajos que distinguen a los buenos deseos educacionistas, a los que la Izquierda se ha opuesto tenazmente siempre, sino hacer sedimentar en la memoria de los obreros una pista, que les permitirá después, en las fases de recuperación de las luchas aún parciales fuera del control de los aparatos burgueses, no confundir el Partido con los innumerables oportunistas pintados de rojo que se despertarán entonces de su letargo anterior ó del sueño de su rutina colaboracionista a fin de “cabalgar el tigre” con frases resonantes y sonidos “revolucionarios” conduciéndolo después al redil. Una pista que permitirá así a la clase reconocer al Partido basándose en una verificación directa, inmediata, de su limpia continuidad en las posiciones y consignas, en las que figura esculpida su fisonomía inconfundible.

Por eso nuestra palabra debe ser siempre la misma, también adhiriéndose y respondiendo a las diversas situaciones contingentes. Como decían los viejos compañeros: un comunista, una palabra, un oportunista, un vocabulario. Para dirimir de forma definitiva el dilema sobre la necesidad o no de una “estrategia viva”, demos en fin la palabra al estalinismo naciente. “Oigamos lo que Bujarin, en la discusión del 1º punto en el O.dG. del Ejecutivo ampliado de la Internacional Comunista (25 de febrero de 1926) decía: «Existen dos métodos, profundamente diferentes, de lucha por la perspectiva revolucionaria. El primero es el método marxista: consiste [oíd, oíd] en adaptar a la realidad concreta nuestra lucha por la perspectiva revolucionaria, en tomar la realidad tal y como es, aunque sea desfavorable. El otro método es el de Bordiga, que hace totalmente una abstracción de la situación y se contenta con afirmar que somos revolucionarios y que debemos combatir por la revolución. En cuanto al análisis marxista de la situación objetiva y a la táctica que de ella se deduce, está, en Bordiga, totalmente ausente. No es casualidad que en su largo discurso no hayamos

oído una sola palabra sobre los rasgos específicos de la situación actual- Esto no le importa de hecho, porque él considera todo desde un punto de vista general y abstractamente revolucionario, y se contenta con el verbo ‘hacer la revolución’. Inútil es decir que este método conduce a vulgarizar nuestra táctica, no que no tiene nada de marxista» ([93]). Por ello se rechaza todo intento, periódicamente resurgente, de adaptar las consignas históricas de movimiento obrero a las exigencias de moderación dictadas por la fase muerta que estamos atravesando. Por eso su actualización, lejos de empobrecerlas, las valoriza en tanto hace hoy propaganda de las cosas que se deberán hacer y que mañana volverán a ser práctica cotidiana de la lucha obrera, en tanto hace sedimentar hoy aquella pista, que es tan preciosa en tanto constituirá mañana uno de los puntos a través de los cuales la clase podrá “reconocer a los suyos”. Solo los inmediatistas incurables pueden establecer una ecuación entre la imposibilidad de establecer un consenso inmediato en torno a una consigna y el hecho de “empobrecerla”.

Queda por precisar el fenómeno, que tampoco es nuevo, según el cual a las gesticulaciones en busca de estrategias políticas mas o menos inteligentes o incluso “geniales” –si pilotando el lanchón está un Gran Timonel- corresponde regularmente el hecho de relegar a un segundo plano el trabajo de análisis económico, que se concentra en los movimientos estadísticos y en los gráficos de la economía burguesa en crisis, y que el oportunismo ha despreciado siempre como una banal estadística econométrica. La correlación no es difícil de descubrir: sin la capacidad de elaboración estratégica tan decantada y de adaptación política de nuestras posiciones clásicas, y según los “estrategas del hostel del porvenir”, los impulsos del subsuelo económico serían letra muerta. Y por ello representan siempre una “*entité négigeable*”. Y por ello el slogan típico de los oportunistas, ávidos de hallazgos estratégicos, es el de “la política lo primero”, y así, ¡la Política a la primera línea! ([94]) ¡A despecho del determinismo económico, que según la enseñanza de la Izquierda representa la esencia misma del marxismo!

“Hoy, el miserable Krushev, para descolgarse de las condiciones a las que está ligada «una» tesis de Lenin, cambia las últimas luces del marxismo que nunca lo habían alcanzado, y afirma que en 1914 actuaban factores económicos, en 1956 estarían en juego otros factores diferentes, morales y de voluntad. «La guerra no es un fenómeno exclusivamente económico». «En las cuestiones de si las guerras deben o no deben darse (¿pero que especie de preguntas son éstas?) asumen gran importancia las relaciones de clase, las fuerzas políticas, el grado de organización y la voluntad consciente de los hombres». ¿En que espantosa confusión hemos caído, para volver de Stalin a Marx? Stalin avanzaba por la biblioteca con el lanzallamas, pero aún con aquella luz algún rastro de página podía leerse; los diferentes Krushev irrumpen como toros a los cuales, para evitar el riesgo que habían detectado, se les ha vendado los ojos tras haber apagado las luces. ¿Por casualidad somos marxistas, y según esto hemos alineado «los factores económicos» y de la otra, de forma significativa, las relaciones de clase, las fuerzas políticas y de organización, la conciencia, la voluntad?! ¿Y lanzando entre estos adversarios una «competición emulativa», oímos lanzar un «les toca a ustedes», mientras el mariscal Bulganin, con la sonrisa mas fotogénica, blande la espada? ([95]).

A esa manía recurrente de “la política lo primera” oponemos por tanto., como de costumbre, la necesidad absoluta, inmediata y prioritaria de no perder el tiempo en vacía chácharas estratégicas sino de doblar la espalda sobre las cifras, sobre las tablas y sobre los gráficos de la economía burguesa en el ámbito de nuestra actividad teórica sin por ello querer reducirla únicamente al estudio del desarrollo del imperialismo; y, por lo que respecta a la actividad práctica, continuar estando presentes, en función de nuestras fuerzas, ante las fábricas con nuestra palabra, palabra que no puede evitar aparecer como irrealista y “demagógica” hasta que la recuperación clasista no coloque en el orden del día las reivindicaciones históricas del movimiento obrero, y que, sobre todo, debe descender en donde sea posible a lo específico y, si se quiere, también en el detalle de aquello por lo que se necesitaría luchar desde ahora, so pena, en caso contrario, de reducirse a unos

genéricos principios, privados de cualquier impacto sobre aquellos (pocos o muchos) que están ya dispuestos a escucharnos, y por tanto incapaces de dejar una pista para el porvenir en donde reside su auténtico significado, que es el de ser un apoyo y un medio para alcanzar una radicalización de las luchas reivindicativas, pero no ciertamente (como no sea a nivel totalmente episódico y marginal) de las luchas actuales, y sino de las luchas futuras. Consigna resumen: EXCLUIR VUELO “ESTRATEGICOS”, APTOS SOLAMENTE PARA DESNATURALIZAR NUESTRAS POSICIONES CLASICAS, RESALTAR LA DOBLE NECESIDAD DE HACER HABLAR A LOS NUMEROS Y NO ABANDONAR LA ACTIVIDAD PRACTICA EN CONTACTO CON LA CLASE OBRERA.

Punto nº 9: naturaleza del Partido Comunista

CONTRA LAS IDEAS DEL “PARTIDO COMO CEREBRO”: TRASCENDER EL INDIVIDUO, RECUPERAR EL ESPIRITU DE NUESTROS COMPAÑEROS YA FALLECIDOS. Considerar que el Partido sea un órgano de la clase en tanto constituiría su cerebro es una banalidad inaceptable de nuestra concepción. Como cualquier intento pedestre de reducir una roca a una pastilla, en la práctica llega a un profundo trastoque de nuestras tesis clásicas: siguiendo aquel ejemplo totalmente fuera de lugar, se llegaría ahora a extraer la consecuencia de que mientras la clase sin Partido puede existir, en la manera de un “preparado espinal”, y por tanto en el sentido vegetativo y acéfalo de clase para el Capital, por el contrario el Partido sin la clase no puede existir, privado del constante aporte de sangre y oxígeno que se deriva del cuerpo físico de la clase inmediatamente se paraliza y muere. Nuestras tesis, en realidad, no establecen de hecho que el Partido sea un órgano de la clase proletaria, sino que es el órgano de la clase proletaria. El Partido no puede ser identificado por lo tanto con el cerebro de un organismo antropomorfo. Es por el contrario la parte que contiene el todo, que contiene el sentido del devenir de la clase entendida de forma unitaria en el espacio-tiempo. El cerebro por el contrario no puede en absoluto ser identificado como la parte que contiene el todo, no se puede recaer en el más chato racionalismo e ignorar el hecho, para nosotros esencial, de que, parafraseando a Pascal, “el corazón tiene razones que la razón no entiende”. Si de todas maneras se quiere permanecer en la esfera de la biología, el único órgano que contiene la totalidad no es el cerebro, sino que son los genitales, origen de las células germinales, de las cuales se originará de nuevo un organismo completo. Aún habiendo establecido, por tanto que el Partido no tiene la consistencia de la temblorosa gelatina cerebral, se precisa ahora que, desde el punto de vista científico, el órgano que realmente contiene todo son los genitales de ambos sexos, ya que “un solo conejo no es un conejo, sólo dos conejos pueden ser un conejo” ([96]), como lúcidamente escribe la Izquierda tomando en sus manos el hilo del Partido Histórico, que en un período de milenios se identifica con el Comunismo primitivo pasando también a través de la “Res bina” de la Alquimia ([97]), ciencia que nos ha enseñado que la Perfección, el cumplimiento de la Gran Obra de la transformación del hombre en Ser Humano esencialmente es andrógina (léase: en el Comunismo se resolverá finalmente la vil contraposición entre los sexos que distingue a la sociedad de clases, eliminando así la infame y plurisecular opresión de la mujer). Por tanto, para volver a la cuestión del Partido: para definir la esencia hemos ya tenido que romper los límites del sujeto individual. El ejemplo de los genitales, aún tratándose de los genitales de ambos sexos no es adecuado en cualquier caso para expresar la exacta naturaleza del órgano-Partido. Contener la totalidad es una cualidad necesaria pero no suficiente, porque falta todavía el requisito de la posibilidad de una vida en cierta medida autónoma. Para definir la naturaleza del órgano-Partido es preciso por consiguiente dejar totalmente atrás la anatomía del cuerpo físico y nos adentremos en el terreno de la metafísica, disciplina de la cual, según repetidas acusaciones, seríamos fieles adeptos. El Partido representa el órgano de la clase obrera en cuanto constituye su alma. De hecho, si abrimos los textos del Partido leemos: “El proletariado no existe sino cuando es revolucionario, cuando tiene su alma, su programa, y opone su estado, es decir el Ser Humano, a la sociedad burguesa. De otra manera, se

envilece, y su alma es burguesa, un objeto de la sociedad burguesa; entonces ya no tiene vida, porque su vida es la revolución... [...] La clase no acciona y por tanto no existe mas que cuando se constituye en partido, que a su vez se caracteriza mediante su programa (y éste es el alma del partido)” ([98]). Y todavía mas, a mayor escarnio de los “cerebrales”: “Con el fin de asegurar en el movimiento histórico la acción de conjunto de la clase, es necesario un organismo que la anime, la cimente, la preceda, la encuadre”, y en ese preciso sentido podemos decir “que el partido es en realidad el núcleo vital, sin el cual toda la masa restante ya no tendría ningún motivo para considerarse una reunión de fuerzas” ([99]). Efectivamente, si tomamos el diccionario, encontramos que “ánima” significa exactamente “principio vital de los seres vivos” ([100]) ó, “en general, el principio de la vida” ([101]). La relación Partido-Clase no es reducible por tanto a un biologismo individualista. Precisamente porque no es uno de tantos órganos de la clase, sino el órgano de la clase, precisamente porque no es el cerebro sino que es su alma, el espíritu revolucionario ([102]) que informa el cuerpo físico de la clase obrera, el Partido puede continuar viviendo aún fuera de la relación constante con las masas proletarias. Incluso, en determinadas circunstancias, en las que la clase se repliega profundamente y sus movimientos se encuadran dentro de la burguesía y se inspiran por sus directivas políticas, el Partido debe, en cierta medida, aislarse de las masas atrapadas en esos movimientos para ser fiel a sí mismo, es decir, proclamar y defender su oposición y extrañeza a tales movilizaciones, evitando el ruinoso error de mantenerse a toda costa en contacto con las masas ([103]) y admitiendo como única forma de contacto posible y sensata desde el punto de vista de la revolución impulsar con la palabra y con el ejemplo a los trabajadores a desertar de esas movilizaciones, como siempre que los trabajadores actúan no en su terreno, aunque sea de modo tímido, cuidadoso y mínimo, sino sobre el terreno burgués (de la lucha partisana a las huelgas contra el terrorismo y por la defensa de la democracia). Incluso dice la Izquierda que el Partido, en las situaciones de grave contrarrevolución puede sobrevivir incluso en una olvida página. El ejemplo que nos sirve no hay que buscarlo en la estructura biológica del individuo, sino en una in/formación biológica (léase: aquello que da forma) que supera y trasciende al individuo, en un ADN en el que está codificado el programa de vida de la Especie (léase: el sentido del camino histórico de la clase) y que puede sobrevivir por un cierto período incluso fuera del cuerpo (léase: fuera del contacto con las masas obreras), incluso en una olvidada probeta (léase: en una biblioteca). Así como el ADN es el programa de vida de la Especie, así el Partido histórico es el programa del Comunismo. Mas en general, si se quiere pasar de la metafísica, que habla de “ánima”, a la física cuántica, que habla que estudia los “dominios de coherencia” de la materia ([104]), el Partido es la in/formación que la clase deberá necesaria y nuevamente incorporar para comenzar a existir, para ser un conjunto coherente y no un informe agregado estadístico de individuos. Y a causa de que decir información significa decir “memoria histórica”, dado que la memoria además no es más que un conjunto orgánico de informaciones ligadas entre sí, de ello se deriva que el Partido Histórico es el que está en formación, mientras que el Partido Formal constituye su vector natural, físico, es el soporte adecuada a la misma, sobre el que la información debe necesariamente viajar para alcanzar su destinatario natural. El Partido Histórico, en suma, se identifica con los textos en los que está codificada nuestra doctrina, el Partido Formal por el contrario es la organización existente aquí y ahora, y que reagrupa a un cierto número de seres humanos, necesariamente limitado, que en esa doctrina se reconocen y en cuyo sendero proyectan trabajar. El Partido Histórico, por tanto, no es la organización existente en la cual se da el trabajo teórico, y el Partido Formal no es aquella organización dedicada al trabajo práctico y busca los lazos con la clase obrera a través de la participación activa en todas sus luchas. El trabajo teórico y el práctico son dos aspectos fundamentales e indispensables ambos, de la vida cotidiana del Partido Formal. El Partido Histórico no es la actividad basada en el establecimiento o la defensa de la doctrina, sino que es el resultado de esa actividad, y también de la actividad práctica que los organismos formales poco a poco desarrollan, la cual, si no es, como no pretende ser, una actividad acéfala y desligada de la doctrina, se traduce necesariamente en balances dinámicos que, a su vez, se reflejan necesariamente en la actividad teórica. Es en suma la cristalización en textos escritos de la experiencia histórica y práctica de la clase obrera mundial. Es por ello profundamente falso,

presuntuoso e idealista afirmar que seamos el Partido Histórico que tiende a hacerse Partido Formal, como si pudiéramos admitir un Espíritu que se hace Carne, una idea absoluta, que, hegelianamente, se realiza. Como si pudiéramos concebir textos que por sí mismos caminaran hacia el proletariado en vez de hacia los sindicatos y los partidos. Como si la doctrina tendiera por virtud propia a transformarse y traducirse en una organización política y a radicarse de tal modo en la clase. Esa afirmación, referida al organismo político hoy existente, dice a la vez demasiado y demasiado poco: demasiado porque hace ascender cuatro gatos a las alturas estratosféricas de la Doctrina, demasiado poco porque –admitiendo el esfuerzo de los citados cuatro gatos a elevarse a tal altura– impide la única calificación que se puede y debe extraer, la de ser, de hecho, el Partido Formal y no un informe núcleo o un embrión malformado que tiene al Partido Formal. El Partido Histórico existe y resplandece independientemente de nosotros, afortunadamente. Vive en los textos en los que está condensada la doctrina, no lucha ni se mueve para convertirse en Partido Formal. Nunca podremos ser al mismo tiempo Partido Histórico y Partido Formal, podemos ser solo y exclusivamente el Partido Formal, y lo somos a efectos únicamente de resistir sobre las líneas esenciales del Partido Histórico.

Punto nº 10: relación entre Partido y clase

EL PARTIDO COMUNISTA, EN PERFECTA COHERENCIA CON SU NATURALEZA ANTIDEMOCRÁTICA, TOMA SU MANDATO HISTÓRICO ÚNICAMENTE DE SÍ MISMO, Y RECHAZA Y CONSIDERA EL ANSIA DE RECONOCIMIENTOS Y LEGITIMACIONES POR PARTE DE LAS OTRAS CLASES O DE LOS MISMOS OBREROS COMO UNA RECAIDA EN LA LEPROSA DEMOCRÁTICA.

El Partido es tal porque lleva una vida incómoda, porque a lo largo de todo el período histórico de su camino, sino puede hacer algo peor, al menos dice cosas desagradables para la clase dominante, cosas ofensivas para los bienpensantes, que los colocan bajo una luz acusadora, en resumen que fastidian a los corifeos del orden constituido. De otra manera significaría que se está transformando en algo diferente, que ha comenzado a no ser ya el Partido de la revolución. El Partido por consiguiente no podrá nunca no digamos ser agasajado o cortejado por los “comités contra la represión” o mucho menos por los “comités para la defensa de la Memoria histórica”, sino que ni siquiera será reconocido por estos como un interlocutor “de fiar”. Por el contrario, será tachado por unos y otros como un partido-canalla, un conjunto de gente perdida para la “convivencia cívica y democrática” y con los cuales no se puede razonar sino con una pistola en la mano. No será nunca “reconocido” por nadie, ni por la clase sometida a la ideología dominante, ni –mucho menos– por la burguesía: esta es la brújula, señalada por Carlos Marx. Porque justamente ha sido el “tonto” Marx el que escribe que “nuestro mandato de representantes del partido proletario nos ha sido impuesto por nosotros mismos. Pero ha sido confirmado por el odio exclusivo y general que todas las fracciones del viejo mundo y de su partido nos reservan” ([105]). El Partido no puede esperar ser “reconocido” y proclamado como tal, tal vez incluso por mayoría, por una clase que aún no existe, y ni siquiera se espera esta investidura por parte de los adversarios, que posiblemente se limiten a confirmarla. Nótese aquí que la confirmación procede del odio del enemigo de clase, no de un reconocimiento gentilmente concedido. Pero lo que más importa es que, excluyendo también cualquier forma de dependencia del Partido del consentimiento expreso del movimiento obrero, Marx a hecho pedazos también el último vestigio de democratismo. Esta visión bastarda se la dejamos de buen grado a los epígonos brigadistas de la resistencia ladraban y berreaban con vista a la llorada “legitimación” por parte del Estado ó –lo que es igual– en la esperanza, que se reveló después vana solo hasta cierto punto, del “reconocimiento” del status de prisionero político... El

Partido, dice Marx, se da a sí mismo la investidura histórica, no la espera de otros. Repetimos: los comunistas no podemos pedir ni a la clase obrera ni a la burguesía ningún “reconocimiento”, lo que equivale al viejo concepto de “hacer la revolución con la autorización de los carabineros”. Por el contrario: somos nosotros los que podemos y debemos negar todo “reconocimiento” a ambos, en el sentido de que declaramos virtualmente difunta y por tanto inexistente desde ahora la burguesía ([106]), y todavía no existente la clase obrera. El Partido, aún de forma “invisible”, es la única categoría realmente existente. Lo real no puede solicitar a lo no-existente, a los habitantes del mundo de las sombras, un “certificado de vida”. ¿Cuando el actual núcleo –como dicen a coro los hijos del “Nuovo Corso”, que introduce este término desgraciado- podrá decir que se ha convertido en lo que quería ser? Cuando demuestre a sí mismo y a los demás, a los proletarios y a la misma burguesía, ser realmente el Partido Comunista. ¿Y cuando observará haber llegado a tanto, si no cuando el proletariado y el enemigo de clase darán fe de ello, reconociéndolo como el grupo político más coherente en el terreno de la lucha política revolucionaria? Hasta ahora –según los exponentes de un “marxismo” castrado e inofensivo- el actual conjunto organizado no tendría ningún derecho para autoproclamarse Partido de clase, pero tendría el derecho y el deber de admitir ser lo que es, y por tanto –por cierto- solamente un núcleo del futuro Partido revolucionario. Con esta impostación jurídica se navega a velas desplegadas hacia el cretinismo democrático integral: a la “tonta” autoproclamación reivindicada por papá Marx se opone en los hechos la concesión a la clase obrera de legitimar el Partido por lo que el mismo es. El Partido, que debiera dirigir y guiar a la clase hacia sus objetivos, el Partido, sin el cual la clase no existe sino como clase para el capital, debiera así esperar de esa misma clase la propia investidura, debiera esperarla de un conglomerado estadístico, de una humanidad aniquilada y aplastada física y mentalmente por el régimen fabril. Nuestros cumplidos a los “marxistas refinados” de ayer, de hoy y de mañana: de aquí a la conquista del título de apologistas del capitalismo y de campeones de la sagrada papeleta de voto no hay más que un paso...

Si realmente fuera verdad que el Partido, para poder proclamar ser lo que realmente es, tuviese antes que demostrar al proletariado ser el grupo político más coherente en el terreno de la lucha clasista y revolucionaria, significaría que el Partido se convierte verdaderamente en tal de nombre y de hecho solo en el momento en que la clase obrera les confirma, con su consenso, que eso es coherente con sus propios objetivos, reconociéndolo y legitimándolo como Partido. Justamente ahí está la sarna democrática que vuelve, con todos sus prejuicios jurídicos de legitimidad, porque, como de costumbre, nos creemos revolucionarios y nos encontramos... legitimistas. Además de democráticos. ¿Qué extensión debiera tener este consenso? ¿cómo lo medimos? ¿con sondeos de opinión o mejor a ojo, ó con el voto? Ateniéndonos a los postulados del marxismo, por otra parte, se cae en un evidente fallo de lógica: la clase obrera, que sin el Partido no existe, debiera reconocerlo a fin de que pudiera comenzar a existir. Se llega así a la anulación recíproca de las partes de la relación: el Partido nunca verá la luz, porque la capaz de reconocerlo y por consiguiente de hacerlo existir nunca podrá nacer, y nunca podrá nacer porque nunca podrá encontrar en su camino ningún Partido, mientras la burguesía, mientras tanto, conquistaría el privilegio de la inmortalidad...

Concluyendo: el Partido Comunista ó es una organización que deriva la propia legitimación exclusivamente del propio programa ó no es. Quien afirma lo contrario, quien se complace con utilizar expresiones tomadas del lenguaje de los gacetilleros burgueses para decir que el Partido no sería una organización “autorreferencial”, no hace más que adaptarse al capitalismo, tomando prestadas no solo las formas sino los contenidos del régimen social existente. No hace más que llevar al interior del Partido las concepciones ordinarias vigentes fuera del mismo, es decir, vigentes en la sociedad y en la política burguesa, en donde toda organización y todo partido toman su legitimidad del recíproco reconocimiento, en tanto en cuanto son elementos del mismo juego, anillos de la misma cadena. Pero el Partido Comunista es otra cosa, es la anticipación de un orden social que forma parte del futuro. Y es una cosa muy grave para los comunistas olvidarse de esto.

Punto nº 11: la táctica del Partido respecto a las demás fuerzas políticas

CONTRA LA NUEVA DOCTRINA DEL EMBRIÓN O «NUCLEO DE PARTIDO» Y LAS «ATRACCIONES FATALES» QUE DE ELLO RESULTAN, Y QUE LLEVAN DE MANERA INVARIABLE AL LA UNIDAD DE ESPECIES HISTORICAS DIFERENTES.

El Partido Formal lo es en tanto conjunto físico temporal de militantes que se alinea con las posiciones del Partido Histórico. Se define y es realmente el Partido de la revolución no porque sea más o menos grande, potente e influyente, sino solamente porque se identifica sólidamente con la bien definida y única línea, que distingue al Partido Histórico: “no existe por tanto una relación definida o definible entre los efectivos del partido y la gran masa de trabajadores. Partiendo de la base de que el partido asume su función como una minoría de los mismos, sería bizantinismo tratar si esa minoría debe ser pequeña o grande” ([107]). Por tanto, el Partido Formal nace del esfuerzo de un conjunto de militantes por unirse a un vector, que es el vector de la revolución en tanto en cuanto es una flecha que atraviesa la historia dirigiéndose hacia un único objetivo, en tanto lo que le caracteriza es un único e invariable programa, y no un conjunto de proposiciones heterogéneas extraídas de diversos programas y orientadas hacia objetivos contradictorios entre sí mismos. Y por esto es necesario subrayar, siguiendo la tradición de la Izquierda, que “el Partido, muerto poco a poco por treinta años de una tormenta adversa, no se recompone como los cócteles de de productos burgueses” ([108]) y que por nuestra parte “no se considera al Partido como una integral de grupos y núcleos” ([109]). Por ello el Partido Formal no puede nacer de tréboles de cuatro hojas o emparejamientos de grupos, no puede surgir de hibridaciones entre “núcleos” y “círculos” heterogéneos, que son estériles o abortivos, en tanto que los emparejamientos de especies históricas diferentes siempre lo son. De los círculos y los núcleos pueden surgir solamente aquellos abortos vivos que son los partidos obrero-burgueses, corifeos bastardos del sistema capitalista dotados de traseros proletarios y cerebros burgueses, porque este el único resultado posible de haber integrado vectores históricos con sus opuestos. El Partido Comunista espera su propio crecimiento de la afluencia de proletarios impulsados por la explosión del enfrentamiento de clases hacia posiciones que son suyas y de nadie mas. La denominada “fuerza centrípeta”, el núcleo aglutinador y restaurador de un Partido comunista pendiente “de construcción” ó, si se prefiere, “de inventar”, se propone por el contrario crecer, de hecho, agregando otros núcleos o fragmentos de partidos. Por consiguiente, comienza desde ahora, como se ha dicho por parte de algunos de nuestros contrincantes privados incluso del sentido del humor, a hacerse “físicamente atrayente”, es decir, a contonearse para pescar a aquellos que en 1982 eran las famosas “vanguardias” y que ahora se han convertido en las cuánticas pero no mejor definidas “energías” provenientes de una dinámica que de todas maneras está ya en marcha (como el autobús, y, como en el autobús, se trata de agarrarse para no caerse) y que atraviesa Partidos y militantes políticos y sindicales. Es una sopa que ya conocemos, porque ha sido ya patrocinada por el “Nuovo Corso” mucho antes de 1982. Atraer estas “energías” o estas “vanguardias” (de inexistentes ejércitos o en vías de extinción y además en un 99% no proletarias) serviría a la organización actual, al núcleo, para crecer más rápidamente, unificando de una tirada las vanguardias y sus seguidores, las “energías” y todos los por estas magnetizados. Se trata de un expediente destinado a superar el “retraso” del Partido –o mejor, del “núcleo”- respecto a la presunta madurez de la lucha de clases, y a evitar que se presente a la cita con la Revolución en un estado de excesiva fragilidad orgánica. Ciertamente no es una novedad: ya en 1975, diseñando la perspectiva de un malentendido “frente unido proletario” dirigido a agrupar no solo a los proletarios mas combativos sino también a los seudo-revolucionarios de todas las especies zoológicas, se identificaba de hecho “la doble tarea de construcción y reforzamiento del partido «en contacto con la clase obrera» y de ayuda activa en todas las situaciones en las que se planteen la lucha y las organizaciones de defensa de los trabajadores en cuanto tales” por un lado “como proyección del partido –ó «núcleo», como se prefiera- hacia el exterior, es decir, hacia el

movimiento obrero en las condiciones dadas” y por otro lado como “enriquecimiento, si se permite el término, del partido en todos sus aspectos de «órgano operativo» que se apropia de fuerzas y de experiencias en esta actividad” ([110]). No es una cuestión terminológica: aparte de la infeliz ocurrencia sobre “la construcción del Partido”, el hecho esencial es que Partido y núcleo no son la misma cosa, como el párrafo de más arriba hubiera querido hacer creer a los simples. No se habla de Partido ó núcleo por casualidad, ó “como se prefiera”.

La “recuperación efectiva del movimiento revolucionario”, según todo lo que nuestras “Tesis características” habían establecido, “se basa en la madurez real de los hechos y de la correspondiente adecuación del partido, habilitado para ello únicamente por su inflexibilidad doctrinaria y política” ([111]). Ese “únicamente” significa que el pequeño partido formado en la segunda postguerra consideraba en 1951 poseer en base de su coherencia con el Partido Histórico TODOS los requisitos para considerar “adecuado” a la real “madurez de los hechos”, es decir, POSEER LO NECESARIO Y LO SUFICIENTE para llegar a ser “el partido compacto y potente” del que la Revolución tendrá necesidad. Y de hecho en otro texto nuestro de 1951 se afirma que “el partido excluye de forma absoluta que una aceleración del proceso [de la recuperación revolucionaria NdR] mayor que aquella que se deriva, además de las causas sociales profundas, de la obra discreta de proselitismo y propaganda con los reducidos medios disponibles, se pueda conseguir por recursos, maniobras expedientes que se apoyen sobre esos grupos, cuadros y jerarquías que, usurpando el nombre de proletarios, comunistas, socialistas, dominan hoy las masas” ([112]), ó –añadimos nosotros- por maniobras que pretendan enriquecerlo apropiándose de fuerzas y de experiencias que se derivan de los productos de las sucesivas descomposiciones de aquellos grupos y jerarquías. Y es justamente por ello que las “Tesis de Nápoles” a catorce años de distancia, definen nuestra organización como un “pequeño partido” y no como un “núcleo”: “se rechaza la posición según la cual el pequeño partido se reduce a círculos cerrados sin lazos con el exterior” ([113]).

Si desde 1975 en adelante se habla de núcleo mas bien que de Partido, es porque se considera algo diferente, y ello consiste en que la organización existente es un conjunto físico de militantes que no poseen todo aquello que les sirve para convertirse en el “Partido compacto y potente de mañana” y que, por tanto, se confía en adquirir todo aquello que les falta del diálogo y del debate más o menos camuflado con otros núcleos y mediante el enriquecimiento que espera obtener de la apropiación de fuerzas y experiencias ajenas que tal diálogo fecundo hará posible. Lo afirmará de forma explícita, a dos años de distancia del vano “frente unido proletario”, el artículo “En el camino del «partido compacto y potente» de mañana”: “sería un error considerar que el partido, estando en posesión desde su nacimiento de un patrimonio completo y homogéneo de posiciones teóricas y programáticas y de líneas tácticas, tenga con ello no sólo todo lo necesario (lo que es cierto), sino también lo suficiente para no faltar a la cita «histórica» con el movimiento real cuando el mismo explote bajo la presión de determinaciones materiales” ([114]), impidiendo así oponerse de forma seria a la teoría del “crisol”, que sin embargo el artículo pretendía combatir, y arribando a una formulación profundamente equivocada, que, postulando la organización existente como un “núcleo si, pero de partido” ([115]), trastocaba la clara indicación de nuestras “Tesis características”. De nada sirve repetir mil veces que el “núcleo de partido” no pretende llegar a debates y discusiones con las vanguardias externas, sino solo crecer sobre sus propias bases: una vez excluido el error “mecanicista y fatalista” según el cual el pequeño partido de hoy posee todo lo necesario para ser el Partido de la Revolución, una vez admitido que el actual “núcleo de partido” por el contrario no tiene en sí todo lo que le sirve (y por tanto no solo lo necesario, sino también lo suficiente) para crecer y convertirse, cuando llegue el momento, en el “verdadero” Partido capaz de guiar al proletariado en el asalto final a los poderes estatales burgueses: una vez roto, en resumen, el criterio base que define el Partido en tanto Partido, es inútil recoger las vacas que se han escapado del establo. Es inútil negar verbalmente la intención de llegar a debates y discusiones con las susodichas vanguardias, porque únicamente se trata de un kautskismo recurrente y tenaz. Porque se

trata, como en el caso de la socialdemocracia alemana, de una ortodoxia aparente. Porque su alma oportunista y ahora traicionada y desvelada ya solamente por esa torpe referencia a un no mejor definido “movimiento real”, a un “movimiento” cuya fisonomía clasista se queda en el limbo de la mas absoluta indeterminación. Porque aquella ortodoxia de fachada estaba inevitablemente destinada a deshacerse al primer golpe, como después la experiencia se encargará puntualmente de demostrar. El “núcleo”, aunque solamente sea “núcleo de Partido”, no es de hecho un Partido en pequeño. No es un Partido que, aun en los límites restringidos en los que la contrarrevolución le obliga a actuar, desarrolla todas las funciones que le son propias, sino que es, se quiera o no admitir, un Partido mutilado. Precisamente porque el núcleo no es un Partido a escala reducida o, si se quiere, microscópica, por lo que fue y es obligado a utilizar un término nuevo y distinto, que de otra manera no hubiera tenido razón de ser. Y es en esta óptica, en la cual los dos términos de “Partido” y de “núcleo” no son intercambiables al gusto, por lo que se pensaba –entonces como hoy- que el “núcleo” llegaría a Partido enriqueciéndose –término que, según la Izquierda, es preciso mirar siempre con sospecha aunque no se refiera a la esfera de la pura doctrina ([116])- gracias a su actividad externa, y de esa forma apropiándose fuerzas políticas y de experiencias de luchas ajenas al mismo, y que se identificaban en las “vanguardias” pseudo-revolucionarias, con las que trabajaba hombro con hombro en aquellos frentes unidos políticos (o “intergrupos”), en donde en un 99 por ciento los “organismos proletarios inmediatos” en las condiciones dadas, se reducían a estar; so pena, en caso contrario, de que “el órgano mismo que se debe construir [¡y dale!] ([117]), el núcleo en camino de hacerse Partido, fuese condenado al “raquitismo” ([118]) y a permanecer para siempre como un núcleo, solamente un simple conato hacia un Partido cada vez mas lejano. El error de 1975, lejos de ser corregido sobre la base de una teoría sana, fue subrayado de forma testaruda en 1977, con el agravante de revestirlo de un manto de ortodoxia, mientras la preocupación por la fragilidad del Partido se transformaba en una auténtica preocupación por el “raquitismo”, y por la manía de superarlo a cualquier coste. Hasta el punto de llegar, en 1981, a teorizar que el crecimiento cuantitativo del Partido pudiera derivarse de la atracción de las “vanguardias” de su interior ([119]), con el resultado de confundir totalmente los términos de la cuestión. Es cierto que en líneas generales es muy posible (y en la fase de recuperación de la gran lucha de clases será no sólo posible, sino necesario) que las vanguardias clasistas (y por tanto obreras) se formen mas allá del perímetro del Partido como expresiones de luchas proletarias de la cual se desprenda una aunque sea embrionaria conciencia de clase, , y que es necesario rechazar como metafísica la idea de que el Partido en cuanto vanguardia política de la clase obrera deba necesariamente y en todo momento englobar en su interior todas las capas obreras que, por su resolución y consciencia, precedan al grueso de la tropa. Lo totalmente absurdo y antimarxista era y es el hecho de considerar que tales vanguardias clasistas estuvieran presentes en la escena social en 1975 ó en 1977 ó en 1981 o que estén presentes hoy; en resumen, que puedan surgir cuando aún la capa de plomo de la contrarrevolución pesa como una losa sobre el proletariado y una recuperación de la lucha autónoma de la clase obrera esta por venir, y por tanto cuando, no existiendo un ejército proletario en lucha contra el capitalismo, no se puedan esperar de ninguna parte las “vanguardias”. El resultado de tal propósito fue aún mas desastroso, en tanto se llegó, a falta de algo mejor, a identificar a tales vanguardias CLASISTAS con las sedicentes vanguardias POLITICAS presentes en el escenario, es decir, con los grupúsculos de falsa izquierda que el Partido había denunciado siempre en el pasado como simples reservas del oportunismo. A través de este astuto atajo el Partido evitaría, ayer y hoy, cargar sobre sí la difícil y larga obra destinada a la penetración directa entre las masas obreras, dedicándose por el contrario a atraerse a las “vanguardias” politizadas, que después llevarían a las “masas” tras de ellas. Plegándose al criterio burgués del “máximo resultado con el mínimo esfuerzo” el Partido podría obtener en breve plazo un no despreciable crecimiento cuantitativo: basta de hecho un poco de maquillaje, algún guiño en el momento adecuado y el juego está hecho. Tras haber liquidado, bien entendido, los compañeros “impresentables”, los que dan una mala imagen en sociedad. Nuestros antagonistas podrían objetar que somos paranoicos y que si una “vanguardia” política y sindical entra en el Partido es porque se ha convertido en comunista a todos los efectos, y no hay nada malo si esta “vanguardia”, convertida en comunista, induce a un

acercamiento al Partido entre aquellos de sus antiguos seguidores, llevando dentro un contingente de organizados. Este razonamiento es completamente falso: si realmente la mencionada “vanguardia” política o sindical llega a ser comunista (y para nosotros llega solo después de haberla hecho caminar durante años por el desierto, como hizo Moisés con los hebreos tras la esclavitud en Egipto, a fin de que pierda también el recuerdo de su anterior esclavitud ideológica), entonces no puede admitirse dentro a ninguno de aquellos que antes seguían sus indicaciones. Si un párroco comunica desde el púlpito a sus fieles que se ha dado cuenta de haberlos siempre engañado, que dios no existe, que se inscrito en la “Liga de los sin-dios” y que les invita a seguirle para destruir mejor a la Iglesia y sus obras, hasta aquel momento enérgicamente seguidas por el rebaño de fieles, estamos seguros no solo de que no encontrará ni un perro dispuesto a seguirle, sino que se arriesgará a ser molido a palos por los fieles enfurecidos. Pero si aquel párroco asegura a sus fieles que adhiriéndose a un no muy definido “Partido Comunista” podrán seguir con mayor eficacia haciendo las mismas cosas de antes, aunque estén presentadas de forma un poco diferente, entonces es posible que al menos una parte de los fieles lo siga. Fuera de metáforas, presumir que los corderillos sigan a la presunta “vanguardia” que se ha unido hipotéticamente a nuestro partido equivale a confesar que se les concederá continuar –de forma un poco diferente y con diversos adornos ideológicos- haciendo las mismas cosas de antes, continuar una actividad que se sitúa en las antípodas del comunismo revolucionario. Sin considerar además el hecho de que, en una situación como la vigente entonces y hoy, caracterizada por la ausencia de cualquier signo de una consistente recuperación clasista, la única dinámica en marcha y que implica a militantes políticos y sindicales es la dinámica, ahora en fase avanzada, es la putrefacción tanto de los partiduchos estalinistas como de las formaciones políticas procedentes de una falsa reacción contra el estalinismo.

Punto nº 12: teoría y práctica.

NI SIQUIERA EN PERIODOS DE PARÁLISIS PROFUNDA Y DURADERA DE INICIATIVA AUTONOMA DE LA CLASE OBRERA PUEDE TENDERSE UNA BARRERA ENTRE TEORIA Y PRACTICA: ES PRECISAMENTE EN ESAS FASES, CUANDO LA ACTIVIDAD PRACTICA ES INGRATA Y ESCASA DE RESULTADOS INMEDIATOS, CUANDO SE PRODUCE DE FORMA CONCRETA EL RIESGO DE REPLEGARSE A UNA ACTIVIDAD PURAMENTE TEORICA. En las épocas contrarrevolucionarias o históricamente desfavorables los únicos éxitos, las únicas victorias que se le permiten al Partido son las victorias teóricas, dado que la inercia de la iniciativa de clase priva a la actividad práctica del partido de influencia, al menos en lo inmediato. De ello se sigue que la actividad práctica, en dichos periodos, es por necesidad menos gratificante que la actividad teórica para los militantes que tengan la intención de permanecer fieles al Comunismo. Aún siendo ambos “difíciles”, como siempre en tales circunstancias se llega, por lo que respecta a la actividad práctica, a una dificultad suplementaria, la dificultad psicológica de continuar trabajando contra corriente sin poder ver un resultado mínimo. El rigor con el que debe desarrollarse siempre la actividad teórica no autoriza por tanto a nadie a replegarse sobre la misma desertando de la actividad práctica, cuando dicha actividad es particularmente avara en éxitos y gratificaciones. El riesgo de tal repliegue, lejos de ser una invención generada por un “activismo obrero” sin pies ni cabeza, es un riesgo realmente existente, y por ello aluden a ello nuestras Tesis de forma repetida y explícita, exhortando a no establecer nunca una barrera entre teoría y práctica. “No queremos reducir el Partido a una organización de tipo cultural, intelectual y escolástico [...] Dado que el carácter de degeneración del conjunto social se concentra en la falsificación y en la destrucción de la teoría y de la sana doctrina, es evidente que el pequeño Partido de hoy tiene un carácter preeminente de restauración de los principios de valor doctrinal [...] De cualquier forma, no poder establecer una barrera entre teoría y acción práctica; ya que mas allá de un cierto límite

destruiremos nuestras tesis y nuestras bases de principio” ([120]). Esta recomendación no es en absoluto una fantasía de tipo voluntarista, sino que responde a la doble exigencia de no autodestruirse, estando demostrado que sin disponer de “sensores” apropiados, se sale uno siempre de la carretera, y dejar en la clase obrera una impronta de las consignas comunistas lo mas persistente y profunda posible, y por ello tanto mas útil y valiosa para el porvenir. La afirmación citada, además, no significa en absoluto que un mínimo de actividad práctica, incluso en las situaciones mas negras, sea precisa para salvar la imagen y el decoro del Partido, sino que significa algo muy diferente: que la actividad desarrollada, por limitada que sea, debe estar ligada a la teoría. En la inobservancia de este punto fundamental de nuestras Tesis reside la principal causa subjetiva de las recurrentes crisis del Partido, en particular en los inicios de los años setenta. Tales crisis han sido la consecuencia de una actividad práctica que nunca ha tenido un déficit en la cantidad, por el contrario ha sido incluso demasiado extensa, pero que en cada caso, desde entonces en adelante, ha estado abandonada a sí misma, no ha sido guiada, controlada y disciplinada por la doctrina. Sabemos que el socavamiento de la praxis se verifica únicamente en el Partido. No solo en el sentido de que el Partido anticipa la acción de la clase, sino también en el sentido de que el Partido debe planificar su praxis a la luz de la teoría y no solo debe guiarla a medida que se produce, sino que debe anticiparla teóricamente, conociéndola y tomándola como objetivo antes de ejecutarla. Desde el inicio de los años 70, por el contrario, la actividad práctica ha estado acéfala, y la teoría ha seguido a la actividad práctica, dándole poco a poco una serie de rasgos justificativos post festum. ¿Poca actividad práctica, por tanto? Todo lo contrario: demasiada actividad práctica, y, lo que es peor, una actividad cada vez mas desligada de la teoría. Y, por el contrario, una teoría reducida a ser sierva de una praxis que caminaba con sus piernas, o mas bien que caminaba asimilando y haciendo propios los modos de comportamiento ajenos, los modelos de la clase dominante, que de este modo fueron importados al interior de que había sido y hubiera debido seguir siendo el bastión del marxismo revolucionario. Pero la teoría “marxista” que se afana en dar cobertura y dignidad “revolucionaria” a una praxis oportunista tiene un nombre: se llama kautskismo. La arrogancia intelectualista con la que se ha liquidado en el pasado en el Partido las “cuestiones prácticas” y la misma arrogancia con la que ahora se burla ante la puesta en guardia del peligro de desertar el terreno de la actividad práctica. No es éste un sano doctrinarismo, es un intelectualismo degenerado. No es amor por la teoría, sino solo por el papel de defensores de la teoría que se ha arrogado. Es el indiferentismo de gran señor en las discusiones sobre la actividad práctica y teórica.

Punto nº 13: los intelectuales y el Partido.

EL PARTIDO PROLETARIO ADMITE EN SUS FILAS A LOS TRANSFUGAS DE LAS OTRAS CLASES, PERO SE DEFIENDE DE LAS INFECCIONES QUE –EN PARTICULAR LOS INTELLECTUALES- PUEDEN TRANSMITIR, MEDIANTE UN AUTÉNTICO CORDON SANITARIO, SABIENDO BIEN QUE LA AUTENTICA DESERCIÓN IMPLICA EL BANDONO DE LA PRECUNCIÓN, TÍPICA DE LOS INTELLECTUALES, DE HABER ENTENDIDO TODO. ESTO ES UNA CONQUISTA EXTREMADAMENTE INESTABLE, Y QUE NO EXIME AL PARTIDO DE UNA VIGILANCIA CONTINUA. “Una negación del inmediatez, que está en la raíz de todo falso izquierdismo [...] es la de admitir, según un marxismo correcto, que al igual que un miembro de las clases oprimidas puede estar en el partido de las clases dominantes, a la inversa puede situarse perfectamente en el partido revolucionario quien no sea miembro de las clases oprimidas. De manera mediata o no inmediata la revolución recibe la aportación de elementos que no tienen intereses directos” ([121]). El Partido por tanto no excluye de sus filas a los “elementos de clases no puramente proletarias” ([122]), y así “evitando la estrecha concepción laborista del partido” ([123]), pero lo hace solo bajo la condición de que a tales elementos les sea “requerido de modo inexorable la superación de cualquier vacilación sobre los postulados específicos teóricos y políticos del movimiento” ([124]); no rechaza en resumen acoger en su organización “a “individuos

cualificados de clases económicamente superiores” ([125]), pero solamente “cuando son auténticos desertores del campo social enemigo” ([126]). Lo que significa que no es suficiente acoger a dichos elementos en base a una adhesión racional a la doctrina comunista: la cualificación mencionada requiere que se desprendan en la mente y también en el corazón de sus clasificaciones, superando así tanto las dudas de naturaleza intelectual como las de tipo emocional, mucho peores que las primeras, porque están incardinadas en los estímulos físicos originados por los intereses específicos de clase. Y esto necesita medidas particulares de precaución en el Partido, adecuadas no sólo y no tanto para evitar “crisis y abandonos en casos individuales” ([127]), que siempre son a tener en cuenta, sino sobre todo a evitar el daño que una adhesión platónica y epidérmica por parte de tales elementos causa necesariamente al Partido. La del cordón sanitario no es en absoluto una “nueva doctrina”, que nos hayamos inventado hoy para animar polémicas inútiles: respecto al “Manifiesto” de 1848 “toda la experiencia posterior nos aconseja de que el proletariado debe cuidarse con especiales garantías organizativas –y tácticas, pensamos nosotros- del peligro siempre presente que estos elementos intelectuales, y junto a ellos los obreros elevados a jefes del movimiento, se transformen en agentes de la burguesía entre las filas obreras” ([128]). Pero veamos que garantías especiales considera la Izquierda necesarias para los primeros, para los “elementos intelectuales” y sobre que bases se apoyan las mismas: “comenzaremos haciendo una distinción entre socialistas obreros y socialistas «intelectuales». El obrero es socialista cuando considera su posición de víctima no de forma aislada, sino conjuntamente con sus compañeros de trabajo. Esto -¡lo hemos dicho tantas veces!- es consecuencia de su estado de dificultad económica, ante la cual su instinto de conservación de hace buscar solución. Al hacer este esfuerzo por su mejora, acaba viendo que es preciso golpear en las raíces del régimen económico actual, y para ello necesita llevar la lucha al terreno político, dirigiéndola contra las actuales instituciones. Es evidente que ese mismo instinto de conservación que lo ha llevado a ese camino, lo frena después en el momento decisivo de la acción revolucionaria, y muchas veces el obrero acaba adaptándose a las condiciones presentes, por miedo a arriesgar demasiado y obtener un mal final. Pero cuando estas concretas condiciones económicas exasperan su sentimiento de rebeldía, ya no duda y se lanza a la lucha revolucionaria. Ahora, el Partido Socialista, proponiéndose acelerar este proceso quiere convencer al obrero de la necesidad de desarrollar esta lucha, la única solución del problema social en interés del proletariado. El obrero sólidamente convencido de esto es un buen socialista. ¿Cuál será el método para efectuar tal convencimiento? ¿El de la demostración teórica, de la cultura? ¡Entonces tendremos que esperar varios siglos para “preparar” al proletariado”! No, por dios, la vía de la propaganda no es la teoría, sino el sentimiento, en cuanto este es el reflejo espontáneo de las necesidades materiales en el sistema nervioso del ser humano. Es preciso, si queremos vencer las resistencias egoístas del obrero, hacerle ver las condiciones de todos sus iguales, llevarlo a un ambiente que le hable de la «clase» y de su porvenir. Bajo la influencia de tal ambiente no correrá el riesgo de convertirse en un renegado. Y que esto no es un tema de cultura lo demuestra el caso de los intelectuales que con gran facilidad, «reniegan», a pesar de la solidez teórica de sus ideas, a las cuales ciertamente nunca podrían llegar los obreros. Pero el caso de los intelectuales es muy diferente. Proceden de un ambiente no socialista, por accidente, tal vez por instinto, mas a menudo por ser arrinconados en alguna esquina del ambiente que abandonan – casi nunca con una mala fe consciente de hacerse una carrera política, porque esto llega después” ([129]). Y si hay medidas defensivas que deben instalarse para el médico y para el ingeniero, para el farmacéutico y para el rentista, para el tendero y el campesino, es evidente que deben ser operantes con muchos mas motivos para los intelectuales (profesores, periodistas, escritores, poetas, ex sacerdotes, abogados, investigadores y académicos varios), en resumen para aquellos que –aunque no quieran los marxistas “refinados”- forman parte de dichas categorías en tanto no trabajan con las manos, sino que prostituyen su cerebro para servir mejor a las clases dominantes. La Izquierda nos ha enseñado que “el movimiento comunista revolucionario enumerará entre sus peores enemigos, con burgueses y capitalistas, patronos, funcionarios y jenízaros de las diversas jerarquías, a los «pensadores» y los «intelectuales» sin excepción, exponentes de la «ciencia», de la «cultura», de la «literatura» o del «arte» presentados como movimientos o procesos generales ajenos a los determinantes sociales y de la lucha histórica

y de las clases” ([130]). Por consiguiente, para la Izquierda los intelectuales, como enemigos de la clase proletaria, se sitúan al mismo nivel que los capitalistas y los esbirros. Por otra parte, a propósito de las “capas pequeño-burguesas de las que forman parte los denominados intelectuales”, la Izquierda afirma también que no se trata de auténticas clases sino de “despreciables capas marginales y rufianescas en las que no se aprecian los desertores de la burguesía de los que Marx describe su inevitable paso a las filas de la clase revolucionaria, sino los mejores servidores y las lanzas rotas de la conservación capitalista, que viven de los estipendios originados por la extorsión de la plusvalía a los proletarios” ([131]). No rechazamos por tanto la entrada de burgueses en el Partido, sino que decimos que es preciso prestar mucha atención a los intelectuales en general y que en particular debemos cerrar la puerta a los intelectuales pequeño-burgueses: no vemos entre estos últimos absolutamente ningún desertor. ¿De donde deriva un juicio tan drástico, que no hemos querido atenuar de ninguna manera ([132], porque es la transcripción literal de cuanto la Izquierda ha establecido en las Tesis del Partido? Pues del hecho de que son los esbirros morales del sistema burgués, retribuidos a fin de tutelar el orden constituido narrando mentiras a la clase proletaria. A diferencia de un médico que, metiendo las manos en la sangre, salva alguna vida a veces, de un ingeniero que, enredando con las cifras, a veces diseña un puente, de un tendero que distribuye un panecillo, aún contaminado, de una prostituta que concede una prestación sexual, aún apresurada, a diferencia de todos ellos, el intelectual no manipula, no elabora, no distribuye valores de uso, sino que tiene como tarea específica la de ocultar la ley del valor que domina sobre todas las actividades humanas y las convierte en despreciables, la de hacer aceptable lo inaceptable, presentando el Moloch capitalista que todo lo engulle, lo homogeniza y destruye como un sistema “con rostro humano”. ¿Cuál es por tanto el remedio, el contraveneno que el Partido debe aplicar? Sobre todo el repudio de cualquier forma de “subordinación y apoyo a la vanidad de los intelectuales del mundo burgués” ([133]). No es suficiente por ello que en el Partido se respire el aire puro de un ambiente ferozmente anti-individualista, del cual forma parte el respeto más riguroso por el anonimato, sino que necesita que toda manifestación de dicho apoyo debe ser reprimida al nacer, lo que significa no solo que ningún puesto de primera fila debe ser preparado en el Partido para los “profesorcillos”, sino que no se admite ningún “cortejo” ni para que entren ni para que se queden. Siempre de hecho hemos rechazado como manifestación típica del politicismo –electoralista o no- toda tentación de “atraerse las simpatías de los estratos híbridos y lúbricos, formados por todos esos escritorzuelos, pintorzuelos y artistillas de la gloriosa Italietta” ([134]). Si es verdad que la estructura caracteriológica es la plasmada por los más sucios servicios dados a las clases poseedoras, si es verdad que un carabiniere sigue siendo un carabiniere cuando guarda el uniforme, debemos tener siempre presente que es más fácil que un tendero o una prostituta o un médico sean auténticos desertores que un profesor, un abogado o un periodista, y que estos últimos, los intelectuales, para librarse de su clasificación deben recorrer un camino mucho más difícil, costoso y doloroso que el de los otros tráfugas. Recordaba de hecho la Izquierda que “con la centralización y consiguiente colectivización de la gran industria desaparecerán los abogados y profesores de filosofía más o menos idealmente burgueses, y que por ello son reaccionarios por definición” ([135]). No solo no deben apoyarse estos últimos, sino que tampoco deben ser apoyados por otros en su intelectual vanidad ni siquiera por una admiración ingenua, que traduce siempre en las reverencias por las clases cultas la interiorización de un dominio de clase difícil de eliminar. “Ya que sin embargo el intelectual y el obrero creen, muy a menudo, en la superioridad política del hombre más culto, así acaban encontrándose en dos niveles diferentes, y el obrero se habitúa a creer que el intelectual es un superior, con posibilidades de acción inmensamente mayores [...] acaba haciendo de él un ídolo, y se sitúa fuera del ambiente obrero” ([136]). He aquí el origen de ese apoyo insuflado: la presunción de una superioridad política emanante de una mayor cultura, presunción que no es solo totalmente errónea porque la cultura de la que los intelectuales están embebidos se da de golpes con la política revolucionaria, sino que indica la persistencia en la cabeza de quien lo sufre la corrosión idealista propia de la ideología burguesa, que va unida a la prosternación ante el experto, el técnico, al “notable” según el estilo que Mike Bongiorno ha dado a la historia. “Comienza así la parábola lógica de los burgueses socialistas, reabsorbidos por la

sociedad burguesa. Es un proceso cuasi necesario: el proletariado substrahe a la burguesía algunos elementos revolucionarios, evolucionados, y les utiliza contra la misma a fin de que no consiga recuperarlos para sus filas. Es un continuo paso, que no supondría gran daño al socialismo si esos intelectuales, al irse, no dejasen tras de ellos un séquito de admiración personalista en los obreros. El enemigo que está en nuestra contra en estos fenómenos, el artífice de las defecciones obreras y no obreras en nuestras filas es siempre el mismo: se llama «individualismo». Es el reflejo del ambiente de la sociedad burguesa. Tiene sus raíces en el régimen económico de la sociedad privada y de la competencia. Es un enemigo que debemos combatir. Podrá ser abatido cuando se instaure el régimen económico comunista, pero es preciso atacarlo también hoy” ([137]). Haz del intelectual un ídolo, insúflale la vanidad, dice la Izquierda, y lo impulsarás necesariamente a desertar. Pero lo peor no es cuando vuelven al seno de su clase de origen, sino cuando, aún habiendo hecho ese proceso a duras penas, se queda entre nosotros “con la consciente mala fe de hacerse un pedestal político” ([138]) a expensas del proletariado y de su Partido. Cuando ha desertado en los hechos pero no de palabra, cuando permanece entre nuestras filas, pero solo para transformarse en un Pastor, en un Notable, o también solamente como miembro de una sedicente élite dirigente. Cuando su permanencia en nuestras filas expresa, en otros términos, la formación y la consolidación en el Partido de aquellos “grupos de intereses capitalistas y campesinos medios o medio burgueses” que nosotros, en línea con Engels, no podremos tolerar nunca ([139]). Después de que el “Nuovo Corso” y el estallido de 1982-1983 nos hayan proporcionado posteriores confirmaciones de lo grave que ha sido el daño causado al Partido por la reproducción de estos fenómenos de manera aumentada con relación a los notables factores ambientales desfavorables, persistentes desde hace 80 años, no nos queda más que destacar la necesidad de contramedidas más radicales, de un cordón sanitario más rígido, destinado a prevenir tales fenómenos patológicos más bien que a combatirlos cuando ya han aparecido. No basta entonces que los intelectuales no sean llevados a inflarse, sino que deben iniciar su camino desinflándose. Deben así, al cruzar la puerta del Partido, saber ante todo lo vacíos, tontos, viles y lo embrutecidos por los prejuicios podridos que son ([140]). Y esto no es una novedad, sino la transcripción de una indicación que viene de lejos y que hoy simplemente se ha hecho más imperiosa. ¿Qué otra cosa significa, de hecho, la rigurosa consigna dada por la Izquierda en 1913 respecto a este género de tránsugas, y sobre la que volveremos más tarde: “tener la seriedad de la tarea que se han asumido y de la modestia de lo que podemos dar al proletariado” ([141]). Si bien es verdad que necesitamos poner a trabajar sus nociones técnicas y músculos y cerebros entrenados, no es sin embargo su bagaje de cultura y no su modo de usar los músculos-cerebros lo que precisamos en tanto “el pensamiento, la ideología obrera se determinan fuera de la filosofía guiada por la clase que tiene el monopolio de los medios de producción, y el monopolio de la «cultura»” ([142]). Y ese aprendizaje específico constituye al mismo tiempo la vía maestra para la destrucción sistemática de su Ego hipertrófico, que se construye precisamente sobre la presunción de una superioridad intelectual. Si la etiqueta clasificatoria es la del hombre de cultura, arrancarse de la mente y del corazón tales etiquetas no puede por más que coincidir con el cese de amar y adorar el propio Ego profesoral, el papel de superatletas del Intelecto, aceptando sin espantarse el hecho de estar ayuno del pan amargo de la auténtica ciencia, que no es la que se reparte en las dependencias universitarias, sino que se corresponde con “la cultura de la lucha de clase que Engels recomendó al proletariado alemán, reconociendo la férrea dialéctica socialista, que es una síntesis de pensamientos y hechos que tritura toda la basura filosófica de las cátedras burguesas” ([143]), y aceptando así mismo como algo descontado para quien se considere materialista el hecho de ser incompetente en el manejo del mecanismo de la dialéctica justamente por estar demasiado acostumbrados al mecanismo de la lógica formal. Y después deberán –como todos- reconocer las periódicas recaídas de estupidez, vileza e ignorancia de las que se verán aquejados y aceptarlas no solo sin ofenderse, sino tomando esas recaídas como una cosa normal, natural en una sociedad dividida en clases y en la que naturalmente la ideología burguesa tiene a prevalecer en todas las circunstancias. Nada de risibles “reeducacionismos” de aspecto obrerista, por tanto, pero al mismo tiempo ningún descuento particular para la noble categoría de los saltimbanquis del intelecto: el precio del billete de entrada en el Partido es igual para todos, aunque sabemos que les costará más

que a otros tráfugas sacarlo del bolsillo. La historia reciente del movimiento del sesenta y ocho y de sus subsiguientes restos está ahí para confirmar que los intelectuales (los Ferrara, los Maroni, llegando incluso a Bossi, a Santoro, y a Gad Lerner son todos ex sesentayochistas) son el terreno mas favorable para los movimientos de los productos de la putrefacción de los partidos estalinistas, que hasta anteayer “contamina(ba)n el aire de la lucha de clases, haciendo tragar a los proletarios las peores porquerías endulzadas con una fraseología pseudo-violenta y falsamente revolucionaria” ([144]) y que hoy continúan envenenándola, aunque lo hacen sin sentir ya la necesidad de esconder con una fraseología de pseudoizquierda la susodichas porquerías. Hemos formado una batería anti-intelectual que obtiene sus formidables armas no solo de la Izquierda, sino también directamente de Marx y Engels, como veremos más adelante. En Lenin esta artillería tiene sin duda una menos potencia de fuego. Pero no es casualidad. Es el reflejo necesario de las exigencias de la doble revolución a la cual debió someterse. Y que imponían considerar y tratar a los tráfugas (intelectuales o no) de la burguesía y, sobre todo, los tráfugas de la clase media no como tráfugas procedentes de clases ferozmente enemigas, sino de clases que hasta cierto punto hubieran podido y debido actuar en sintonía con el proletariado contra los residuos feudales. “Cuando la revolución burguesa no había explotado todavía y se trataba de abatir las formas feudales, como en el ejemplo de Rusia en 1917, en estos estratos de «pueblo» todavía no proletario había fuerzas y energías dirigidas contra el poder del Estado y los vértices de la sociedad: en un trasvase decidido, tales estratos podían integrar el proletariado existente no solo aumentando el efectivo numérico, sino añadiendo un factor de potencial revolucionario, utilizable en la fase de transición, bajo la condición de una clara visión histórica y de la potente organización autónoma del partido de la dictadura obrera y de su hegemonía, garantizada por los lazos con el proletariado mundial. Agotada la presión revolucionaria antifeudal, este «marco» que rodea al proletariado revolucionario y clasista se hace no tanto reaccionaria, sino mas bien de la alta burguesía. Cada paso por unirse a la misma es oportunismo, destrucción de la fuerza revolucionaria, solidaridad con la conservación del capitalismo. Esto es válido hoy para todo el mundo blanco” ([145]). ¿Podía ese marco popular evitar reflejarse también en la estructura del órgano-partido y sobre la forma, aunque no sobre el contenido, de la reflexión teórica sobre el tema del Partido en Lenin?? “Esta minoría, el partido, no es algo exterior a la clase, y es gracias a ello por lo que la clase existe como clase, solamente el partido puede integrar todas las luchas parciales y espontáneas de la lucha histórica por el comunismo. A aquellos que parlotean de espontaneidad respondemos: la auténtica espontaneidad histórica del proletariado es el partido” ([146]). Lenin, contra los partidarios de la espontaneidad, no dice en efecto nada diferente: “la conciencia política de clase sólo puede ser llevada a los obreros desde el exterior; esto es, desde el exterior de las luchas económicas, desde el exterior de las relaciones de la esfera obrera y patronal” ([147]). El contenido es por tanto idéntico: el Partido, que representa el alma de la clase, no es ni puede ser algo externo a la clase, y por tanto, lejos de actuar desde el exterior respecto a la clase, actúa desde el exterior únicamente respecto a las luchas parciales emprendidas por diversas secciones locales de la clase obrera, y por eso mismo puede integrarlas en la lucha unitaria por el comunismo. Es distinto el acento, en Lenin, que da mayor relieve al carácter “externo” de la acción del partido sin especificar suficientemente que se trata de una “acción externa” no respecto a la clase, sino respecto a su disiecta membra, respecto a su localismo, respecto a su espontaneidad contingente, aspectos estos que en el concepto de “lucha económica” y de “relaciones de la esfera obrera y patronal”, de la que Lenin habla, están mas bien presentes, pero de una forma todavía no del todo explícita. Lenin plantea estos aspectos, pero de una forma que les deja solo apuntados, y por tanto no aclara hasta el fondo que esa “acción externa” es indispensable para que la clase deje de ser externa y extraña respecto de sí misma, para que pueda unificarse en su movimiento ascendente, para que su espontaneidad histórica, que se identifica en la adhesión al programa comunista, pueda sustituir a su espontaneidad contingente. Pero el énfasis de Lenin sobre el Partido que actúa “desde el exterior” encuentra en la “doble revolución” en Rusia su base material. Porque “doble revolución” significa, entre otras cosas, también que la necesidad de defender el Partido de las infecciones, de las cuales los tráfugas son siempre portadores, se impone de un modo menos imperativo. En una doble

revolución llevan la escarlatina al Partido. En una revolución proletaria inyectan la viruela. Es por lo que el Partido, en Lenin, aparece como más “externo” respecto a la clase obrera de lo que lo hace en Marx, en Engels y en la Izquierda: porque en la Rusia de 1905 y de 1917 su composición real y su fisonomía social era mucho más burguesa y pequeño-burguesa de lo que debe ser en el contexto de una revolución puramente proletaria. Porque al mismo tuvieron acceso necesariamente muchos más tráfugas y, sobre todo, muchos más tráfugas a los que no se había hecho el examen de sangre por cuanto los peligros eran, en aquel contexto, mucho menores. Es bien cierto sin embargo que Lenin puso siempre en guardia al Partido contra estos “compañeros de viaje”, recordando a los “economistas” que “precisamente la amplia participación de las capas «académicas» en el movimiento socialista de estos últimos años ha causado la rápida difusión del bersteinismo” ([148]). La Izquierda ha difundido estas palabras, afirmando que justo porque “la fase histórica de la alianza interclasista no estaba cerrada” sino que representaba “el mayor problema”, se tenía en Rusia que “no solo a pesar de esto, sino tanto más por ello, el partido debía tener no una frontera elástica e indistinta, fácil de cruzar y descruzar, sino férreos límites de doctrina y de organización opuestos por los mismos motivos a los enemigos declarados y a los famosos y transitorios compañeros de viaje” ([149]). Pero es también cierto que en el mismo texto la Izquierda añade que “a la espera de la revolución única [...] la clase obrera u su partido no hacen alianzas. Saben que en la revolución no tendrán más que enemigos” ([150]). Debido a ello ya no habrá “compañeros de viaje” en tanto las clases medias serán aún más adversas hacia nosotros que la alta burguesía. La Izquierda ha podido afirmar polémicamente que se fue férreo en Rusia respecto a los tráfugas, pero solo lo ha hecho para decir que con mayor motivo debemos y deberemos ser férreos en el Occidente superdesarrollado. Para subrayar que en las áreas de la revolución proletaria pura la frontera del partido debe ser aún más impenetrable y que los férreos que deben ser opuestos a los enemigos pertenecientes a la burguesía y a los pertenecientes a las clases medias (entre los cuales figuran los intelectuales) no deben ser esgrimidos con la misma fuerza hacia ambos, sino con mayor energía y determinación hacia los segundos, que en ese contexto histórico se convierten en más reaccionarios que la alta burguesía. Y por eso se subraya, en conclusión, que apoyarse directamente en Lenin en materia de organización es peligrosos como lo es en el campo de la táctica, y en particular es peligroso apoyarse en las afirmaciones de Lenin que dan por descontado no solo y no tanto el hecho de que el Partido este infestado de exponentes de la intelligentsia, como el hecho de que esté infectado de elementos a los que ningún cordón sanitario ha procedido a filtrar, separando a los verdaderos desertores de los aprovechados de la Revolución ([151]). Al mismo tiempo que reivindicamos la concepción del Partido de Marx, Lenin y de la Izquierda, debemos rechazar toda referencia torpe a una “concepción leninista del Partido”, que en la medida en que existe, no puede ser más que el reflejo ideológico de las exigencias particulares que, también en este terreno, Lenin debió responder en la Rusia semifeudal del inicio del siglo XX, exigencias que son bien visibles, por otro lado, en el esquema del “centralismo democrático”. Pero volvamos a las vicisitudes más recientes de nuestro Partido. Aún muy lejos de querer celebrar las virtudes intrínsecas de los militantes obreros o airear elogios a las “manos callosas”, tenemos que registrar un hecho, y es que desde que se inicia el “Nuovo Corso” han sido e invariablemente atacados y después expulsados o liquidados de alguna manera justamente las secciones obreras del Partido: Torino, Ivrea, Madrid, Schio a finales de los años 70, y ahora de nuevo Madrid y Schio. No puede ser fruto de la casualidad sino de la idiosincrasia visceral de la élite dirigente del Partido, compuesta exclusivamente por intelectuales, no hacia los obreros en tanto tales, sino hacia los obreros que tienen la presunción de poder meter mano a la teoría, disciplina que por tradición de casta los intelectuales detentan el monopolio exclusivo, no hablamos pues de aquellos obreros que, aún siendo “iletrados”, tienen la pretensión absurda de ser los depositarios de la doctrina marxista con el mismo derecho que la élite dirigente hecha de titulados y profesores. ¡Horror: manos impuras sobre los textos sagrados de la doctrina! ¡Manos profanas que osan interpretar las Escrituras, y tal vez expresar por escrito, a nombre del Partido, sus elucubraciones de ignorantes, exponiéndonos todos al ridículo! Hacían bien los obispos en quemar como herejes a los fieles a los que se encontraba en casa una copia de la Biblia. El remedio contra esta náusea no viene del resurgir del inmediatismo

obrerista, que quisiera excluir a los intelectuales en cuanto tales, sino que se identifica con el “cordón sanitario” que antes se señalaba. Bien sabemos que Marx, Engels y Lenin eran intelectuales burgueses, pero resulta que Marx, por ejemplo, se había quitado de la mente y del corazón su clasificación hasta el punto no solo de escribir un magnífico texto como la “Cuestión judía”, sino de comer carne sobre la tumba de sus abuelos. Gesto aparentemente mínimo, pero no banal, porque equivalía a un público y total rechazo de una tradición religiosa, familiar y de clase, y por ello representaba la premisa indispensable para que el ciudadano Marx pudiera adscribirse a una Tradición más alta, la del “período milenarista”. Pedid a cualquiera de los fríos y pálidos militares que presumen de representar la continuidad de la Izquierda defendiendo el “Nuovo Corso” que comprometa su carrera, ya no digamos yendo a repartir en las verjas de los templos de la Cultura de todo tipo y grado octavillas “delirantes” ó “demasiado estridentes”, sino solamente haciéndose co-responsables y cómplices de enunciados políticos menos que “políticamente correctos”, pedídes decir “basurero” en vez de “operadores ecológicos”, pedíde decir “tuertos” o “ciegos” en vez de “no videntes” en las reuniones con sus iguales, pedíde que se exponga a sus ojos como militante de un Partido que niega que se pueda hablar históricamente de un Holocausto judío y que considera que el aparato estatal norteamericano tolerase deliberadamente que se proyectara y se ejecutara el derribo de las Torres Gemelas, y veréis como de sus reacciones lívidas y rabiosas se puede deducir que no se han arrancado ni de la mente ni del corazón ni siquiera un miligramo de su estúpido orgullo de casta.

Punto nº 14: las bases de la adhesión al Partido suponen la exclusión de sacerdotes o proletarios que conservan la fe en diós.

VOLVER A LAS BASES DE ADHESION AL PARTIDO FIJADAS DESDE HACE CINCUENTA AÑOS, RECHAZANDO TODA REVISION DERIVADA DE LAS SUGESTIONES DE LA ACTUALIDAD. La incorporación al Partido supone compartir el cuerpo unitario de doctrina, programa y táctica, tal y como están definidas en las Tesis de la Izquierda. Volvamos a leer el “Acto de adhesión del militante comunista” de febrero de 1953, que recita: “Quiero formar parte del movimiento, del que acepto los textos y los documentos clásicos, que en el curso de un siglo han: -fijado la perspectiva y el análisis del paso del orden capitalista a la revolución comunista – discutido y aplastado para siempre las innumerables desviaciones –excluido todo tipo de imprevistos y de improvisaciones. La única garantía recíproca es que cada uno se empeñe en: -no revisar nada, no añadir nada, no actualizar nada; apoyar, defender, confirmar y defender todo, como un bloque monolítico y con todas sus fuerzas” ([152]). Precisamente por ello, dado que la teoría condensada en esos “textos y documentos clásicos” y representada por el materialismo histórico y dialéctico, incluye e impone el repudio claro de toda concepción religiosa, al Partido no puede unirse ni el sacerdote ni el proletario que conserva la fe en dios, sin intención de contrariar a Lenin ([153]), cuyas consignas eran y solo podían ser, también en ese aspecto, las dictadas por las exigencias de una doble revolución. La discriminante antirreligiosa está por otra parte explícitamente formulada en la “Plataforma política del Partido” desde 1945, la cual afirma que nuestra organización “declara incompatible con la pertenencia a las filas revolucionarias aquellas asociaciones y confesiones religiosas de cualquier escuela” ([154]), y está posteriormente repetida en el “Tracciato d’impostazione” de 1946, que propugna abiertamente una posición antirreligiosa y anticristiana ([155]). Cualquier afirmación en sentido contrario, provenga de donde provenga, debe considerar inexistente, y ninguna obediencia puede ni debe ser dada a los organismos centrales, si afirmaran, por ejemplo, que la entrada en el Partido se hace en base al simple hecho de suscribir las formulaciones políticas, y por tanto si un sacerdote, impulsado tal vez por una lectura radical del Nuevo Testamento, se acerca hoy al Partido, no supondría ningún problema en cuanto, sin dejar por ello de ser sacerdote, aprendiera el materialismo dialéctico y en el Partido se transformase radicalmente, llegando a no ser ya el sacerdote que había entrado. Nuestro Partido, que en 1966

tenía la valentía de gritar en la cara de los sacerdotes del “disenso” que los proletarios no son ovejas y no tienen necesidad de pastores ([156]) no puede limitarse hoy a balar a los pies de los pastores progresistas, ni de aquellos cristianos sociales o socialistizantes en los que siempre hemos reconocido enemigos aún peores que los sacerdotes conservadores o reaccionarios, en perfecto acuerdo esta también con Lenin ([157]) porque predicán la posibilidad de endulzar el capitalismo con la papilla caliente de la caridad cristiana. Respecto a la adhesión al Partido: si en el último número del periódico surgen posiciones sobre la religión incompatibles son el “Tracciato” y la “Plataforma” que deciden quien está en la línea del Partido y quien no lo está, y no el articulillo ó la circular de última hora. ¿Quién recuerda hoy la miserable Circular de setiembre de 1982, que antes hemos resumido? Los artículos del periódico y las circulares pasan, las tesis permanecen. Si bastara la sucesión de los números del periódico para definir la línea del Partido, ¿por que motivo se hubiera sentido la necesidad de escribir las Tesis? Si en el periódico no hubieran aparecido también posiciones insuficientes o incluso equivocadas y tal vez contradictorias entre sí, no se hubiera dado evidentemente la necesidad de escribir las Tesis. Si estas se han escrito ha sido con el objetivo de condensar las posiciones esenciales, fundamentales, irrenunciables, en una palabra, fijar la línea del Partido, el cuerpo de directivas a las que todos deben atenerse y sobre cuya base se adhiere o no se adhiere al Partido. Quien afirma lo contrario, quien privilegia el último número del periódico, sobre cuya base juzga la “asimilación sobrevenida” de los textos y de las tesis del Comunismo por parte de los compañeros, y devalúa como resultado la doctrina fijada en las tesis ha confesado ya estar fuera de la línea del Partido. “También gritan los vendidos a la manía de la pureza: era y es para nosotros una exigencia de defensa. A los partidos «comunistas» de hoy todo el mundo se puede adherir, tanto el cura como el masón; ¡todos menos el revolucionario!” ([158]). Lo que nuestros contrarios han confesado, de hecho, es que el Partido como ellos lo conciben se ha convertido en algo como los “partidos «comunistas» de hoy”, a los que puede adherirse el cura y el marxista revolucionario no; que el Partido tal y como lo conciben es un Partido que invita a entrar a los sacerdotes y expulsa a los comunistas. A esta devaluación de la esencia de la adhesión al Partido corresponde una exaltación simétrica de los formalismos organizativos que la Izquierda siempre ha rechazado y despreciado: la adhesión al Partido requiere, además del hecho de abrazar antiescolásticamente la doctrina, las “dotes que Lenin llamó de coraje, de abnegación, de heroísmo y de voluntad de combatir” ([159]), y sobre este doble aspecto en donde “se discrimina entre el simpatizante o candidato y el militante, el soldado activo del ejército revolucionario; no ciertamente porque el simpatizante no «sepa» todavía, mientras el militante posee conciencia”, porque “si así fuera caería toda la concepción marxista, porque el partido comunista es el organismo que debe en los momentos de auge revolucionario organizar en su seno tal vez millones de hombres que no tendrán ni el tiempo ni la necesidad de hacer cursos de marxismo ni siquiera acelerados y se unirán a nosotros no porque sepan, sino porque sienten «de forma instintiva y espontánea y sin el más mínimo curso de estudio que parodie cualificaciones escolásticas»” ([160]). Dado que “la teoría marxista de la verificación de fenómenos no tiene nada de gradualista, sino que habla de «ionización de la historia», de desarrollo catastrófico de las situaciones” y dado también que “el partido no se sustrae a estas determinaciones” ([161]), la correcta aplicación de nuestra doctrina no solo excluye reducir el Partido Formal a “un modelito que debe responder solamente a reglas precisas de procedimiento organizativo”, sino que “envía al reino del mas puro idealismo el esquema gradualista del «método para encontrar, alcanzar y trabajar después por el partido»” ([162]), que de forma totalmente abstracta y burocrática multiplica sin ningún motivo racional el número de los pasos necesarios para entrar en el Partido, demostrando que, como de costumbre, la relajación sobre el terreno de los principios, aquella que quisiera abrir las puertas a los curas, se conjuga de buen grado con el abuso de los formalismos ([163]).

Punto nº 15: el papel histórico de la Izquierda Comunista de Italia.

LA IZQUIERDA COMUNISTA DE ITALIA, CONDENSANDO LA EXPERIENCIA DEL CICLO REVOLUCIONARIO DE LOS AÑOS 20 EN LAS ÁREAS DE REVOLUCIÓN ANTICAPITALISTA PURA, REPRESENTA EL PUNTO MAS ALTO ALCANZADO HISTÓRICAMENTE EN LA DOCTRINA CRÍTICA DEL PROLETARIADO.

La Izquierda nada añade ni quita a la doctrina que toma el nombre de Marx y que Lenin restauró de forma grandiosa a inicios del pasado siglo, derrotando las interpretaciones deformes de la socialdemocracia. Por ello es hoy obligatorio, para poder leer a Marx y Lenin como revolucionarios comunistas y no como estalinistas o antiestalinistas democráticos, pasar a través de la lectura que la Izquierda hizo de los escritos de Marx, de Engels y de Lenin. La lente que la Izquierda nos ha dejado no es el fruto de los textos clásicos, sino el resultado del duro trabajo de restauración de la doctrina revolucionaria que la Izquierda ha llevado a cabo, en enfrentamiento teórico y también físico con la tercera y peor oleada revisionista, esa que por comodidad denominamos “estalinista”. Es el resultado del esfuerzo constante de nuestros compañeros de la vieja guardia de no ser originales, o mejor dicho, de rechazar cualquier interpretación particular o “creativa” de los textos clásicos del marxismo. Y por ello es indispensable pasar a través de esa lectura si se quiere acceder a los textos sin caer en las interpretaciones particulares, originales, en las elucubraciones creativas de los cerebros individuales al servicio primero de los centros imperialistas de Occidente (¡también Kautsky leía a Marx a su modo!), y después de Moscú o de Pekín, de La Habana o de Belgrado (cada una de ellas, no lo olvidemos, ha desarrollado “su” lectura de las obras de Marx y Lenin) y sin patinar en las también innovadoras versiones del marxismo que se ha ido destilando de los intentos infructuosos de oponerse a aquella deriva de una ortodoxia reivindicada, deseada y perseguida, como en el caso de los epígonos de Trotsky. Si la obra de restauración efectuada por la Izquierda se coloca por determinación histórica y no ciertamente por méritos individuales en un nivel superior a aquel en el que trabajaron los anteriores restauradores, ello no depende solo del hecho de que el tercer asalto del revisionismo haya sido el más devastador ([164]). Otros factores importantísimos contribuyeron a colocarla en aquella posición, y precisamente el hecho de que la Izquierda Italiana fue la única corriente del movimiento obrero internacional que se colocó en un terreno nítidamente marxista en Occidente, en donde no estaban a la orden del día aquellas tareas de “doble revolución” que tanto pesaron (y pesaron desfavorablemente) sobre el partido bolchevique, y que hicieron necesariamente más limitada y, si que quiere, menos profunda y coherente en todos los aspectos tal tarea, si bien en Rusia el partido se encontrara alineado en la misma e idéntica posición de la izquierda italiana, dirigida a derrotar a los revisionistas y a remachar los viejos clavos marxistas. Una jerarquía por tanto, en el interior de un marxismo que aún monolítico existe, y coloca en los diversos niveles de un conjunto coherente las sucesivas obras de restauración de la misma teoría. No se manifiesta ciertamente en una banal y superficial jerarquía de valores, en una presunta “clasificación de méritos”, para los cuales, por ejemplo «El volcán de la producción...» sería mejor que el «Imperialismo», o los «Factores de raza y nación...» sería “mejor” que «Origen de la familia...», o que en base a ello los representantes de la Izquierda Italiana hubieran sido “mejores” que los del Partido bolchevique. Se trata más bien de identificar una jerarquía funcional, que surge de la presión de aquellas determinaciones materiales que forzaron a la Izquierda italiana a tener más visión de futuro que Lenin y que los bolcheviques, no desde luego por méritos de capacidad individual de sus respectivos jefes sino por los efectos de las distintas configuraciones geohistóricas en las que tuvieron que moverse. Esa configuración no debe ser identificada solamente en el área o campo geohistórico en el que la Izquierda Comunista de Italia nace y actúa, que era la del capitalismo avanzado, no la de la “doble revolución”, sino la de la revolución proletaria “pura”, sino que debe incluir también la consideración del papel específico de “laboratorio político” desarrollado por el capitalismo en Italia ([165]), papel que por una parte ha significado la continuidad de la experiencia burguesa de vanguardia de los Comunes y después del Renacimiento, y por el otro se concretó, a cinco siglos de distancia, que la península italiana fuera llevada a la vanguardia en la expresión tanto de la tendencia fascista, que después será reproducida a vasta escala en Alemania y, desde el fin de la Segunda Guerra imperialista en adelante, en todo el mundo, como de la reacción proletaria contra tal tendencia, representada, por cierto, por la Izquierda “italiana”, en donde las

comillas indican su nacimiento italiano, pero cuyas lecciones fundamentales harán de ella una “planta de todo clima”, la base doctrinal indispensable para la definición de una ideología de Izquierda internacional capaz de superar los límites objetivos de la III Internacional, el esqueleto sostenedor del Partido Comunista Internacional, Partido unitario y mundial, y no un aglomerado federativo de partidos nacionales. Esto significa en la práctica que allá en donde superficialmente aparece una divergencia de valoraciones entre Lenin y la Izquierda (electoralismo, frentes únicos, posibilidad para los religiosos de entrar en el Partido, valoración de la socialdemocracia, existencia de diversas “fases” de desarrollo del Partido con pasos de una a otra caracterizados por el surgimiento de una necesaria lucha política, y por tanto centralismo orgánico en vez de centralismo democrático), esa divergencia debe siempre resolverse según los principios, adhiriéndose ante todo sin discusiones ni dudas a las posiciones que históricamente caracterizaron la Izquierda también, repetimos, contra Lenin; y que, en primera instancia, se excluye toda referencia a textos de Marx, de Engels y de Lenin que evidencien afirmaciones en aparente contradicción con ellas. Y, en segundo lugar, eso significa que las aparentes divergencias deben resolver resolviéndolas a la luz del materialismo histórico, y por tanto superando realmente y no solo de palabra, los límites innatos de la experiencia precedente del Partido bolchevique, lo que significa restablecer siempre con el arma de nuestro método dialéctico la continuidad esencial de la línea que va de Marx a Lenin y a la Izquierda mas allá de las oscilaciones que pueden tal vez aflorar a la superficie. Es por desgracia cierto que, al igual que en nombre de Lenin se hicieron mas cosas malas que buenas, un destino similar le tocó también a la Izquierda: la derrota total de la III Internacional, su abierta degeneración consumada en el nombre de Stalin han hecho que todos los quieran hoy, con un mínimo de coherencia y de respetabilidad teórica tomar a Lenin y a la II Internacional como referencia, a un Lenin y a una III Internacional, con todos sus límites y también con sus errores, para poderlo hacer deben venir a nuestra casa. Porque la Izquierda es la única corriente que ha sabido conservar lo válido e imperecedero de las lecciones de Lenin, tras haber superado dialécticamente la parte caduca de su legado histórico, obligada por los hechos a tal superación. Como reflejo de la catástrofe de la contrarrevolución hemos tenido también, entre otros, la afluencia de militantes claramente “tercerinternacionalistas” a nuestras filas, de militantes que no hubieran tenido ningún problema, en los tiempos de Lenin, de manifestarse contra el “extremismo” de nuestra corriente, y que de hecho osan ahora afirmar sin ningún pudor que leer a Lenin y a Marx con la lente de la Izquierda sería profundamente contrarrevolucionario, demostrando haber ido un poco mas adelante en las invectivas contra el extremismo, y por tanto haber aterrizado ahora en la bolchevización. “Las consideraciones sobre la teoría, la naturaleza y las funciones del Partido, que hemos venido exponiendo modestamente siguiendo las Tesis de Lyon recogen en sí la respuesta a una serie de desviaciones de la justa táctica revolucionaria que la III Internacional efectuó tras el trienio monolítico de su nacimiento y su afirmación en un período candente de ofensiva proletaria; que la Izquierda denunció con insistencia entre 1922-1926, y cuya gravedad aparece hoy tanto mayor en cuanto la historia le ha dado una trágica confirmación objetiva, confirmando a nuestro movimiento, el primero que lanzó la señal de alarma, el derecho a construir sobre la demolición el edificio unitario de las normas tácticas, y entregarlo a las generaciones llamadas a combatir en el choque decisivo y final entre las clases como un conjunto de directivas válidas para siempre y bajo todos los cielos” ([166]). La cuestión de la lente no es por tanto una discusión bizantina sobre el sexo de los ángeles, sino que es una cuestión de interés y valor político inmediato, tanto mas cuanto nuestros antagonistas han llegado de un modo desvergonzado a reivindicar la participación del Partido en las sagradas papeletas de la democracia directa (referéndum), pisoteando el abstencionismo, a reivindicar las expulsiones, despreciando el centralismo orgánico, a reivindicar los frentes únicos políticos, liquidando la fundamental contraposición entre los mismos y el “frente único sindical”, a reivindicar el ingreso de los curas en el Partido, a los que la Izquierda cerró las puertas desde 1913, resbalando por una pendiente al final de la cual solo se encontrarán con un nuevo 1982. Se entiende perfectamente porque necesitan tener las manos libres y liquidan como... contrarrevolucionaria la exigencia de referirse a la lectura dada por la Izquierda de los textos clásicos del marxismo. Aclarar hasta el fondo este punto se ha hecho

esencial para nuestra misma supervivencia. Debemos denunciar con el máximo vigor que es una objeción sofisticada la de quien dice: Lenin y la Izquierda nunca llegaron a la doctrina única e invariable, por tanto se puede prescindir de la lectura de los mismos extraída de sus obras originales y beber en ellas directamente sin ningún filtro. Si así fuera, ¿por qué motivo Lenin y la Izquierda se hubieran afanado en restaurar el dictado de Marx y Engels? ¿Han sido tan tontos como para restaurar el marxismo por un escrúpulo estético, literario, en suma por esa propensión académica que siempre los adversarios, los innovadores los imputaron? El hecho es que, en las tres grandes oleadas oportunistas, el proletariado ha respondido en el terreno teórico labrando cada vez mejor los rasgos de su programa. Lo que significa que los postulados que antes de Lenin no estaban suficientemente claros, las tesis que a pesar de todo dejaron abierto el paso a las penetraciones desnaturalizadas de los Berstein y los Kautsky, se hicieron después de Lenin mucho más netas, habiendo sido eliminadas y erradicadas del cuerpo teórico las incrustaciones postizas de los “renovadores” de nuestras posiciones clásicas a propósito, respectivamente, del curso catastrófico de la economía burguesa y de la teoría del estado ([167]), y habiendo puesto mejor de relieve los anticuerpos preparados contra aquellas desviaciones. Lo que implica por otro lado que las proposiciones que antes de la Izquierda no eran suficientemente explícitas, los puntos programáticos que, a pesar de todo, dejaron abiertas otras brechas a la penetración desnaturalizada de los representantes del nuevo oportunismo “comunista” (Stalin) y, en parte, también de aquellos que se opusieron de manera no siempre coherentemente marxista (Trotsky), pero que no por ello se pueden definir como oportunistas, tras la restauración de la teoría efectuada por la Izquierda se hicieron aún más nítidos y afilados: gracias a aquella obra de restauración, de hecho, se arrancaron del cuerpo teórico de siempre otras y no menos perniciosas incrustaciones, las del “socialismo en un solo país” y las falsas reacciones democráticas y anti-burocráticas contra el mismo, y el resultado de tal actuación fue, una vez más, la revitalización de los anticuerpos que en el ADN del marxismo ya estaban presentes y preparadas para combatir contra aquellas desviaciones. En este proceso en espiral debemos leer de forma materialista el reflejo ideológico del proceso de desarrollo de las fuerzas productivas, auténtico motor de la definición de las diferencias de clase cada vez más netas, que después los jefes del movimiento obrero se limitaron a registrar en el aspecto teórico, haciendo cada vez más rígida y afilada nuestra doctrina, y así poniendo de nuevo “en fase” estructura y superestructura. Quien ha perdido de vista este proceso fundamental ha sido por desgracia nuestra organización contingente, que entre los años 1974 a 1982 se alejó cada vez más del Partido Histórico, y que, tras la explosión de la red organizativa, llegó al punto de denunciar un presunto “vicio de origen de la Izquierda” y burlarse de los “fósiles” que aún se obstinaban en referirse a la misma, invitándoles a constituir un círculo cultural de “amigos de la Izquierda” en el interior del Partido. De ahora en adelante, por ello, la afirmación según la cual dado que la Izquierda no tiene ninguna pretensión de innovar respecto a la obra de Marx y de Lenin, se puede prescindir de pasar a través de su obra para acceder a la teoría de siempre es una afirmación que caracteriza y define a la carroña. Precisamos que por carroña entendemos aquellos que ante la petición de deshacerse de la tradición de la Izquierda comunista de Italia, vulgarmente conocida como “bordiguismo”, al igual que la doctrina crítica del proletariado se conoce vulgarmente como “marxismo”, para poder continuar en los conchabeos y en las maniobras de pasillo, se apresura hipócritamente a asegurar a los compañeros de meriendas y a los comensales de la hostería del “partido a inventar” de que... nuestro ADN es el marxismo, en una palabra, que traiciona profesando la máxima fidelidad a los principios. Para colmo es ridículo que a pocas líneas de distancia de que se afirme lo antes mencionado, que reivindica un “marxismo” que el mismo Marx justamente repudió en su tiempo, la denuncia de la aberrante construcción del «bordiguismo». Si queremos ser rigurosos seámoslo hasta el fondo, aceptemos servilmente a Marx, quien rechazaba para sí el epíteto de “marxista”, denunciemos todas las aberrantes construcciones que pretenden adjetivar con nombres de persona la doctrina revolucionaria del proletariado, y no hablemos entonces de marxismo, ni de leninismo ni de bordiguismo, evitando así caer en la trampa de establecer una excepción para Carlos Marx con la mediocre excusa de que “así hacen todos”. El error de hecho no está únicamente, como entienden obtusamente nuestros contrarios, en la pretensión de «adjetivar el marxismo», como ya hizo Stalin

acuñando el obscuro término de “marxismo-leninismo”, sino que aún mas reside en la otra pretensión de adjetivar la teoría monolítica revolucionaria del proletariado asignándole nombres de personas, que, si por comodidad pudieran tal vez incluso tolerarse, deben serlo entonces para todos los grandes desarrollos, en los que la doctrina fue primero definida y mas tarde defendida contra los innovadores, por cerebros que actuaban no en tanto como privilegios personales, individuos singulares o, peor aún, “pensadores solitarios”, sino en cuanto sondas pertenecientes a la Especie. A la objeción mas insidiosa según la cual la Izquierda no ha sometido a examen el cuerpo teórico que por comodidad denominamos marxista en todos sus aspectos, respondemos que no nos abstendremos del estudio de eventuales textos inéditos de Marx o de Lenin, o textos no suficientemente compulsados por los compañeros de la Izquierda para dejar constancia de ello, pero que no los estudiaremos utilizando el mismo método que ellos utilizaron: en donde no hay lente se fabrica una, pero usando las mismas normas de fabricación: evitar las tentaciones intelectuales de revisar, añadir y actualizar ([168]), excluyendo “todo trabajo teórico que tienda a fundar nuevas teorías” ([169]).

Una precisión, en fin, es oportuna respecto a esas acusaciones, que nos ha sido recientemente repetida, de “repetición obsesiva y litúrgica” de los textos de la Izquierda: no es nueva, como acusación, es el acostumbrado vómito oportunista que es hoy anti-litúrgico al igual que fue anti-talmúdico en un no lejano pasado, por lo que no valdría la pena ocuparse de ello. Si no fuera por un aspecto particular: nuestros contrarios, en acto de lanzar la acusación, paralela a la precedente, de haber transformado la Izquierda en un nuevo “icono inofensivo”, han manifestado su profunda intolerancia por nuestra manía de “rellenar” nuestros escritos con citas de la Izquierda mas que de Marx o de Lenin, así como que nuestros textos clásicos además no sean si no un “reservorios de citas”, mientras a los señores les parece mas elegante evitar este esfuerzo y enviar al “militante” a la consulta de los textos mismos. Bien; justamente es este último el camino que conduce al “embalsamamiento litúrgico” de los textos sagrados, que se invocan exactamente como un sacerdote murmura los nombres de los santos en sus letanías, pero que no se utilizan como un instrumento vivo, como material de trabajo. ¿Se ha visto alguna vez un sacerdote que conoce y sobretodo que transmite a los fieles el contenido original de los escritos de Pablo o de Agustín, de Tomás o de Ignacio de Loyola? Jamás. Basta la jaculatoria: virgo prudentissima, ora pro nobis, turrus eburnea, ora pro nobis, fidelis arca, ora pro nobis, beato paulo, ora pro nobis... ¿Qué importa lo que los beatos Pablo dijeron o escribieron? Ni hablar de tomarse este trabajo inútil –piensan los curas- cuando tenemos asuntos mucho más importantes que tratar, como pasar el cesto, la administración de las herencias de los fieles y cosas así. Corriendo además el riesgo de tener que revelar que de los dijeron los beatos Pablo no sabemos en realidad...ni un beato cuerno. Para estos curas “marxistas” por tanto, y a mayor gloria de su docta ignorancia, lo que los beatos Pablo dijeron puede quedar y tiene que quedar sepultado en los libros. Y luego, hay que añadir...requiescant in pace.

Punto nº 16 : el papel histórico de la Segunda Internacional.

LA LINEA DEL PARTIDO HISTORICO NO PASA A TRAVES DE LA II INTERNACIONAL.

Nosotros reconocemos el Partido Histórico en “la línea de Marx a Lenin, a Livorno de 1921, a la lucha de la izquierda contra la degeneración de Moscú, al rechazo de los bloques partisanos, la dura tarea de restauración de la teoría y del órgano revolucionario, en contacto con la clase obrera, fuera de la politiquería personal y electoralista” (Que distingue a nuestro Partido). Antes de nada, consideraciones elementales: la línea del Partido Histórico es la que une de forma directa a Marx y Engels con Lenin y con la Izquierda. Resulta por consiguiente totalmente fuera de lugar la reivindicación de las batallas de la II Internacional que se ha querido improvisar en un opúsculo

destinado a divulgar nuestras posiciones, según el cual “el partido histórico es el conjunto de la elaboración teórica, del programa, de las tesis, de la experiencia histórica del comunismo. Data de 1848, cuando se publica el Manifiesto del partido comunista, y comprende (en un conjunto monolítico cuyas partes se integran orgánicamente unas con otras) las obras de Marx, Engels y Lenin, las batallas políticas de la Primera, de la Segunda, de la Tercera Internacional, las enseñanzas de la Comuna de París de 1871, de la Revolución Rusa de 1905, de la Revolución de Octubre de 1917, la experiencia de las grandes luchas en Occidente capitalista y en el Oriente entre 1917 y 1927, la elaboración teórico-política producida por la Izquierda Comunista en el período de medio siglo, las lecciones que la misma ha sabido extraer de las contrarrevoluciones” ([170]). Aún mas rechazable es la apología de la II Internacional que se quiere celebrar en un opúsculo anterior también de tipo divulgativo, en el que incluso se sostenía que “en 1889, en París, se proclamó la Internacional Socialista para coordinar y unificar la acción de las diferentes secciones nacionales. Su actividad añadió al movimiento de emancipación de la clase obrera nuevas nacionalidades. La misma tuvo un papel determinante en la organización de la clase trabajadora en el terreno sindical, haciendo de las manifestaciones internacionales del 1º de Mayo, conmemoración de las víctimas de la represión capitalista y batalla por la jornada laboral de 8 horas, un potente medio de lucha y educación clasista del proletariado. Este vasto movimiento de organización obrera sirvió a su vez de eficaz trampolín al movimiento político de la clase” ([171]). El error no se atenúa, sino que se agrava por el hecho de que se trata de opúsculos divulgativos, en cuanto los mismos, de ese modo, presentan al Partido y su historia bajo una luz totalmente deformada precisamente a quien aún no nos conoce o nos conoce poco, y tendría por tanto derecho a un mínimo de claridad. A continuación se intentó retomar la ruta apoyándose directamente en textos de Engels, pero se hizo en el contexto de otro y más amplio trabajo de Partido, y sin dar a la cuestión el debido relieve en el aspecto de la propaganda cotidiana. Se evidenció en particular que la fundación de la II Internacional en 1889 se dio “fuera y contra la voluntad de Engels, que la contemplaba como un acto de voluntarismo y buenos deseos, siendo no homogéneos y estando mal orientados los partidos nacionales” ([172]), privados de cualquier orientación marxista integral, que el mismo Engels 13 años antes había puesto como precondition para la formación de una nueva Internacional: “Creo que la próxima Internacional, después de que las obras de Lenin hayan ejercitado su influencia durante algunos años, será directamente comunista y proclamará abiertamente nuestros principios” ([173]). De esto se deriva una segunda consideración igualmente elemental: dado el giro tomado por los acontecimientos, que desgraciadamente no fue el esperado, para el Partido-Engels era previsible, aún antes de su fundación, que el nuevo organismo se resolvería de forma federalista inconciliable con la orientación marxista y con la perspectiva revolucionaria. Y de hecho, tras haber precisado burlescamente que “el único congreso que deseo sería con Nim en torno a una botella de cerveza en una fresca taberna”, exactamente un mes antes del Congreso de fundación de la II Internacional Engels temía que hubiera “por parte de cualquiera la nostalgia de reconstituir la Internacional, bajo una u otra forma, a lo cual los alemanes se opondrían a justo título y con todas las fuerzas” en tanto “los nuestros y los austriacos son los únicos que sostienen una auténtica batalla y hacen auténticos sacrificios, tienen un centenar de hombres en prisión y no pueden permitirse jugar a crear organizaciones internacionales, que en este momento son tan imposibles como inútiles” ([174]). Ocho años antes, Lafargue, haciéndose portavoz de Marx y de Engels, había sintetizado en estos términos las posiciones en una carta a Guesde de julio de 1881: “La Internacional ha jugado un gran papel, ha impreso a la clase obrera un movimiento; debemos rehacer la Internacional. Pero en vez de proceder como bajo el Imperio con una acción internacional, debemos proceder con organizaciones nacionales que, cuando sean bastante fuertes” permitan proceder a la creación de una nueva Internacional ([175]). La Izquierda puede por tanto afirmar justamente que “la II Internacional (1889-1914), vista en un período de evolución del capitalismo, operó en realidad como una federación de partidos, cada uno de los cuales era autónomo en su acción. Al estallar la primera guerra imperialista, todos los partidos que de la misma formaban parte terminaron de forma ignominiosa en la política nacional y democrática, que por otra parte habían practicado en buena parte ya antes” ([176]). Tercera consideración: si es cierto que lo que Engels se había temido se

comprobó por desgracia luego con el triunfo de las formas federalistas en total antítesis con el centralismo de la I Internacional, se destaca ahora que la II Internacional “se coloca totalmente fuera de la senda histórica del partido” ([177]), es decir, que debe considerarse como un auténtico cuerpo extraño respecto a la línea del Partido Histórico. Los dos motivos fundamentales que basan esa valoración se expresan claramente en el texto del Partido de 1964 arriba mencionado: a) porque fue una federación de partidos autónomos y no un auténtico partido internacional, y todo ello no hizo sino “coordinar y unificar las acciones de las diversas secciones nacionales”, como se deduce de la lectura del infeliz “Manifiesto de 1981”, que se limita a considerar los buenos propósitos con los que se fundó sin analizar si las intenciones correspondieron después a resultados reales; b) porque realizó una política nacional y democrática en Europa, sirviendo por tanto los intereses de la burguesía ya antes de la ignominia del 4 de agosto de 1914. El texto que hemos citado afirma que los partidos de la II Internacional practicaron tal política “en buena parte”, pero lo hace solo para decir que en interior había corrientes de izquierda que, a pesar de ser minoritarias (Luxemburgo, K. Liebknecht, la Izquierda italiana, Lenin, Pannekoek...) se opusieron de modo vigoroso a aquel rumbo, defendiendo el honor del marxismo tanto contra los revisionistas de derecha (Bernstein, Auer, Turati, McDoland...) como, aunque no siempre con la lucidez que hubiera sido necesaria, contra los exponentes de un centro solo sedicentemente ortodoxo (Kautsky, Hilferding, Serrati, Plejanov...), en cuanto, como luego veremos mejor, se limitaba en realidad a revestir con una pátina marxista la praxis reformista de las derechas. Dado sin embargo que el aparato de aquellos partidos (sindicatos, cooperativas, grupos parlamentarios) estaba sólidamente en manos de las derechas, se deriva que la praxis política de los partidos de la II Internacional se adhería a los postulados nacional-democráticos no “en buena parte”, sino totalmente y de principio a fin: las corrientes y las fracciones que se identificaban con los postulados del marxismo revolucionario fueron de hecho excluidos de los aparatos que controlaban la actividad práctica cotidiana de los partidos socialdemócratas, y el marxismo nos enseña que no importa lo que los hombres y los partidos piensen de sí mismos, sino lo que son, y que esto a su vez depende de lo que hacen. “La Luxemburgo [en la “Juniusbrochure” de 1915] observa acertadamente que el inesperado voto del 4 de agosto [de 1914], con todo lo que continuó, no es algo anecdótico, sino que tiene «raíces profundas y lejanas». En la investigación de las causas, en cualquier caso, se para en la superficie, habla de los «errores de la guía del proletariado, la socialdemocracia, de la disminución de nuestra voluntad de combatir, de nuestro coraje, de la fidelidad a nuestras convicciones», sin tomar conciencia de que para un materialista estas «explicaciones» reenvían a algo diferente, de lo que la conciencia socialista no es más que el reflejo. La realidad es que el desastre, para el movimiento obrero, era mucho más grave, en el sentido que desde hacía al menos dos décadas la socialdemocracia, y no algunos jefes concretamente revisionistas, sino todo el aparato, estaba totalmente al servicio de la burguesía, aún manteniendo una cobertura de fraseología marxista, y esto por motivos objetivos, a causa del impetuoso desarrollo imperialista de la economía alemana en los años 90, que a su vez comportó la formación de una importante aristocracia obrera, a través del medio privilegiado a través del que la influencia de la burguesía pudo penetrar en el seno del partido [...]. La catástrofe estaba ya por tanto anunciada, pero no por las resoluciones de los congresos, sino por la praxis sindical-parlamentaria del partido. Amas que de «traición», ¿se debería hablar por el contrario de fidelidad de la socialdemocracia a las clases dominantes!» ([178]). «Incluso antes del fatídico 1914, desde su nacimiento en 1875 en el Congreso de Gotha, el SPD en su conjunto no es en

absoluto una organización revolucionaria”, por lo cual “hablar de «traición» es totalmente impropio” ([179]). Si podemos de hecho incluso admitir que la socialdemocracia, particularmente la alemana, estuvo en condiciones “por lo menos en la primera fase de su existencia [coincidente de amplia manera con el período de las leyes anti-socialistas] de conjugar la tenaz lucha cotidiana, sobre todo en el terreno sindical, la conquista de una amplia representación parlamentaria y la creciente unidad de los trabajadores con el desarrollo de la conciencia de clase y con la perspectiva revolucionaria” ([180]), debemos también reconocer, para evitar la retórica de una hagiografía fuera de lugar, por un lado que, si es verdad que “la historia de todos los países certifica que la clase

obrero, con sus propias fuerzas solamente, solo es capaz de elaborar una conciencia tradeunionista” ([181]), es evidente entonces que el desarrollo de una lucha cotidiana igualmente tenaz sobre el terreno sindical no requiere necesariamente la presencia de un partido revolucionario, lo que quiere decir que los presuntos “méritos históricos” de la socialdemocracia se reducen al hecho de haber colocado su marca política sobre un patrimonio de luchas y sobre una red de organizaciones inmediatas que la clase obrera habría acumulado en cualquier caso, lo que realmente es bien poca cosa. Por otra parte, debemos sobre todo reconocer que la “conciencia de clase” y la “perspectiva revolucionaria” reivindicadas de palabra por los jefes socialdemócratas no encontraron en el breve período de su aparente ortodoxia ningún obstáculo serio para poner al descubierto la naturaleza real, que era de unas proclamas vacías, que tenían “esencialmente el fin de mantener vivo el entusiasmo de las masas”, funcionando como “una especie de sustituto del paraíso de los creyentes” ([182]). Si la Izquierda ha afirmado que “en 1889 se reconstituye la II Internacional, tras al muerte de Marx, pero bajo el control de Engels”, ha debido añadir inmediatamente “cuyas indicaciones no fueron sin embargo aplicadas” y precisar igualmente que “solo por un momento” en el seno de la II Internacional “se orienta e a tener de nuevo en el partido formal la continuación del partido histórico”, lo que significa que aquella continuación del Partido Histórico, de hecho, no se da ni siquiera un instante sino bajo la forma de un intento inicial, de un efímero movimiento hacia el Partido Histórico que no consigue en ningún caso en alcanzar su altura y se agota en breve, dado que aquel intento “se destruye en los años siguientes por el federalismo y ausencia de centralismo, por la influencia de la praxis parlamentaria y culto a la democracia, y por la visión nacionalista de los secciones no concebidas como ejércitos de guerra contra el propio Estado, como hubiera querido el Manifiesto de 1848” ([183]). Las palabras con sonido marxista, pronunciadas por Kautsky y los suyos se quedaron en un simple conato hacia el Partido histórico, porque en aquel breve período inicial no fueron puestas a prueba por ningún acontecimiento que hubiera podido servir de prueba . Cuando por el contrario, a partir de 1890, aquellos impedimentos naturales, que denominamos imperialismo y formación de la aristocracia obrera, se manifestaron en toda su virulencia también sobre suelo alemán, la columna central de la II Internacional (no solo la derecha de Bernstein, por tanto, sino también el centro de Kautsky) estuvo obligada por la presión inexorable a desvelar mucho antes de 1914 su auténtica naturaleza de partido obrero burgués. Afirma de hecho la Izquierda en otro Texto que “aquel [oportunismo] de la Segunda Internacional tuvo como ciclo culminante el decenio 1912-1922”, pero “con orígenes y desarrollos mas amplios” ([184]). “En realidad, no existe ninguna brecha entre antes y después de 1914” ([185]). Toda la socialdemocracia alemana (y no solo alemana), en síntesis, fue leal a los intereses de la burguesía desde el inicio y presto a manifestar también de forma externa tal devoción desde el Congreso de Eerfurt (1891), cuando se confeccionó un programa que, dejando en la indefinición la forma de la “conquista del poder”, renunciaba de hecho a la insurrección. Si ya cuando la organización dio sus primeros pasos, por tanto, la ortodoxia socialdemocrática era solamente papel de envolver, la II Internacional reveló en cualquier caso su naturaleza real y auténtica solo cuando la historia les ofreció la oportunidad, y no en 1914, sino veinte años atrás, en la primera mitad de los años 90. Y a este propósito es útil retomar lo que un viejo compañero había muy justamente recordado con ocasión de la exposición oral del Informe antes citado, que “la infravaloración de la gravedad de la enfermedad oportunista que había golpeado la II Internacional no era una característica que pudiéramos imputar únicamente a la izquierda alemana, sino que se trata de una incomprensión que desgraciadamente ha caracterizado toda la izquierda internacional, hasta el punto de que el mismo Lenin fue sorprendido de improviso por el voto del Reichstag a favor de los créditos de guerra, y en un primer momento creyó incluso en un montaje periodístico” ([186]). Y aún es mas útil añadir que, si en 1902 dieron al hecho de que “el partido alemán [hubiera] por dos veces rechazado el bernsteinismo” ([187]) una importancia exagerada, no correspondiente con el valor puramente diplomático de las resoluciones de Hannover (1899) y de Lubeck (1901), la primera de las cuales fue incluso votada por los seguidores de Bernstein, no consiguió después llegar a comprender hasta el fondo el papel contrarrevolucionario de la socialdemocracia, y lo demostrará claramente tratando todavía a Kautsky de “renegado”. No es casualidad por ello que en nuestra “mancheta”, reproducida en el

inicio de este párrafo, no se hable de una línea desde Marx a Kautsky y a Lenin” y tampoco de una “línea desde la I a la II Internacional y a los dos primeros Congresos de la III Internacional”, sino que se identifica el Partido Histórico solo y exclusivamente con la “línea de Marx a Lenin hasta la Izquierda”: apenas se formaron de las consistentes aristocracias obreras los partidos de la II Internacional, trabajaron para desmembrar a la clase obrera y no para unificarla, para desorganizarla también en el terreno sindical y no para organizarla, y no como sostiene, basándose en una grosera falsificación de la realidad histórica, el “Manifiesto de 1981” arriba citado, en tanto aquellos partidos organizaron y defendieron a los obreros cualificados ([188]), abandonando a su destino la masa de los obreros genéricos y dirigiendo al mismo tiempo su atención a los campesinos, en particular en Baviera, en donde Von Vollmar se hizo promotor de un programa agrario que tuviera en cuenta “los intereses de los medios y grandes campesinos” ([189]). En cuanto se iniciaron además en Italia los proyectos coloniales, la socialdemocracia alemana, siguiendo las huellas de la francesa y de la belga, se guardó muy bien de llamar a la lucha contra el imperialismo a los pueblos nativos y los jóvenes núcleos obreros de las colonias, propagando la perspectiva marxista de la “doble revolución” y de esa forma incorporar “al movimiento de emancipación de la clase obrera nuevas nacionalidades”, como igualmente de forma falsa afirma el “Manifiesto de 1981”: los revisionistas se convirtieron en aquellas circunstancias en social-imperialistas, aplaudiendo sin vergüenza al colonialismo, mientras los “ortodoxos” negaron vilmente valor a los movimientos nacionales anti-imperialistas en las colonias. A un Von Vollmar que ya en 1891 presentó la Triple Alianza como un instrumento de paz, hizo de contrapartida un Kautsky pontificando en tono “marxista” que “ya no se trata de esperar en ningún puesto una guerra por la libertad de la nación, en la cual podrían aliarse el patriotismo burgués y el proletario” ([190]), un Kautsky por tanto que, “al mismo tiempo que tolera(ba) el patriotismo filo-imperialista en casa, va a mostrarse riguroso y exigente con el nacional-revolucionario indio o malayo” ([191]). Que la II Internacional ha estado desde su inicio fuera del surco del marxismo revolucionario no lo decimos ahora nosotros, sino que ya entonces lo confesaron los mismos exponentes socialdemocráticos, y más exactamente uno de los jefes de la derecha, Ignazio Auer, cuando escribe a Bernstein: “Querido Ede, lo que pides no se y ni siquiera se dice, pero se hace. Toda nuestra actividad –incluso aquella desarrollada bajo la vergonzosa ley- ha sido la actividad de un partido socialdemocrático reformista” ([192]).

Punto nº 17: el papel histórico de la Cuarta Internacional

LA LINEA DEL PARTIDO HISTORICO NO PASA A TRAVES DE LA EXPERIENCIA FALLIDA DE LA IV INTERNACIONAL. La obra de restauración teórica del marxismo fue dirigida por la Izquierda no solamente contra las propuestas de sus epígonos, sino también contra las subsiguientes posiciones políticas de Trotsky: frentes únicos, apoyo a las consignas democráticas, rechazo de la dictadura del Partido comunista, que anteriormente había reivindicado como núcleo de la dictadura del proletariado ([193]), en nombre de una fantasmal “democracia proletaria”, teoría del “estado obrero degenerado”, defensa de la URSS, creación en frío de una IV Internacional con materiales heterogéneos. Tal obra fue llevada además contra todos sus seguidores, que la llevaron a sus extremas consecuencias. Sostener lo contrario significa confundir la realidad histórica y renegar del trabajo de la Izquierda. Fue la Izquierda, de hecho, la que de modo más claro se opuso a las tentativas de fusión de los partidos comunistas con los partidos socialistas perseguida por Trotsky en los años 20, tras las fracasadas tentativas revolucionarias de Hungría (1919), de Alemania (1919,1920,1921) y en Italia (1919, 1920,1921), y tras la derrota del Ejército Rojo a las puertas de Varsovia (julio de 1920) ([194]). Contra la “defensa de la URSS” preconizada por Trotsky en los años 30 nuestra corriente se opone con la máxima energía: “consideramos que, en caso de guerra, el proletariado de todos los países, incluida Rusia, tendría la obligación de concentrarse con el objetivo de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil. La participación de la URSS

en un guerra de rapiña no cambiaría el carácter esencial de la guerra y el Estado proletario no podría mas que hundirse bajo los golpes de las contradicciones sociales que tal participación traería” ([195]). Pero vamos con los epígonos de Trotsky. Lo que les reprochamos es el hecho de haber “llevado hasta el final los errores de Trotsky, hasta el punto de renegar de la tradición viva de Trotsky en Terrorismo y Comunismo, de la tradición de la Internacional Comunista” ([196]). “Cuanto mas se siguen las evoluciones tácticas del trotskismo, mas se es consciente de la extrema fragilidad de los motivos que lo diferencian del estalinismo” del que es el “presunto pero ficticio rival” ([197]). “por eso es una férrea lógica histórica la que, al final de violentos enfrentamientos, lleva regularmente al trotskismo a inclinarse ante los frentes populares y ante la guerra” ([198]). En el artículo arriba citado se tomaba como base la cuestión nacional para mostrar como todas las variantes del trotskismo estaban en las antípodas del marxismo revolucionario. Tal era el inevitable resultado del hecho de apoyar la reivindicación de la autodeterminación no solamente en los países coloniales y semicoloniales, sino también en los “países de alto desarrollo industrial que la segunda guerra imperialista ha sometido al control férreo y explotación integral de las grandes potencias vencedoras”, como Japón, por ejemplo, posición deformada sostenida entonces por la IV Internacional, que en su «Mensaje» a los Trabajadores Japoneses preconizaba la “«exigencia» de la »retirada de las tropas de ocupación y del derecho del pueblo a disponer de sí mismo» ([199]). No menos que los “disidentes” de Shachtman en los Estados Unidos, que a propósito del “Plan Marshall” sostenían que había que “aceptar las ayudas a Europa, pero exigiendo que no se convirtieran en un arma para el dominio del Viejo Mundo al imperialismo del Nuevo. En otras palabras, pedir al imperialismo que haga beneficencia, protestar incluso porque sea demasiado poca, menos de la que podía ser, y pretender que las ayudas concedidas se den sin contrapartidas, por cristiana piedad, y no creen vínculos de dependencia para quien lo recibe (para estos marxistas se puede ser a la vez deudores e independientes, esclavos y libres)” ([200]). Puesto que tales eran hace cincuenta años las posiciones de los trotskistas oficiales y no oficiales, nos preguntamos si en 2003 existe alguna corriente o fracción trotskista que haya ido por el difícil camino necesario para reencontrar la brújula marxista. No tenemos conocimiento de ello.

Punto nº 18: las aristocracias obreras

LA INMENSA MAYORIA DE LA CLASE OBRERA DE LAS METROPOLIS ESTA SOMETIDA SOMETIDA IDEOLOGICAMENTE AL CAPITALISMO, PERO NO CORROMPIDA. El fenómeno de la aparición de las aristocracias obreras y su correlación con el oportunismo político y sindical por una parte, y con el imperialismo por otra, no son ciertamente hechos nuevos. Lo explica muy bien un “Filo del Tiempo” que es útil volver a leer en su totalidad. “Es preciso destacar como en Inglaterra la tendencia del imperialismo a escindir a la clase obrera, reforzando dentro de ella el oportunismo, y marcando de esa manera la parálisis del movimiento obrero, se manifestó bastante antes de finales del siglo XIX e inicios del XX. De hecho, las dos características más importantes del imperialismo, es decir, una gran posesión colonial y una posición de monopolio del mercado mundial, aparecieron desde mitad del siglo XIX. Marx y Engels seguirán durante décadas de manera sistemática la conexión del oportunismo en el seno del movimiento obrero con las características imperialistas del imperialismo inglés. Por ejemplo, Engels escribía a Marx el 7 de octubre de 1858: «El proletariado inglés se aburguesa cada vez mas, así que ésta, que es la peor burguesía de todas las naciones, parece querer llegar a disfrutar de una aristocracia burguesa y de un proletariado burgués, junto a la burguesía. Por otro lado, esto es en cierta forma explicable para una nación que explota a todo el mundo»” ([201]). Por consiguiente ¿hace ya un siglo y medio que la clase obrera metropolitana estaba aburguesada, por tanto?. Ciertamente, pero esto no significa automáticamente que estuviera corrupta. Sigamos. “Casi un cuarto de siglo mas tarde, en una carta del 11 de agosto de 1881, habla de aquellas despreciables Trade Union inglesas «que se hacen guiar por hombres vendidos a la burguesía, o al menos pagados por ella»” ([202]). Aquí aparecen en

escena los corruptos, los vendidos, los pagados por la burguesía para subyugar a los otros obreros al carro del capitalismo: so aquellos que guían las Trade Unions, son los bonzos sindicales, además de, naturalmente, los jefezuelos del Partido Laborista. “Y en una carta a Kautsky del 12 de septiembre de 1882 [Engels] escribía también: «Ella me preguntaba que cosa pensaban los trabajadores ingleses de la política colonial. Pues lo mismo que piensan de la política en general. En realidad no existe aquí ningún partido de trabajadores, sino solo conservadores y liberales radicales, y los obreros disfrutaban del monopolio comercial y colonial de Inglaterra sobre el mundo». Y lo mismo dice Engels en el prefacio a la segunda edición de la «Situación de la clase obrera en Inglaterra», en 1892” ([203]). Según Engels los trabajadores ingleses en general (ó una gran parte de los mismos) están ideológicamente dominados por la burguesía en el sentido de que piensan como los burgueses, pero solo sus jefes, una restringida élite del proletariado, representa la franja de los corruptos. Dejemos a la Izquierda que lo diga mejor: “Aquí se desvelan claramente las causas y los efectos. Causas: 1) explotación de todo el mundo por parte del país en cuestión; 2) su posición de monopolio sobre el mercado mundial; 3) su monopolio colonial. Efectos: 1) aburguesamiento de una parte del proletariado metropolitano; 2) una parte del proletariado se hace guiar por jefes que están comprados o al menos pagados por la burguesía” ([204]). Si los dos fenómenos citados en los efectos fueran el mismo no habría necesidad de enumerarlos en dos puntos distintos y separados, un punto 1 que concierne a una parte del proletariado metropolitano (aburguesado y sometido así ideológicamente a la burguesía), y el punto 2, que concierne a sus jefes (comprados o al menos pagados y por ello corruptos). La clave esencial de toda la cuestión es que la adhesión a los postulados ideológicos de las clases poseedoras y el encuadramiento dentro de los mecanismos que de esos postulados expresan el poder no equivalen mecánicamente a una identidad de intereses materiales en el mantenimiento con vida del vigente modo de producción por parte de todas las clases y fracciones de clase que se adhieren a esos postulados. La mayoría de la clase obrera de las metrópolis permanece “dubitativa e incluso oportunista ante la lucha sindical y mas aún ante la huelga y la revuelta” ([205]), aunque solo sea por la mínima reserva económica que el imperialismo puede aún ofrecerle, reserva que se identifica con “toda la gama de medidas reformistas de asistencia y de previsión para el salariado” y que “representa una pequeña garantía patrimonial que se puede perder” ([206]). La masa obrera da todos los días innumerables “pruebas de egoísmo y de indiferencia” ([207]). ¿Significa esto que la aristocracia obrera se ha extendido hasta englobar a la inmensa mayoría de la clase obrera de las metrópolis? ¿Qué la inmensa mayoría de la clase obrera metropolitana está corrupta, como lo está por definición la aristocracia obrera? ¿Qué la inmensa mayoría de la clase obrera metropolitana está degenerada, que se ha salido de su género (proletariado) para ir a formar parte de otro género (pequeña burguesía)? ¿Qué, en otras palabras, se ha aburguesado socialmente y no solo ideológicamente? Para responder a estas cuestiones debemos examinar el significado de las palabras que usamos. Primer punto: ¿qué es la aristocracia obrera? Representa una fracción de la clase obrera que está a todos los efectos socialmente degenerada (aburguesada) y corrupta. Corrupta no significa que “disfrute” respecto al pasado de un mayor bienestar, en el que se concreten los cacareados “mejoras del tenor de vida obrero”, sino que se apoya sobre la explotación ajena, aprovechándose de la misma para mantener un tenor de vida claramente mas elevado que el resto de los obreros o para acumular riquezas. El misterio de mejor nivel de vida obrero con el avance del capitalismo, por el contrario, forma un todo con la ley de la caída tendencial de la tasa de beneficio, y ahí no se esconde el falso diagnóstico de un aburguesamiento del obrero y por tanto de la eternidad del capitalismo, sino, por el contrario, el de la muerte segura del mismo, ahogado por la inmensa masa de productos en busca de consumidores: “el modo capitalista de producción, una vez instaurado, no puede mantenerse si no aumentando continuamente, no la dotación de recursos y estructuras para una mejor vida de los hombres con menores riesgos, tormentos y esfuerzos, sino la masa de las mercancías producidas y vendidas”.

Punto nº 19: el papel histórico de la Tercera Internacional

EL PARTIDO EXISTE EN TANTO HACE UNA CRITICA DE SI MISMO SUPERANDO LOS LIMITES DE LAS EXPERIENCIAS TACTICAS ANTERIORES, ENTRE LAS CUALES ENUMERAMOS TAMBIEN LAS DIRECTIVAS ESPUREAS DE LA III INTERNACIONAL. La experiencia histórica de la degeneración de la III Internacional enseña que la misma se establece a continuación y como efecto no sólo de la derrota de los intentos revolucionarios alemanes y húngaros, sino también de la introducción, con ocasión de su III Congreso, de la táctica errónea del Frente Único, de la “alianza de los comunistas con los socialistas en la lucha proletaria” ([208]), táctica que la Izquierda rechazó de modo clarísimo, denominándola para su mejor comprensión como “Frente único desde arriba” ó “Frente único político”, y oponiéndola la del Frente único desde abajo o Frente único sindical ([209]). “El Partido Comunista de Italia, tanto en su propaganda interna como en vivas discusiones en los congresos internacionales, había sostenido ya que no se tuviera que adoptar la estrategia de una unión entre diversos partidos políticos y había aceptado únicamente la fórmula, objeto de graves polémicas, del frente único sindical, rechazando todo frente o bloque político, con el argumento de que esto necesariamente comportaría un órgano jerárquico superior, al que los partidos adheridos hubieran debido obedecer, con el inaceptable riesgo de que las fuerzas de nuestro partido habrían podido quedar obligadas a actuar según unas directrices en profundo contraste con los fines programáticos contenido en la doctrina del partido y en su visión histórica” ([210]). Cuando la lucha de clase venga, nuestro Partido de hoy podrá influenciar al proletariado de forma eficaz solo a condición de hacer propia esta distinción esencial y excluir del arsenal de recursos tácticos el frente único desde arriba, y abstenerse desde ahora “de lanzar y aceptar invitaciones, cartas abiertas y consignas de agitación por comités, frentes y acuerdos mixtos con cualesquiera otro movimiento y organización política” ([211]). En el capítulo dedicado a la II Internacional hemos destacado la pretensión, propia de la III Internacional a partir del III Congreso, de imponer a la clase obrera occidental, a una clase que estaba desde hacía mas de cincuenta años fuerza de cualquier óptica de “revolución doble”, la táctica de los frentes únicos equivalía a obligarle a llegar a unas auténticas y verdaderas alianzas con otras clases. Los partidos “proletarios” con los que los comunistas hubieran debido aliarse, era de hecho partidos obreros solo de nombre en cuanto, como se ha visto, la socialdemocracia se había reducido a ser solamente un depósito de grupos de intereses burgueses, pequeño-burgueses (¡y campesinos!) y capas obreras aristocráticas (por tanto degeneradas y aburguesadas), a las cuales el proletariado estaba en cualquier caso subordinado. Por eso se destaca que la actual incomprensión de la gravedad de la peste oportunista de la que estaba afectada desde su inicio la socialdemocracia es todo uno con la incapacidad de superar realmente los límites de la III Internacional y por tanto de continuar trabajando en el hilo del tiempo. Por lo mismo, no podemos mas que excluir toda referencia a un “frente único proletario” no definido posteriormente mejor, y toda participación en comités que reagrupen sola o principalmente elementos politizados deben ser explícitamente excluida, en cuanto no solo representan una violación de las normas tácticas a todos los efectos, sino que esconden la incomprensión mas grave de los postulados teóricos de la Izquierda.

Punto nº 20: táctica y estrategia del Partido revolucionario

LA ESTRATEGIA ES UNA PARTE DE LA TACTICA DEL PARTIDO QUE TOMA VIDA EN LAS FASES EN LAS QUE LA LUCHA DE CLASES SE CONVIERTE EN GUERRA CIVIL, POR LO QUE HABLAR HOY DE ESTRATEGIA ES UNA EXPRESION DE MANIAS MILITARISTAS FUERA DE TIEMPO Y LUGAR. LA JUSTA CRITICA DEL TERRORISMO INDIVIDUALISTA Y ROMANTICO HECHA POR EL PARTIDO EN LOS AÑOS 70 SE PRESENTA AUN MAS CLARA Y NÍTIDA, AJUSTANDOSE CON LAS CORRECTAS LINEAS POLITICAS COHERENTES CON ESA CRITICA, CORRIENDO ASÍ LAS POSICIONES DEFORMES DEL “NUOVO CORSO” SOBRE EL TERRORISMO PEQUEÑO-BURGUES

COMO “PRECURSOR” DE LA LUCHA DE CLASE Y SOBRE LA “INSTINTIVA SIMPATIA” HACIA LA REBELDIA DE LAS CLASES MEDIAS. Como establecen claramente nuestras “Tesis de Lyon”, “la acción del partido toma un aspecto de estrategia en los momentos culminantes de la lucha por el poder, cuando la parte esencial de la misma toma un carácter militar” ([212]). Se observa también que la referencia a la estrategia arriba citada forma parte del Párrafo Tercero de las Tesis, que significativamente se titula “Acción y táctica del partido”. De ello se deriva que, mientras la estrategia militar recoge la táctica militar, la estrategia revolucionaria es por el contrario una parte de la línea táctica general del Partido, en tanto representa su aspecto estrecha y específicamente militar. Discutir de estrategia, por tanto, tiene un significado no fantasioso solamente en los tiempos de hierro y fuego de la Revolución y de la guerra civil, y afirmar que hoy el Partido se deba dar una estrategia significa invertir en sentido militarista la relación táctica/estrategia, repitiendo servilmente las sombras de los liquidacionistas de 1982-83. También ellos invocaban una estrategia política, también la llamaban impropriamente “plan táctico”, e identificaban en la incapacidad de formular una estrategia eficaz el límite histórico de la Izquierda Comunista de Italia y la causa de su presunta “inferioridad” respecto a la experiencia bolchevique. Sus manías militaristas, por otro lado, se habían manifestado mucho antes del 82, traduciéndose en la pretensión absurda y destructiva de imponer “medidas de seguridad” de tiempos de guerra civil a un partido metido hasta el cuello en el pantano de la paz social, y de apostar en los mapas sus desgraciados militantes con la misma disposición con la que un sedicente Von Clausewitz proletario habría dispuesto los regimientos rojos y los cañones capturados al enemigo; después, tras la explosión de la organización, fueron esas manías las que dictaron la elección ostentosa del término “Combat” para denominar al órgano de prensa de los supervivientes del “Nuovo Corso”. Hoy, con un proletariado todavía totalmente controlado por el oportunismo, ¡ se vuelve –por parte de aquellos que reivindicaron el “Nuovo Corso”- a la palabrería de entonces, bien representado por las actuales “andanadas” sobre una fantasmática “unidad militante del proletariado combatiente”! Esta obstinación en confundir luciérnagas con focos nace, hoy como ayer, del ansia voluntarista de “aproximar las curvas” del Partido y de la clase, proyectando en un presente gris y apestando de oportunismo una dimensión estratégica que tendrá sentido solamente cuando la recuperación de las grandes luchas de clase ponga en el orden del día la cuestión militar como una tarea inmediata del Partido. Pero aún hay más y peor: la obsesión por el “generalato” no indica solo la preocupación irreal de encontrar estratagemas, atajos y expedientes capaces de invertir el curso histórico, sino también la mal ocultada tendencia a imitar a los grandes jefes de la burguesía maniobrando con los militantes del Partido, fuera de una efectiva situación de guerra de clase, como soldaditos a colocar según los repentinos cambios de ruta dictados por el Napoleón de turno, tratándoles por tanto como tropas partisanas, como a “elementos” que no combaten para sí sino para otros y que por ello pueden ser ignorantes de los fines por los cuales combaten. Pero sí, en las condiciones impuestas por la guerra civil, los militantes del Partido son por evidentes motivos desconocedores de los detalles técnicos de la acción emprendida, mas allá de tales circunstancias excepcionales, tanto en el centro como en la periferia, deben ser conocedores no solo de los fines por los que el partido actúa, sino también de todas las maniobras tácticas que el mismo emprende para conseguirlos. Porque los comunistas y los proletarios bajo su influencia, por primera vez en la historia no combaten para otros, sino para sí mismos. Por ello, en virtud de las características específicas de la revolución proletaria, toda referencia a una “estrategia” está totalmente fuera de lugar, ya que el enfrentamiento militar no está a la orden del día y que, como establecen las “Tesis de Nápoles”, la adopción de “precisos esquemas de jerarquía” que asegurarían la eficiencia del Partido en los choques con las fuerzas enemigas “no deben ser imitadas inútilmente en las actividades del partido, aunque no sean combatientes” ([213]). Olvidarlo significa quedar prisioneros de los esquemas de las viejas revoluciones. Teniendo en cuenta además que estamos todavía en una situación histórica contrarrevolucionaria y por ello muy lejos de toda “actividad combatiente”, resulta mas que nunca necesario subrayar y retomar la crítica del terrorismo individualista y romántico formulada en su tiempo por el Partido, en el estudio titulado “El terrorismo y el atormentado camino de la recuperación general de la lucha de clase” ([214]), formulándola aún mas definida y claramente a la

luz del posterior desenvolvimiento de los hechos, que ha demostrado también a los ciegos que “romántico” quería decir burgués. La puesta a punto de la crítica del terrorismo individualista y romántico presente en aquella serie de artículos fue indudablemente inaceptable en el plano de los principios y de la doctrina. En cualquier caso, destacamos ahora a) que falta una valoración detallada de la matriz de clase del terrorismo de los años 70, que debe identificarse no sólo en las clases medias, sino también en el subproletariado, cuyos exponentes guiaban la danza de la “lucha armada” basándose en sus diseños políticos, también usando como masa de maniobra a los jóvenes proletarios rebeldes que a aquellas organizaciones aflúan en ausencia de una perspectiva clasista visible; b) que, no deteniéndose a criticar a fondo las posiciones políticas de los grupos de la “lucha armada” el artículo no destaca suficientemente el nacionalismo brigadista; c) que en el texto aparecen evidentes algunos claros cuando se pasa del plano de la teoría al de la táctica. En el Prólogo, por ejemplo, se afirma que “la crítica mas radical y, en algunas circunstancias, la mas cerrada condena de aquel terrorismo son posibles –al igual que necesarias- con la única condición de no situarse en el terreno de la neutralidad y de la equidistancia frente a fenómenos que enfrentan cara a cara al estado burgués, a sus instituciones, a sus leyes y a quien se rebela; con la única condición, por tanto, de rechazar todas los pretextos mediante los que las falsas «extremas izquierdas» han buscado, en Italia, en Alemania y en todos lo lugares, «mantener las distancias» de un fenómeno del que el marxismo conoce las raíces materiales y su puesto histórico, y del que sabe por ello valorar su peso, aunque sea puramente marginal, y el valor de los síntomas, aunque fueran únicamente negativos”. Parece más bien muy discutible sostener que la condena más cerrada de aquel terrorismo, del terrorismo pequeño-burgués fuera posible y necesaria sólo en «algunas circunstancias», como si hubiera otras circunstancias, no muy precisas, en las que tales condenas no era posible, no era necesaria y no era de ninguna manera oportuna. En segundo lugar hubiera sido importante precisar que el hecho de no situarse en terreno neutral, en los enfrentamientos entre pequeño-burgueses (y subproletarios) enfurecidos por un lado y el Estado burgués por otro lado, es la consecuencia directa del hecho de que el Partido Comunista no es nunca neutral, y que no es neutral por el simple motivo de que está en guerra –hoy en el aspecto ideológico, mañana también en el plano de las armas- contra ambos (si hubiera aún en vísperas de la Revolución terroristas pequeño-burgueses en circulación), aunque lo es de manera necesariamente diferente y con diferentes acentos en los dos lados de la polémica que es llamado a desarrollar. Por tanto, nuestra no-neutralidad no equivalía y no podía equivaler a expresar la más mínima simpatía por uno de los dos frentes burgueses en lucha, e imponía por el contrario al Partido, contrariamente a cuanto se afirma en el texto citado, no sólo “mantener las distancias” sino mantenerlas bien firmes. En tercer lugar –y es lo mas grave- admitir que el terrorismo pequeño-burgués pudiera tener el valor de síntoma “no únicamente negativo” de la crisis del régimen burgués significaba, desarrollando la frase un poco retorcida, reconocer la posibilidad de que contuvieran también aspectos positivos para el proletariado y para la revolución comunista, deslizándose por una pendiente que después se demostrará ruinosa para el Partido. Cuales han sido los posteriores desarrollos del terrorismo pequeño-burgués en Italia lo aclara muy bien un artículo enviado por un compañero y titulado significativamente “Del «terrorismo rojo» al perdón legislativo de los terroristas” ([215]). En el mismo se afirma que el estado, que nunca “mostró la pérdida de control del fenómeno terrorista”, como reconocen por otro lado y desde hace mucho algunos exir (por ejemplo, Franceschini), tomaba “la ocasión ofertada por los guerrilleros urbano-guevaristas [sic] para desarrollar un auténtico adiestramiento sobre el terreno, no sólo de sus cuerpos policiales, sino también de sus órganos de investigación y fichaje de los «servicios»”, para destruir “en un continuo goteo de «acciones» y contra-acciones de policía [...] la posibilidad de un «normal» trabajo organizativo en la clase obrera y de crítica a amplia escala del ya evidente oportunismo sindical y PCI’ista” y para hacer fracasar así, en el seno de un proletariado “apresado por estas dos formaciones armadas opuestas [...] la posibilidad de una recuperación no solo de la lucha de clase, aún limitada a la defensa intransigente de las ficticias «conquistas» económicas y legales obtenidas con las luchas sindicales de los años 1969-1970, [...] sino también la posibilidad de desenmascarar al PCI como partido que desempeñaba todo menos los intereses de la clase trabajadora”. En este

servicio objetivo proporcionado a todos los niveles a las clases dominantes reside ”la única explicación de la de otras formas inexplicable debilidad de los «órganos dedicados al mantenimiento del orden público» ate el crecimiento y las ramificaciones de la acción terrorista. Hay que excluir que fueran «inercias» estas acciones de los órganos represivos estatales, sino que estaban muy bien calculadas, a fin de presentar al estado y a sus «servidores» como los agredidos por la «violencia» de los terroristas y, estando como estamos en la patria de Maquiavelo, con el preciso objetivo de seleccionar de la masa proletaria aquellos millares o tal vez más elementos, en su mayoría jóvenes y rebeldes, de los que no convenía que se quedaran en las fábricas y en los talleres haciendo fermentar el descontento codo a codo con la masa gris e inmóvil de los trabajadores”. Hubiera bastado “esperar que estos «guerrilleros» de ciudad tomasen un poco de experiencia como «combatientes», que violaran algunos artículos del código penal, oportunamente actualizado, que entrasen en la clandestinidad, para evitar que su rebeldía proletaria contagiara a otros proletarios y especialmente para que estas energías de jóvenes esclavos del capital que rechazaban su condición infame se consumieran en un esfuerzo tan intenso como vano” con el resultado de impedir definitivamente que los mismos “encontraran su lugar en un auténtico Partido proletario de clase”. Ante el hecho de que “desde 1988 el «proletariado prisionero», es decir los condenados por actos de terrorismo no «disociados», solicitaba, tras una «reflexión autocrítica» [¡no podía faltar entre los estalinistas!] una «amnistía igual para todos y sin condiciones, política y no judicial»”, el artículo recogía la justa posición del Partido defendida contra el “Nuovo Corso” por la Sección de Schio en 1983, cuando “se constituyó, tras las peticiones de los «prisioneros políticos» ex terroristas el denominado «comité contra la represión»”, posición que reafirmaba con claridad “la absoluta necesidad de evitar todo método no clasista y toda alianza ilusoria con fuerzas oportunistas y capas pequeño-burguesas para defender a quien ha sido golpeado”, creyendo poder, en la situación actual, “hacer revivir un «Socorro Rojo» en miniatura”. Y con igual claridad subrayaba que “no está escrito en ningún código que los comunistas deban movilizar a los proletarios en defensa de todo aquel caído en la red de la «justicia», tal vez proclamándose comunista en tanto promotores de infantiles guerrillas individuales [o poco más] contra los patrones del vapor”.

La agudización de nuestra crítica al terrorismo pequeño-burgués está hoy facilitada –y por consiguiente mas necesaria- por el hecho de que la jauría ladradora del frente antiterrorista está en la actualidad más tranquila e incluso se tiende el ramo de olivo a los hijos pródigos de Mamá Resistencia y de Nuestra Señora de la Democracia. En la actual situación el Partido puede decir con toda claridad, sin temor de ser confundido con los paladines de la legalidad democrática, su palabra contra la nueva e innoble “trata de rojos” ([216]) producida desgraciadamente desde hace mas de veinte años, y cuyos restos aún no se han agotado, remediando al mismo tiempo las desbandadas anteriores. Se trata de poner finalmente en claro que la violencia terrorista de las Brigadas Rojas y afines no fue violencia proletaria ni manifestaciones de impaciencia por parte de sectores obreros, ni siquiera minoritarios, sino violencia pequeño-burguesa y subproletaria, expresión de un aventurerismo típico de la desesperación de las clases intermedias y de la disgregación de los estratos más bajos de la sociedad. Y, por tanto, rechazar de una vez por todas las contratesis enunciadas por el “Nuovo Corso” a finales de los años 70. Según aquella tendencia, aún siendo expresiones de la pequeña burguesía, y por tanto de capas ferozmente anti-proletarias, los grupos terroristas no eran “organizaciones enemigas” del proletariado, sino que había que considerarlas como “precursores” del movimiento social y por ello merecían una “simpatía elemental” por parte de los comunistas ([217]). La Circular de 1981 afirmaba de hecho que “la fórmula del terrorismo como «organización enemiga del proletariado y del partido» aplicada a los NAPAP de 1975-1980 es totalmente inaceptable [...] porque no expresa un punto de vista de clase; y, no expresando un punto de vista de clase, es «científicamente» falsa, no nos ayuda a comprender o a comprender la realidad, sino que por el contrario nos impide verla” ([218]). Pero estaría fuera de lugar buscar el “punto de vista de clase» del que aquí se habla en una definición fundada y circunstanciada de forma materialista en las auténticas raíces de clase del terrorismo de aquellos años. El «punto de vista de

clase» se resume en estos términos: “nuestro trabajo de análisis marxista científico y concreto no tiene valor y no puede dar resultados si no está alimentado e inspirado por el odio de clase contra el innoble orden burgués” ([219]), cosa totalmente correcta y coherente que la Izquierda siempre ha sostenido. Pero de esta justa premisa se extrae inmediatamente la falsa consecuencia de que “este odio nos debe hacer considerar con un mínimo de simpatía a aquellos que se levantan contra este orden, cualesquiera que sean las aberraciones o las inconsecuencias de sus teorías y –hasta cierto punto, se entiende- de sus actos” ([220]). Estamos totalmente descarrilados: el odio de clase no puede más que alegrarnos de los efectos de los golpes inferidos al aparato burgués, independientemente de quien los aseste, pero no ciertamente inducirnos a simpatizar con cualquiera que de tal manera se ha rebelado contra el orden constituido independientemente de su posición clasista. Si las llamas se elevaran sobre el Pentágono los revolucionarios, con razón, debieran levantar sus copas y brindar, pero no por ello debieran simpatizar con Al Qaeda como no debieran simpatizar con los neonazis que desestabilizaran el aparato de comunicación postal estadounidense con el ántrax. Se dirá que son islámicos furiosos o nazis enfermos. Pero ¿no se acaba de pontificar que la simpatía se dirige a cualquiera que se rebele contra el orden constituido, y, avanzando un poco más en el limado de la coraza, “cualquiera que sean las aberraciones o las inconsecuencias de sus teorías”? O excluimos que islámicos y neonazis sean portadores de teorías aberrantes, o bien les queremos excluir “por principios” del grupo de “aquellos que se rebelan contra este orden”. Por principios democráticos, evidentemente. Con el resultado de recaer siempre en una visión idealista, que privilegia la ideología y distribuye patentes de “rebelle” dependiendo de la presencia o ausencia de una vaga similitud entre las teorías en la que se inspira el rebelle y el marxismo. La definición abstracta y metafísica que pone en una misma olla a todos aquellos que se rebelan contra el orden constituido (y por tanto también a los policías que eventualmente se rebelan contra el abuso de poder de la magistratura y hacen huelgas a favor de un mayor margen de autonomía) debe ser nítidamente rechazada como una barbaridad antimarxista. Y por los mismos motivos debe rechazarse la teoría deformada de la “simpatía elemental” que de ella se deriva. La misma Circular llega además, no pudiendo colgar a los terroristas de pseudoizquierda de entonces la etiqueta de “vanguardia” (en vista de que con un mínimo de sentido común se reconocía que el ejército proletario estaba muy lejos de cualquier movilización), a la aberración extrema de ponerse sobre el pecho la medalla de “precursores” del movimiento social: “sería indudablemente más apropiado, por estas razones, hablar de elementos o de corrientes «precursoras» del movimiento social, es decir que impiden la producción de auténticas figuras de revolucionarios” ([221]). De la “simpatía elemental” a la promoción sobre la marcha de los rebeldes a revolucionarios, el paso es breve. Pero la premisa táctica errónea estaba ya contenida en el artículo “El terrorismo y el atormentado camino de la reanudación general de la lucha de clase” antes citado, precisamente allí en donde no se excluía que el terrorismo pequeño-burgués pudiera tener el valor de un síntoma “no únicamente negativo” de la crisis del régimen burgués. En la Circular del 81 se insiste sobre este aspecto, dando gran importancia al hecho que las vanguardias puedan por su cuenta asimilar fragmentos del programa comunista: “no se puede excluir que elementos o grupos de vanguardia adquieran o descubran fragmentos o aspectos del programa y de los métodos marxistas” ([222]), lo que es verdad, sí, pero solo en referencia a las vanguardias reales de la clase obrera, que estaban y están aún por llegar, y no en referencia a los restos políticos proyectados a la escena de la crisis de las clases intermedias. Las acciones del terrorismo pequeño-burgués de los años 70 fueron incluso equiparadas a auténticas acciones revolucionarias proletarias, aunque minoritarias, como “la participación de los comunistas en la lucha desesperada contra la reacción blanca, en 1919, en Baviera, a la cual el proletariado había sido impulsado por la fuerza contrarrevolucionaria de la socialdemocracia y el aventurerismo del centrismo independiente, así como en marzo de 1921 ante el desencadenamiento de la violencia burguesa”; En definitiva los terroristas habrían cometido el error de ser “demasiado impacientes para emprender el largo y difícil camino de la lucha colectiva y disciplinada de clase”, pero no por ello eran menos merecedores, al menos parcialmente, de una evaluación positiva, como “precursores del futuro despertar del gigante proletario”, como “raras bocanadas de oxígeno en una atmósfera nauseabunda”, los cuales “cuando la clase recobre su

memoria colectiva, estarán entre las figuras de aquellos que han contribuido a encender de nuevo la llama de la lucha revolucionaria en las viejas metrópolis”. Habrían tenido el mérito de “reclamar la necesidad de la violencia para la lucha proletaria” ([223]). Dado que no se trataba de lucha proletaria, sino de agitación pequeño-burguesa, queda claro que aquellos movimientos y aquellas acciones no solo formaban parte de pleno derecho de la atmósfera nauseabunda en la que faltaba totalmente el oxígeno de la lucha de clases, sino que su aventura la hacía aún más infecta, ejecutando la triple tarea de devaluar la violencia a los ojos de las masas obreras, de dar aire al oportunismo que exhalaba pacifismo social por todos sus poros, y encapsular y destruir en una guerrilla insensata las pocas fuerzas que el proletariado había conseguido expresar en contra de las directivas oportunistas. Queda además establecido no solo que para los comunistas el hecho de expresar un presunto “deber de solidaridad con las víctimas de la persecución burguesa” ([224]) no tenía ningún sentido en cuanto no resulta que por una especie de “deber” moral y por tanto metafísico, los comunistas se sientan llamados a solidarizarse con los fascistas o con los ladrones del régimen o con los mafiosos aun cuando los mismos sean perseguidos por el Estado burgués ([225]). Y queda establecido que era risible por las mismas razones la pretensión de enseñar a los restos de la pequeña burguesía rebelde y guerrillera “la forma de concebir la defensa propia ante la acusación” ([226]) que es característica del marxismo, invitando a los “ignorantes” a tener en cuenta el texto “Fuerza, violencia y dictadura en la lucha de clases”; en este, como en otros textos, está codificada de hecho la doctrina del proletariado revolucionario, y no aquella que puede adaptarse a las exigencias defensivas de las capas medias enfurecidas, y para las cuales las lecciones que se contienen en el mismo serán siempre un secreto envuelto en un misterio.

[1] “El peligro oportunista y la Internacional”, 1925

[2] Para un análisis de las vicisitudes del “sindicato rojo” ver el Punto nº 23, dedicado a la “cuestión sindical”.

[3] En 1972 se redactaron los “Puntos sindicales” que, como se verá más en detalle en el Punto nº 21 constituyen una primera ruptura de la continuidad de la línea del Partido, abriendo el camino al “Nuovo Corso” que verá la luz dos años después; los mismos llevan a rechazar el sindicato tanto por una falsa reacción contra errores anteriores en sentido opuesto, condensados en la experiencia del “sindicato rojo”, como por una adaptación al “medio” sedicentemente revolucionario de entonces, cuando estaba de moda rechazar la forma sindical en cuanto expresión del “viejo movimiento obrero”. Según el Colectivo Político Metropolitano, por ejemplo, apoyándose en el plan del capital “los sindicatos deben siempre funcionar objetivamente como gestores de los contratos y no pueden por ello llevar un ataque a fondo en el plano económico”. No solo los sindicatos existentes, sino el sindicato en sí, el sindicato en cuanto forma de organización actuante en el terreno de la defensa de los intereses inmediatos de los obreros era considerado una “institución política burguesa”. Además ante las reestructuraciones de las fábricas, que se traduce en una lluvia de despidos y suspensiones, el Colectivo Político Metropolitano llegó a teorizar que el mismo método de la huelga en cuanto tal es funcional al capital, alineándose en la práctica con la pasividad del trío CGIL-CISL-UIL. Los “Puntos sindicales” de 1972 no son el fruto de un simple error de valoración, como eran las posiciones anteriores sobre el “sindicato rojo”, sino que fueron algo más y peor, un error de principio, demostrando que, dialécticamente, la acumulación cuantitativa de errores ante los que no se reacciona correctamente produce al final el salto cualitativo, el abandono de los principios. El abandono de la línea de la Izquierda se verificó por tanto en 1972 en el terreno sindical y se extiende después en 1974 al terreno político general. Pero entre los dos fenómenos se dio una estrecha relación, por cuanto la teorización del renacimiento de la lucha de clase en el terreno inmediatamente político contenida en los “Puntos sindicales” de 1972 fue el paso previo necesario de la negación del frente único sindical como alternativa a los frentes

únicos políticos y, de rebote, la rehabilitación de estos últimos que madurará a continuación en el seno de un Partido ya a la deriva.

[4] No es una fecha tomada al azar, sino que ha sido indicada por “programma comunista” nº 1, 1983, en donde se explica que los compañeros de Benevento-Ariano Irpino, que dejaban en aquella vuelta el Partido, se habían visto obligados a este paso basándose en un balance que identificaba una degeneración activista ligada al “trabajo que el partido en su conjunto ha realizado de algunos años a esta parte (se puede decir a partir de 1974-1975), actividad que, en su mayor parte, está documentada en las tomas de posición de nuestro periódico (en a las cuales el lector tiene la posibilidad de verificar)” (“Porque se van”, Il Programma Comunista, nº 1 1983). La confesión de parte del Centro de haber emprendido una lucha política para hacer triunfar un “Nuovo Corso” a partir precisamente de 1974 está por otro lado formulada de modo aún mas explícito en el “Programa de reunión del centro del 17.10.82”, que dice textualmente: “Nuestro análisis del partido, no plano sino articulado, sobre la lucha política de las fuerzas presentes en el partido. Es la evolución de una discusión que ha sido iniciada en el partido desde 1974 y se expresa en estos puntos: valoración de los grupos, frente único, confirmación de los hechos sociales, separación con Ivrea-Torino y reunión del 7/8 de marzo de 1981”. Tras la explosión del Partido, acaecida el 17.10.82, el Centro italiano preconizó la necesidad de proseguir aquella lucha política “por otra parte ya en marcha en el partido desde hace tiempo” marchando (sin ironía) aún mas a fondo: la Circular central del 2.11.82 de hecho indicaba: “Debe continuar la batalla contra posiciones “atrasadas” y las fuerzas que las sostienen en el interior aún hoy”, destacando como la última R.G. (la de la explosión) indicaba “la necesidad de dar un salto de calidad en nuestra organización”. El salto de calidad “en el camino de instauración de un método de trabajo interno más orgánico”, respecto al cual el Centro consideraba que debía asumir la responsabilidad de “permitir y favorecer la mas amplia discusión”, se concretó después en la exhortación: “Usemos el mecanismo democrático” (Bolletino nº 1 Noviembre 1982) y en la institución de un Comité Central, expresión democrática de las secciones que permanecieron, que subrogó después el Centro en 1983 y dio vida a “Combat”.

[5] “Tesis sobre la tarea histórica, la acción y la estructura del partido comunista mundial – 1965” (“En defensa de la continuidad del programa comunista” Pág. 180)

[6] Ver a propósito de esto el siguiente Punto nº 2.

[7] “La manía de usar mi nombre en vez del anónimo lo tienen únicamente aquellos que rechazan el resultado de mi trabajo sistemático y agitan la cabeza ante mis tesis” (Carta a Perrone, 3.6.1953)

[8] El rechazo del partido-programa ha unido a los liquidadores de las dos oleadas sucesivas, los evidentes que en 1982 quisieron disolver el Partido en los “movimientos sociales” y aquellos más insidiosos de 1983, que querían transformarlo en uno de tantos “núcleos” formativos de un Partido que estaba por inventar. Unos y otros perseguían significar con este rechazo su generoso y antiacadémico deseo de actuar moviéndose junto a los otros grupusculistas hijos de la degeneración del PCI, en vez de con aquellos de la putrefacción interclasista de 1968. Pero no tuvieron prisa, al manifestar aquel rechazo, de confesar su total abjuración del marxismo: el partido-programa, de hecho, es el Partido Histórico, es el “Partido en su larga acepción histórica”, del que hablaba Marx en la Carta a Freiligrath del 29.8.1860. Repudiar el partido-programa equivale a tirar a la basura el Partido Histórico, que nada tiene de distinto del programa integral del Comunismo, del programa del Ser humano en cuanto fundamento de la auténtica Comunidad.”Sólo los grupos que habían quedado en el terreno del Programa integral [tras la derrota de 1914] aseguraron la continuidad del Ser humano = partido-programa” (“Origen y función de la forma partido”, il programma comunista, nº 13 1961).

[9] Ver a propósito el Punto nº 3.

[10] Los epígonos del “Nuovo Corso” en 1984 no tuvieron el valor de enunciar la tesis de la compatibilidad entre la adhesión al partido y la fe religiosa, sino que se limitaron a exponer aquella según la cual la fe religiosa puede constituir un estímulo para la lucha anticapitalista, tomando como ejemplo miope el papel desarrollado por la “Teología de la Liberación” en América Latina. Afirmaron de hecho que “un rebelde (si bien no queremos usar el término revolucionario) puede utilizar, tal vez por un cierto período, elementos de la religión para dar fuerza ideal a su impulso físico de acción contra el capital” (“Il coraggio e la sfida”, Combat n4 4 1984). La tesis expuesta recalca casi literalmente las posturas togliatianas: “hemos afirmado e insistimos en afirmar que la aspiración a una sociedad socialista no solo puede abrirse camino en el hombre que tiene una fe religiosa, sino que tal aspiración puede encontrar estímulo en la misma conciencia religiosa, colocada frente a los dramáticos problemas del mundo contemporáneo”)

[11] En el artículo “Contra los misiles en Comiso y en cualquier otro sitio” (il programma comunista nº 1, 1983), que pertenece a la serie que los legítimos herederos del “Nuovo Corso” reivindican, se hipotetizaba por ejemplo la posibilidad, a partir de las iniciativas pacifistas, del “desarrollo de un movimiento de masas en el que la lucha por la paz no esté supeditada a cálculos políticos, y diera curso a iniciativas efectivas de lucha contra los aparatos militares y no únicamente a los citados”, delineando así la posibilidad que “el incierto y confuso movimiento” pacifista pudiera “en cualquier producir en alguna fracción por pequeña que fuera una comprensión mas amplia de lo que está en juego”, apoyándose en “el conjunto de iniciativas de lucha no solamente simbólicas y la intervención política polarizadora de los comunistas”, razón por la que, estando las primeras “en alguna manera condicionadas por las segundas” se preconizaba la intervención del Partido “desde el exterior y desde el interior del movimiento” pacifista con el objetivo de radicalizarlo.

[12] “En cualquier caso, cualquiera que pueda ser la táctica del partido (de participación en la campaña electoral con propaganda escrita y oral; de presentación de candidaturas; de intervención en el seno de la asamblea) esta deberá inspirarse no solo en los principios programáticos del mismo, sino en la manifestación de que en ningún caso las consultas a través de mecanismos electivos permiten a las clases explotadas dar una expresión adecuada a sus necesidades y a sus intereses y menos aún llegar a la gestión del poder político” (“La plataforma política del Partido”, 1945).

[13] En los años siguientes la táctica del “parlamentarismo revolucionario” fue efectivamente practicada por el P.C. Internacionalista y mas exactamente con ocasión de las elecciones políticas de 1948: “En 1947, valorando como la situación internacional hacía imposible la continuación de la colaboración gubernativa de la izquierda, Battaglia Comunista previó correctamente la apertura de una nueva fase maximalista en el PCI en la que la fraseología anticapitalista tiende a cubrir la tradicional política filo-rusa a nivel parlamentario y electoral. El análisis como siempre es lúcido y correcto, pero mucho menos las implicaciones políticas que de ello se derivaron. En la convicción de que el manifiesto fracaso de la política togliatiana abría espacios consistentes a la izquierda, los internacionalistas deciden participar en las elecciones de 1948, recogiendo en las poquísimas circunscripciones en las que se presentaron poco más de veinte mil votos. Un resultado no despreciable, pero ciertamente mucho menor de lo esperado. El fracaso de las esperanzas electorales reavivó las polémicas entre las diversas “almas” del partido”, por lo que “en el Congreso de Florencia (mayo 1948) el choque fue furibundo” (Materiales para la historia de la Izquierda”, Cuadernos del Centro de Documentación sobre la edad contemporánea de Savona, Enero de 2003, Nuova Serie) entre la corriente que de allí a 5 años dará vida al periódico “il programma comunista” –y que representa la auténtica continuidad histórica de la Izquierda- y

aquella que, haciendo valer la propiedad jurídica de la vieja cabecera, continuará publicando “battaglia comunista” y “prometeo”.

[14] “Le Tesi caratteristiche del Partito”, 1951 – Parte IV. 12.

[15] “O preparazione rivoluzionaria o preparazione elettorale”, Ed. il programma comunista, Parte V, “Bilancio finale”, Pág. 71.

[16] “O preparazione rivoluzionaria o preparazione elettorale”, Ed. il programma comunista, Parte V, “Bilancio finale”, Pág. 69.

[17] *Ibidem.*

[18] “Il cadavere ancora cammina”, folleto del Partito Comunista Internazionale “Sul filo del tempo”, mayo de 1953.

[19] “O preparazione rivoluzionaria o preparazione elettorale”, Ed. il programma comunista, parte IV, “Alla prova delle grandi battaglie di classe (1913-1926)”, Pág. 54.

[20] “Cretinismo in veste antiparlamentare”, il programma comunista, n° 10, 1974.

[21] “Diciamo la nostra sul referendum”, il programma comunista n° 7, 1974.

[22] *Ibidem.*

[23] Punti d’orientamento del Partito Comunista Internazionalista, Octavilla del 1° Maggio 1945.

[24] “La piattaforma politica del Partito”, 1945.

[25] “Yo no digo, ojo, que debemos aceptar las elecciones como un desafío en el terreno de la violencia: la oportunidad de aceptar las provocaciones de tal naturaleza se deciden con otros parámetros de estrategia política, que por hoy están excluidos. Pero, no pudiendo hablar de transformaciones de la campaña electoral en guerra de clase, debemos al menos cuidarnos de las actitudes políticas que hacen perder a las masas el sentido de la necesidad de la futura solución revolucionaria, como sucedería con la abstención, y especialmente con aquella forma tan estúpida de la misma que nos uniría a las plañideras reformistas que lloran sobre la libertad perdida, y sobre la ocasión perdida de haber tenido, al contrario que el fascismo, el mérito de haber cortado las garras al proletariado” (“Nostalgia abstencionista”, en “Stato Operaio” n° 5 de 1924).

[26] “Note integrative alla nostra riunione generale di novembre ’79”, il programma comunista, n° 3, 1980.

[27] *Ibidem.*

[28] “La farsa garibaldina”, “L’Avanguardia” del 22 dicembre 1912.

[29] “Dialogato con Stalin”, Ed. Sociali, Pág.. 57.

[30] “Dopo la garibaldina”, “Prometeo” n. 10 del giugno 1948.

[31] Informe de la Sección de Schio para la Reunión Organizativa, Marzo de 2003.

- [32] Ibídem.
- [33] Ibídem.
- [34] Ibídem.
- [35] Ibídem.
- [36]
- [37] Carta del Centro a Paris del 6.VII.1990.
- [38] Carta del Centro a Paris del 29.III.1993.
- [39] Ibídem.
- [40] “Ciò che li distingue da noi”, il programma comunista, n° 5, 1983.
- [41] La sección de Benevento-Ariano Irpino, por ejemplo, estaba al menos tan acertada como la de Schio al denunciar la degeneración activista que había afectado al conjunto del Partido, evidenciando en particular que “la cuestión no es definible como una «enfermedad del Centro»” dado que las “posiciones del Centro no son «enrevesadas», sino que responden a la veleidad activista de la «periferia»”. (“Porque se marchan”, il programma comunista, n° 1, 1983). Desde luego que también frente a este grito de alarma el Centro de entonces, moviéndose...” en plena continuidad y adherencia a nuestro programa histórico” como hoy se pretende sin enrojecerse, reaccionó decretando que los compañeros eran culpables del delito de ser metafísicos incompetentes en el noble deporte de la lucha política interna: “su «culpa» -sentenciaba “nuestro” periódico- no es tanto haber quedado aprisionados en una visión que consideramos metafísica,[...], sino aplicar esta metafísica también en las relaciones internas de partido, por lo que no están dispuestos a disciplinarse en la actividad de un partido con el que comparten los principios que incluso ven mal aplicados. Se declaran así incapaces de trabajar contracorriente, dirigiendo una lucha política interna” (“Porque se marchan” il programma comunista, n° 1, 1983).
- [42] Carta del Centro a Paris del 29.III.1993.
- [43] “O en la historia es posible fijar concomitancias generales entre espacios y tiempos lejanos, o de otra manera es inútil hablar de partido revolucionario, que forma por una forma de sociedad futura. Como siempre hemos tratado, existen grandes subdivisiones históricas y «geográficas» que dan giros fundamentales en la acción del partido: en campos que abarcan medios siglos y medios continentes; ninguna dirección de partido puede anunciar giros de ese tipo de un año para otro. Es propiedad nuestra este teorema, demostrado por mil verificaciones experimentales: propagandistas del «nuovo corso» igual a traidores” (“Dialogato coi Morti”).
- [44] Carta de la Sección francesa al Centro del 16.12.03.
- [45] “Il partito di fronte alle questioni sorte nel recente passato”, circular del 5.9.82 citada en el artículo “Perché se ne vanno” (“il programma comunista” n° 1, 1983).
- [46] Ibídem.
- [47] “Il pericolo opportunistico e l’Internazionale”, 1925.

[48] “Origine e funzione della forma partito”, il programma comunista, n° 13, 1961.

[49] “Struttura economica e sociale della Russia d’oggi”.

[50] *Ibidem*.

[51] Tras haber recordado que “la intervención del partido [...] es indispensable aunque solo sea para que la lucha reivindicativa [...] se lleve de modo radical y consecuente” y por tanto “reconquiste y emplee las armas elementales, los presupuestos mínimos, desarrollados de forma no efímera”, se afirmaba como ejemplo que, en consecuencia, “en una situación de crisis prolongada y general, si bien lenta en su traducción a tensiones sociales, y, con mayor motivo, políticas, el Partido ha empeñado y empeña hoy sus militantes en «representar en el presente el futuro del movimiento» aunque solo sea en la humilde, gris, anémica actividad reivindicativa”, a “establecer con la clase –aunque solo sea con su débil y a veces finísimo estrato de vanguardia- lazos potentes no solo en la difusión de lo que la recuperación de la clase exige como condición mínima, sino en la demostración de saber y estar preparados a combatir para que esta condición mínima se realice”, cuidándose siempre del “error [...] de ir a una necesaria batalla que no puede dar: ni subversión de situaciones, ni aumento en las filas del partido, ni conquista de amplias capas proletarias para el comunismo”. Si “la perspectiva que la crisis internacional nos abre no es de revolución, sino de ardua y constante preparación revolucionaria con vistas a un reinicio de la lucha de clases”, de tal preparación formaba parte tanto la creación en torno al Partido de una “franja progresivamente amplia” de conocimiento y simpatía, que definiera “el anillo concéntrico y por definición abierto de su influencia sobre la clase” como el necesario “entrenamiento a escala reducida de los militantes en tareas de ámbito mayores de las esperadas mañana” (“El sentido de nuestra acción «externa»” il programma comunista, n° 2 1976). Mas adelante, el artículo preconizaba además la necesidad, en la óptica antes marcada, la propuesta en aquella situación del frente único, entendido a nuestro modo, es decir, como unidad “desde abajo” de los proletarios dispuestos a defender de modo consecuente sus intereses inmediatos independientemente de sus convicciones políticas, y ello se hacía recomendando evitar “una aplicación mecánica a las condiciones actuales de las directivas ligadas a una coyuntura histórica bastante diversa” (“El sentido de nuestra acción «externa»” il programma comunista, n° 3 1976), sino identificando el abismo que separaba las dos diferentes situaciones históricas de 1921-1922 y 1975 solamente en el hecho de que “no hay hoy una Alleanza del Lavoro, ni sindicatos de clase cuya autonomía del estado burgués y de los partidos deba ser salvada” (*Ibidem*), y no lo identificaba también y sobre todo en la ausencia persistente de cualquier iniciativa no episódica de lucha autónoma de la clase obrera, como hubiera sido necesario. Y por ello sin poner en guardia ni sobre la necesidad de que tales indicaciones, para no ser burdamente distorsionadas, fuese limitada rigurosamente al proletariado de la industria y de la agricultura y no extendida impropiamente, dada la ausencia sobre la escena de los destinatarios de esa consigna, a grupúsculos que fueran, por el contrario, expresiones exclusivas o prevalentes de la burguesía media y los “movimientos” de ella procedentes, ni sobre la necesidad, no menos vital para prevenir otras y peores distorsiones, de no confundir –algo nada hipotético e improbable en una situación de parálisis persistente de la iniciativa autónoma de la clase obrera- organismo “abierto”, grupos de proletarios dispuestos a defender consecuentemente los propios intereses económicos inmediatos, con organismos que de abiertos solo tenían el nombre, no siendo además en la práctica mas que federaciones de grupos y grupúsculos de falsa izquierda malamente camuflados, dado que reunían únicamente o casi únicamente elementos politizados y por tanto expresaban aunque solamente fuera a escala reducida, el concepto y la realidad de aquellos “frentes únicos políticos” que nuestra corriente ha rechazado siempre. El énfasis puesto entonces sobre un sedicente “frente único proletario”, como opuesto al simétrico “frente unido burguesía-oportunismo”, a parte de toda consideración sobre la desproporción entre el ámbito y el “peso” de semejante consigna, por otro lado totalmente nueva para nuestro Partido en la posguerra, y la mínima sino microscópica realidad

a la que la misma se refería, no hacía más que destacar la gravedad de subestimar este segundo peligro, menosprecio que empecinadamente continuó hasta 1982 contra todas las resistencias opuestas por las Secciones a contactos reales con la clase obrera u que, a un cierto punto, llegó al absurdo de imponer al Partido incluso la intervención en cualquier “movimiento real” para suscitar un “interés proletario” que estaría presente también en los movimientos de índole y composición social pequeño-burguesa. La consigna demagógica de “frente unido proletario” tuvo por suerte una vida breve: tras haber sido abanderada justo en el período en que se publicaron los artículos sobre nuestras “acción «externa»” (véase a propósito “Frente unido proletario y organizaciones tradicionales, hoy” il programma comunista n° 1 1975 y “Bases objetivas y delimitación programática del frente unido proletario”, il programma comunista n° 6-7 1975) fue igualmente dejada a un lado. O mejor dicho, fue dejado a un lado el término ambiguo y espurio de “frente unido”, pero no sin que de aquel tronco se desarrollasen, aunque en forma distinta, las mismas desviaciones que después constituyeron la esencia del “Nuovo Corso” y el auténtico motivo de la lucha política ejercida por el Centro para imponer el uno y las otras a los recalcitrantes, con el inevitable corolario de expulsiones encadena que se derivaron y de la explosión final de 1982. Tampoco es irrelevante el hecho de que ya desde 1975 se teorizara que para constituir el famoso “frente unido”, nos debíamos dirigir no solo a “todos los proletarios que sienten instintivamente a que abismo y desarme le conduce la política oportunista”, sino también “a todos los revolucionarios organizados en la más amplia acepción de la palabra”. (“Bases objetivas y delimitaciones programáticas del frente unido proletario”, il programma comunista n° 6 1975) colocando así en el mismo plano a los proletarios y a los (sedicentes) revolucionarios. Lo que significa que los “frentes únicos políticos” después obstinadamente perseguidos no fueron el fruto de una simple omisión por parte del Centro en la indicación de en que condiciones debíamos intervenir para contribuir a la acción de organismos inmediatos de lucha sindical “abiertos” a todos los trabajadores y en que condiciones debíamos intervenir para promover su constitución, sino de una deliberada voluntad de forzar ambas condiciones para promover de forma activista la intervención a cualquier coste y en cualquier tipo de comité.

[52] Ver a propósito el siguiente Punto n° 6.

[53] ¿Classe, Partito e Stato ?

[54] Prólogo a las “Tesis del P.C. de Italia para el IV Congreso de la Internacional Comunista, Moscú, Noviembre de 1922” (“En defensa de la continuidad del programa comunista”, 1970).

[55] *Ibidem*.

[56] “Tesis sobre la táctica del P.C. de Italia, Roma Marzo de 1922”, “En defensa de la continuidad del programa comunista”, Pág. 38.

[57] Esta es la postura que se nos atribuye inconscientemente, pero no es la nuestra como resulta del hecho evidente que hemos utilizado en este mismo texto también artículos publicados en los años 70, en tanto están alineados con el cuerpo invariable de las Tesis de Partido.

[58] “Nota elementare sugli studenti”, il programma comunista, n.8, 1968.

[59] *Ibidem*

[60] *Ibidem*

[61] “Dal crollo del tempio della cultura è ora di trarre una lezione rivoluzionaria di classe”,

(“Del hundimiento del templo de la cultura es hora de extraer una lección revolucionaria de clase”) il programma comunista, n° 4, 1977.

[62] Lettera a Terracini, 4 de marzo de 1969.

[63] “La balda gioventù studentesca”, L'Avanguardia, a. VI, n. 245, 26 de mayo de 1912.

[64] *Ibidem.*

[65] *Ibidem.*

[66] “La teoria della funzione primaria del partito politico, sola custodia e salvezza della energia storica del proletariato – I vari materialismi”, Reunión interfederal de Parma, 20 y 21 de setiembre de 1958 (Recogido en las Riunioni di Partito, Volume N. 5, Pág.. 135).

[67] “Tavole immutabili della teoria comunista di partito - Il comunismo rozzo”, in “Soluzioni classiche della dottrina storica marxista per le vicende della miserabile attualità borghese –Informe a la Reunión de Milan del 17-18 octubre de 1959” (Recogido en las Riunioni di Partito, Volume N. 6, Pág.. 76).

[68] *Ibidem.*

[69] “Dialogato coi Morti”.

[70] “La teoria della funzione primaria del partito politico, sola custodia e salvezza della energia storica del proletariato – I vari materialismi”, Reunión Interfederal de Parma, 20 e 21 setiembre de 1958 (Recogido de las Riunioni di Partito, Volume N. 5, Pág.. 135).

[71] “I caratteri della società comunista e la natura borghese di ogni economia mercantile, monetaria e di salariato” párrafo 16 (“Il comunismo grossolano”), il programma comunista, números 15-18, 1959.

[72] “Il programma rivoluzionario della società comunista elimina ogni forma di proprietà del suolo, degli impianti di produzione e del prodotto del lavoro. Corollari della Riunione di Torino – Utopia e marxismo”, 1-2 Junio de 1958 (Recogida de las Riunioni di Partito, Volume N. 5, Pág.. 76).

[73] “Figure di precursori. Tomaso Münzer”, Prometeo, n° 4, 1924, Pág.. 86.

[74] “La invarianza storica del marxismo”, en el opúsculo «Sul Filo del Tempo», publicado por el Partito Comunista Internazionalista en mayo de 1953.

[75] “I caratteri della società comunista e la natura borghese di ogni economia mercantile, monetaria e di salariato” parágrafo 18 (“Marx e il «comunismo rozzo»”), il programma comunista, números 15-18, 1959.

[76] *Ibidem.*

[77] “La invarianza storica del marxismo”, en el opúsculo «Sul Filo del Tempo», publicado por el Partito Comunista Internazionalista en mayo de 1953.

[78] *Ibidem.*

[79] “Il programma rivoluzionario della società comunista elimina ogni forma di proprietà del suolo, degli impianti di produzione e del prodotto del lavoro. Corollari della Riunione di Torino – Utopia e marxismo”, 1-2 junio de 1958 (Raccolta delle Riunioni di Partito, Volume N. 5, Pág. 76).

[80] Los “planes de sociedad futura, repúblicas, colonias aisladas de hombres libres de desigualdad, servidumbre y explotación” que “diseño la literatura de todos los siglos [...] fueron debidos a inteligencias potentes”. “Soñaron espíritus insignes la Ciudad de Dios o la Ciudad del Sol, otros buscaron y proyectaron la nueva Ciudad del Hombre, y creyeron vencer proponiendo su diseño a los poderosos de la época o a la fuerza de la opinión general... Vayamos mas allá. Pero no porque, burlándonos de poetas y místicos, apóstoles y misioneros, nos complazcamos en la bajeza del escepticismo, del agnosticismo, del eclecticismo que se muestra en los ojos y en lo mas ciego del individuo, sino porque consideramos positivo y seguro el estudio de la ciudad del mañana, y aún mas la batalla por conseguirla” (Exploradores del mañana”, Battaglia comunista nº 6, 1952).

[81] “Dialogato coi Morti”.

[82] Aquí la Izquierda aclara que burdo (y por ello “ingenuo y atrasado”) fue el “primer comunismo coetáneo de la gran revolución francesa” en cuanto adolecía de un “error de perspectiva, fruto del tiempo”, error representado por el hecho, ante una “práctica perdida de un pequeño legado de la dignidad de productor autónomo y autosuficiente”, de presentar la inversión de esta alienación “como la reconquista de las parcelas perdidas y la asignación a cada miembro de la sociedad de un parcela libre” (“Los caracteres de la sociedad comunista y la naturaleza burguesa de toda economía mercantil, monetaria y de salariado”, párrafo 16 “El comunismo burdo”, il programma comunista, números 15-18, 1959).

[83] “Nos interesa hacer ver que nuestro término inmediatismo –a combatir junto a los estalinistas-kruchovistas y falsas izquierdas comunistas- tiene cien años de antigüedad. Fue introducido por Marx en la crítica a la primera forma incompleta del «comunismo burdo», sobre el que nos hemos extendido. En esta primera formulación del programa de la clase obrera la supresión de la propiedad privada aparecía como su generalización y su perfeccionamiento. La justa crítica de Marx quiere mostrar como la fórmula «ningún propietario y ningún proletario». Aparece previamente como la ingenua «todos propietarios y todos proletarios». Es justamente el error de los rusos con su «propiedad de todo el pueblo» y de los obreristas de izquierda tipo «Socialismo o Barbarie» con su reivindicación de la gestión de la fábrica por los obreros, y todos obreros” (“Tavole immutabili della teoria comunista del Partito”, il programma comunista" n. 5 1960).

[84] “Esploratori nel domani”, Battaglia comunista, nº 6, 1952.

[85] Ibídem.

[86] Ibídem.

[87] Como demostración de la recurrencia de la acusación de marxismo vulgar (y por tanto de lo invariable del oportunismo) recordamos que los centristas alineados con Moscú identificaron en dicha desviación uno de los pecados originales de nuestra corriente, exponiendo a público escarnio a nuestro representante, que había osado afirmar que de lo que los delegados habían comido se podían extraer deducciones sobre la bondad o no de las deliberaciones políticas a las que habían llegado.

[88] La manía de manipular el Programa para derivar de el implicaciones estratégicas

“concretas” capaces de desnaturalizarlo y la acusación de economicismo hacia los revolucionarios que niegan tal necesidad porque precisamente están convencidos de que serán los factores económicos los que impulsen a los proletarios hacia nosotros, es una frecuente enfermedad que se extiende no sólo en el interior de nuestra organización sino también y sobre todo en el exterior de ésta. De esto es un ejemplo edificante con lo que nos deleita el grupo “Lotta Comunista”. Según ellos sería de hecho preciso “enfocar el carácter dialéctico de la relación entre estructura y superestructura, dirigiendo la crítica tanto hacia el mecanicismo, que reduciría el análisis político a valoración econométrica como hacia la ilusión de la primacía de la política que no contempla la determinación efectiva económica” (A. Cervetto “L’involucro politico”, Ed. Lotta Comunista, 1994). Y al mismo tiempo demoler “el indiferentismo político” de nuestra corriente (Pág. 146) y su “insuficiencia estratégica” (Pág. 150). La ausencia en la Izquierda de una “estrategia, fundada científicamente en el análisis del proceso real de desarrollo capitalista en la etapa imperialista” habría particularmente conducido a nuestra corriente a la aberración de considerar que “dado que la concentración de capital determina el centralismo político [...] la democracia se transforma en fascismo” (Pág. 171). ¡Horror! Horror mecanicista e indiferentista, chillan los “leninistas”: se osa afirmar que “no se puede ya utilizar una forma política [la democracia] que está acabada porque está acabada la situación estructural que la determinaba” (Pág. 178). Deducimos de ello que, así como todos los salmos terminan en gloria, según los gustos de nuestros “leninistas”, los proletarios pueden aún usar a Madame Democracia...

[89] “Teoria e azione nella dottrina marxista”, 1951, punto 4, en “Partito e classe”, Pág.. 119.

[90] “Dittatura proletaria e partito di classe”, 1951, en “Partito e classe”, Pág.. 65-66.

[91] Informe a la Reunión General del Partido del 2001.

[92] Ibídem.

[93] “Activismo” (“Battaglia comunista” nº 6 y 7 de 1952). Se nota de pasada aflorar en el léxico bujariniano el término “vulgar” para estigmatizar las posiciones de la Izquierda.

[94] “Politique d’abord no quiere solo decir: tras la masa está la base, tras la realidad contingente de las situaciones económicas, técnicas, constructivas, administrativas, están las formaciones políticas en las que se divide la nación, los partidos. Quiere decir también detrás de estos, que aún no se han alineado ni puesto en actividad (ni se sustraerán ya, en primer lugar a un conformismo «risorgimentale», después a un par de conformismo retóricamente, convencionalmente contrarios entre sí, que ya no se liberarán de la pasividad de los años 20, y quieren ser de estilo popular-progresista). Y ahora, si las clases y los partidos no están presentes, la fórmula, desvergonzada pero sincera, ¿a que relaciones de fuerza se refiere? ¿Cuáles son los actores sobre el escenario, excepto para indagar después que los actores y especialmente los protagonistas no sean sino marionetas de las cuales alguien maneja los hilos?. Todo se reduce a una intriga entre personajes, entre «personalidades», entre «hombres políticos»; esto se confiesa abiertamente” («Politique d’abord»!, en «Battaglia Comunista», nº 15 4-17 setiembre de 1952).

[95] “Dialogato coi Morti”.

[96] “Los factores de raza y nación en la teoría marxista”, Ed. Iskra, Pág.. 23.

[97] Que la Alquimia es una magnífica anticipación del materialismo dialéctico lo dice la Izquierda de hecho entre líneas, pero de manera inconfundible: “acertadamente había dicho el alquimista de hace mil años corpora non agunt nisi soluta, los cuerpos únicamente son activos en una solución, y la ciencia al final siempre es vieja y nueva” (Estructura económica y social de la

Rusia de hoy”, Ed Contra Pág. 322. Lo que significa: a) que la alquimia es una ciencia; b) que la nueva ciencia (materialismo dialéctico) también es vieja en tanto incorpora elementos esenciales de la antigua (alquimia), que, a su vez, era también nueva en tanto había sabido anticipar el porvenir. Es una sonora bofetada a los presuntuosos epígonos que han tenido la indecencia de aplicarnos la ofensa de “esoterismo”.

[98] “Origine e funzione della forma partito”, il programma comunista, n° 13, 1961.

[99] “Partito e classe”

[100] Dictionario Medico italiano UTET.

[101] Enciclopedia italiana UTET.

[102] “Espartaco lo ha dicho poco antes de morir: «La victoria será nuestra porque Spartacus significa fuego y espíritu, alma y corazón, acción violenta de la Revolución proletaria. Spartacus significa todas las miserias, todo el deseo de felicidad del proletariado. Significa el socialismo, la revolución mundial»” (“En la roja luz del sacrificio” «Il soviet» n° 6 26 de Enero de 1919).

[103] “Por lo que respecta la táctica, es decir, la acción del partido en relación con las situaciones, consideramos que las formulaciones presentadas por la central del partido son muy peligrosas. Se dice por ejemplo que el partido debe permanecer «en cualquier situación» en contacto con las masas para ejercitar una influencia predominante sobre las mismas. Esta tampoco es una tesis de Lenin. Lenin formuló la tesis de la conquista de la mayoría en un período en el que se considera procedente una lucha por la conquista del poder. Lenin opone esta tesis a la tesis de la «ofensiva», tesis según la cual al partido comunista le sería posible luchar por la conquista del poder sin tener bajo su control una parte decisiva de las masas. Aceptamos la tesis de Lenin tal como él la ha formulado, para el período que precede a la conquista del poder, pero rechazamos la extensión que ahora se quiere hacer y consideramos por el contrario esta extensión como un paso hacia el oportunismo. La misma contradice por otra parte también toda la historia del bolchevismo. Esta historia ha mostrado que existen períodos en los que es mejor ser pocos que muchos” (“Intervención de la Izquierda en la Comisión política para el Congreso de Lyon”, en “Crítica marxista”, setiembre-diciembre de 1963, pp. 308-313 y en A.Bordiga, “Obras escogidas”, Feltrinelli, Pág. 186.

[104] Ver a propósito el volumen de P. Spaggiari y C. Trebbia, “Medicina cuántica”, Ed. Tecnico Nuove, 2002, al que remitimos no por gusto de erudición sino porque los conceptos en el expuestos representan una victoria del materialismo dialéctico, y por ello nos interesan directamente.

[105] Marx a Engels, 18.5.1859, cita extraída de nuestro texto “Origine e funzione della forma partito” (il programma comunista, n° 13, 1961).

[106] “Una vez descubierto que la clave del mecanismo del sistema capitalista no es el ansia de los capitalistas individuales de disfrutar de los beneficios, sino la exigencia impersonal del capital social de incrementarse por el plusvalor, fuerza social que solo una Revolución podrá abatir, queda demostrada la necesidad de la muerte del capitalismo, y por ello su científica no-existencia potencial declarada por Marx” (“Ciencia económica marxista como programa revolucionario – El capitalismo «no existe»” (Resumen de las Reuniones del Partido, Volumen n° 6 Pág. 146).

[107] “Partito e classe”, Pág.. 40.

- [108] Prefacio a “Dialogato coi Morti”.
- [109] “Appunti per le tesi sulla questione di organizzazione”, 1964.
- [110] “Fronte unito proletario e organizzazioni tradizionali oggi” il programma comunista, n° 1. 1975.
- [111] “Tesi caratteristiche del Partito” (1951).
- [112] “Resumen de las tesis expuestas en la Reunión de Florencia, 8-9 Setiembre 1951” Del folleto Sul Filo del Tempo, publicado por el Partido Comunista Internacionalista en mayo de 1953.
- [113] “Tesi sul compito storico, l’azione e la struttura del partito comunista mondiale secondo le posizioni che da oltre mezzo secolo formano il patrimonio storico della sinistra comunista (Tesi di Napoli)”, 1965, Punto n° 9.
- [114] “Sulla via del «partito compatto e potente» di domani”, il programma comunista, n° 18, 1977.
- [115] *Ibidem.*
- [116] De hecho, caracteriza a nuestra corriente “la tesis central de la invarianza contraria a la herejía del enriquecimiento del comunismo marxista” (“Tablas inmutables de la teoría comunista del Partido” il programma comunista n° 5 de 1960).
- [117] “Fronte unito proletario e organizzazioni tradizionali oggi” il programma comunista, n° 1. 1975. En 1975 se había hecho admisible incluso afirmar que el Partido ¡”se construye”!. El texto “Partido y acción de clase” en donde se lee que “no se crean ni los partidos ni las revoluciones. Se dirigen los partidos y las revoluciones”, evidentemente se usaba como papel higiénico... Y el mismo destino estaba reservado también a otro texto fundamental (El partido comunista Ordine Nuovo del 1 de mayo de 1921), en donde la Izquierda afirma que los Partidos comunistas no se construyen, sino que se forman: “Los Partidos de la clase proletaria no son solo los depositarios de la experiencia crítica que procede de los hechos de la lucha de clase, sino que son los resultados reales de la misma lucha y se forman y se descomponen según un proceso que sigue las fases de la vida del mundo capitalista, de las que es reflejo y efecto, y constituye la parte más sugestiva del fenómeno según el que, en su evolución, el régimen actual separa en el seno de la sociedad las fuerzas que deberán destruirlo: sus sepultureros”.
- [118] “Fronte unito proletario e organizzazioni tradizionali oggi” il programma comunista, n° 1. 1975.
- [119] Circular del BFC del Partito Comunista Internazionale del 25 de Noviembre de 1981: “La cuestión de fondo es la visión materialista de las cosas, y admitir que existen al lado del partido, fuera del mismo, vanguardias, elementos avanzados, individuos y grupos mas o menos estructurados, mas o menos formalizados, impulsados a batirse contra el orden existente, y a organizar o a tratar de organizar en torno así a fracciones de la clase obrera”. De lo que se deduce que estas vanguardias, coincidiendo con los “individuos o grupos mas o menos estructurados y formalizados” en busca de un seguimiento entre los obreros, no se identificaban en absoluto con sectores obreros combativos y en la vanguardia de las luchas reales, sino con formaciones políticas mas o menos estructuradas, formaciones que de obreras tenían muy poco (de otra manera no hubieran aspirado a hacer prosélitos, que evidentemente no tenían, en el seno de la clase obrera), pero que de político tenían por el contrario mucho, ya que se afirma que estaban “impulsadas a

batirse contra el orden existente”, como es habitual en la pequeña-burguesía enfurecida. Ahora, el texto sigue preguntándose: “¿Se trata de vanguardias?” y responde: “Si, porque combaten y buscan organizar el combate contra el enemigo cuando el grueso de la tropa aún no lo hace”. Con el resultado de hacer creer que la masa obrera aún inmóvil fuera el grueso de una tropa en espera solo de la orden de ataque para pasar a la acción, mientras en realidad era simplemente una masa obrera que en absoluto podía definirse como “tropa”, en cuanto no estaba ni movilizada ni, mucho menos, armada para una batalla inminente.

[120] “Considerazioni sull’organica attività del Partito nelle situazioni storicamente sfavorevoli”, 1965 (“In difesa della continuità del programma comunista”).

[121] “Contenuto originale del programma comunista è l’annullamento della persona umana singola come soggetto economico, titolare di diritti ed attore della storia umana” (Recopilación de las Reuniones de Partido, Vol. n° 5, Pág.. 140).

[122] “La piattaforma politica del partito”, 1945.

[123] Ibidem.

[124] Ibidem.

[125] “Gli intellettuali e il marxismo”, Battaglia comunista, n. 18, 1949.

[126] Ibidem.

[127] Ibidem.

[128] “La natura del partito comunista”, L’Unità, 26.7.1925.

[129] “Un programma: l’ambiente”, “L’Avanguardia” del 1° giugno 1913.

[130] “Gli intellettuali e il marxismo”, Battaglia comunista, n. 18, 1949.

[131] “Tesis sobre la tarea histórica, la acción y la estructura del partido comunista mundial según las posiciones que desde hace medio siglo forman el patrimonio histórico de la izquierda comunista (Tesis de Nápoles)”, 1965 (“En defensa de la continuidad del programa comunista”, Pág. 176).

[132] Sabemos que, si es cierto que los intelectuales “están contra el trabajador” también “por esa aversión constitucional que ha tenido siempre la servidumbre intelectual, admitida en la mesa del señor, contra la servidumbre del sótano y de la buhardilla”, es igualmente cierto que “no todos son así”; pero también sabemos que políticamente “la excepción no importa” (“Los intelectuales”, Prometeo, n° 1 15 enero 1924, Pág. 8)

[133] “Los intelectuales y el marxismo” Battaglia comunista, n° 18, 1949.

[134] “Los marxistas y la religión” il programma comunista n° 14 de julio de 1964.

[135] “La natura del Partito Comunista” L’Unita, 26 de julio de 1925.

[136] “Un programma: el ambiente”, “L’Avanguardia” del 1 de junio de 1913.

- [137] Ibidem.
- [138] Ibidem
- [139] “Contenuto originale del programma comunista è l’annullamento della persona umana singola come soggetto economico, titolare di diritti ed attore della storia umana” (Recopilación de las Reuniones del Partido, Vol. n° 5, Pág.. 141).
- [140] “ No tenéis experiencia con los intelectuales y no sabéis suficientemente como son de vacíos, tontos, viles e incapaces de moverse ni un milímetro de los prejuicios dominantes. Desde hace cuarenta años he aprendido a fondo cuanto mas fácilmente capta un auditorio obrero tesis audaces y radicales, en contra de las ideas tradicionales, allí en donde los bienpensantes tal vez con diversos diplomas responden enunciando enormes y piadosas tonterías” (Carta a Salvador, 23 de Noviembre de 1952).
- [141] “Partito socialista e organizzazione operaia”, L’Avanti! 30 de enero de 1913.
- [142] “Il problema della cultura”, L’Avanti!" del 5 de abril de 1913.
- [143] “La nostra missione”, "L’Avanguardia" del 2 de febrero de 1913.
- [144] “Sabíamos perfectamente [...] que los partidos oportunistas no se disolverían de golpe, sino tras una larga agonía que nos haría asistir a la expulsión de estos organismos putrefactos de toda clase de porquerías. Y hoy, cuando el deshilachamiento de estos partidos ha comenzado por fin, estas porquerías, bajo la forma de innumerables grupos y grupitos, de parodias de grandes partidos y de sectas varias, contaminan el aire de la lucha de clases, haciendo tragar al proletariado las peores porquerías endulzadas con una fraseología pseudo-violenta y falsamente revolucionaria. Y, es inútil decirlo, todo esta marea de porquería encuentra su terreno mas favorable en las aulas de la universidad burguesa, entre los estudiantes, los intelectuales, la «intelligentsia» que en su ignorancia presume de tener algo que enseñar a la clase proletaria, cuando tendría que aprender todo asistiendo a la escuela de las batallas proletarias de ayer y de hoy, con total humildad” (il programma comunista n° 13 de 1968).
- [145] “Los fundamentos del comunismo revolucionario”
- [146] il programma comunista. N° 6, 1969.
- [147] Lenin, “Che fare?” Ed. Riuniti.
- [148] Ibidem, Pág.. 40-41.
- [149] “Rusia y revolución en la teoría marxista”, Pág. 176
- [150] Ibidem.
- [151] Tras recordar el hecho de que “Marx y Engels eran intelectuales burgueses” Lenin observa como ejemplo que “también en Rusia la doctrina teórica de la socialdemocracia surge independientemente del desarrollo espontáneo del movimiento obrero; surge como resultado natural e inevitable del desarrollo del pensamiento entre los intelectuales socialistas revolucionarios”, categoría que, “armada con la teoría socialdemócrata, alimentaba el deseo ardiente de acercarse a los obreros” (“¿Qué hacer?”) Ed. Riuniti, Págs. 63-64). ¿Cómo es posible no apreciaren esta representación del Partido comunista como un partido de intelectuales burgueses, que se forma

independientemente del movimiento obrero y al margen del mismo, un reflejo ideológico, político y organizativo del atraso del movimiento obrero ruso, del carácter aún semifeudal de la sociedad rusa y por tanto de la exigencia de una revolución que era todavía en gran medida una revolución burguesa? Ciertamente por la existencia de estos caracteres específicos y limitados por lo que la Izquierda definió el bolchevismo como “planta de todo clima”.

[152] “Schema di circolare”, Febbraio 1953.

[153] Lenin, “La posición del partido obrero ante la religión” 26-5-1909 (Obras Completas, vol. XV, Pág. 381), republicado en “il programma comunista” n° 3, 2000. En un escrito contemporáneo al citado la Izquierda italiana, que, al contrario que Lenin, no tenía que desenredar los problemas de una doble revolución, afirmaba nítidamente la incompatibilidad entre fe religiosa y pertenencia al Partido revolucionario: “Aún admitiendo una total buena fe, quien tiene opiniones filosóficas cristianas debiera filosofar en donde mejor crea, pero nunca en las filas del Partido Socialista” (“¿Socialismo cristiano?” “L’Avanguardia” del 21 de diciembre de 1913).

[154] “La piattaforma politica del partito”, 1945.

[155] “No es posible llevar la lucha para destruir los límites de una economía con empresas privadas y balances individuales sin tomar de manera abierta una postura antirreligiosa y anticristiana” (“Tracciato d’impostazione”, 1946, Pág. 16). Tales posturas son por otro lado la misma del Partido-Marx, quien afirmó sin medias tintas que “los principios sociales del Cristianismo han justificado la esclavitud antigua, han exaltado la servidumbre en el Medievo, e incluso aceptan, en caso de necesidad, propugnar la opresión del proletariado, si bien con un lustre un poco llorón”, concluyendo: “los principios sociales del Cristianismo son hipócritas y el proletariado es revolucionario” (“Il Comunismo dell’Osservatore renano”, 1847).

[156] “E invitamos a los proletarios conscientes, que quieren luchar por la destrucción del capitalismo y por el triunfo del comunismo en el mundo entero, a responder duramente en la cara de los sacerdotes progresistas, con o sin sotana, con o sin cuello blanco: LOS OBREROS REVOLUCIONARIOS NO TIENEN NECESIDAD DE PASTORES. UNA SOCIEDAD EN LA QUE HAY PASTORES ES UNA SOCIEDAD COMPUESTA DE OVEJAS. LOS OBREROS REPRESENTAN LA CLASE MAS REVOLUCIONARIA DE LA HISTORIA, Y NO TIENEN NINGUNA INTENCIÓN DE SER TRANSFORMADOS EN OVEJAS. EL PROLETARIADO REVOLUCIONARIO LUCHA POR UNA SOCIEDAD EN LA QUE NO HAYA NI OVEJAS NI PASTORES: POR LA SOCIEDAD COMUNISTA” (“Curas o Pastores, siempre al servicio del Capital” il programa comunista n° 15, 1966).

[157] “El cura católico que engaña a los muchachos (leo causalmente este hecho en un diario alemán) es para la democracia mucho menos peligroso que el cura sin sotana, que el cura que no tiene una religión burda, que el pope idealista y democrático que predica lo edificante y la creación del buen dios. Porque es fácil desenmascarar, condenar y cazar al primero, pero no es tan sencillo deshacerse del segundo con la misma facilidad y es mil veces mas difícil desenmascararlo” (Lenin, Carta a Máximo Gorki, 14-11-1913).

[158] “La continuidad de acción del Partido en el hilo de la tradición de la Izquierda” il programma comunista, n° 3 1967

[159] Nota de la Sección de Schio para la Reunión Organizativa de marzo de 2003.

[160] Ibídem.

[161] Ibidem.

[162] Ibidem.

[163] Lo absurdo de prever, por ejemplo, 5 fases distintas (contacto, lectura, trabajo con los militantes, candidatura, militancia) llega incluso al ridículo. ¿En donde está escrito por ejemplo que el contacto debe preceder a la lectura? ¿Tal vez se quiere negar al lector que encuentra nuestra prensa en una librería antes de haber tomado con alguien la posibilidad de entrar en el Partido? ¿Y en donde está escrito que la lectura deba preceder al trabajo con los militantes? Si un analfabeto entra a trabajar en una fábrica junto a nuestros militantes y solo después empieza a leer el periódico ¿le serían opuestos vetos? Y el contacto a su vez, si no responde a una curiosidad estéril o sospechosa ¿en que se distingue de la candidatura? Contactando con el Partido, ¿que hace un proletario, sino avanzar en los hechos su candidatura a la entrada? ¿O necesita primero llenar un impreso al efecto?

[164] “En el período de la segunda guerra mundial, el oportunismo que ha conquistado las filas de la III Internacional –cuyo proceso histórico se conoce mejor que al desarrollado en Rusia de 1917 hasta hoy- ha dado un significado mas intenso en sentido derrotista que el del clásico oportunismo derrotado por Lenin. Según el plan de los nuevos oportunistas, la burguesía obtendrá una tregua en cada lucha de clase, e incluso una colaboración directa en los gobiernos nacionales y en la construcción de nuevos organismo internacionales, no solo durante el período de guerra y hasta la derrota del monstruo nazi, sino durante todo el período histórico siguiente, del cual no se ve el final. Y durante el cual el proletariado mundial debiera vigilar, conchabado con todos los organismos del orden constituido, a que el peligro fascista no resurja, y colaborar en la reconstrucción del mundo capitalista devastado por la guerra (y por ello se quiere decir la guerra del Eje). De esta forma el oportunismo no promete ni siquiera volver una vez acabada la guerra a la autonomía de la acción de clase de los trabajadores” (“El curso histórico del movimiento de clase del proletariado. Guerra y crisis oportunista”, en “Para sistematizar de forma orgánica los principios comunistas”, Pág. 88). “El estalinismo asume las características mas deterioradas de las dos olas anteriores de oportunismo” (“Tesis características del partido – diciembre de 1951”, en “En defensa de la continuidad del programa comunista”, Pág. 162).

[165] Ver a propósito lo que correctamente afirmaron los compañeros de “N+1” en 1994:” ¿Por qué precisamente la Izquierda Italiana y no por ejemplo la Izquierda alemana? Hemos buscado identificar las razones y hemos estudiado las particularidades de nuestro país, por donde pasan todas las corrientes históricas (además de los ejércitos ocupantes y liberadores), en donde hacen los experimentos sociales mas arriesgados para después abandonar el terreno y aplicar los resultados en situaciones que representan un mejor ambiente para su cultivo definitivo. He ahí por lo que hemos avanzado, en la Carta a los compañeros sobre el 18 brumario del partido que no vemos, en la situación actual italiana, una burguesía deseosa de una solución fascista a los propios problemas que busque de todas las maneras la muerte del viejo aparato heredero del fascismo para hacer nacer uno nuevo, que por ahora denominamos “el partido que no hay”. Efectivamente, la Izquierda procede de un clima fecundo para la madurez teórica: este es el país capitalista más antiguo, en donde la revolución nacional no tuvo que ser antifeudal por la simple razón de que el feudalismo había desaparecido muchos siglos atrás, si alguna vez hubo alguno pleno. Este es también, y justo por las razones mencionadas, el primer país en el que el capitalismo ha sido llevado a sus últimas consecuencias con el fascismo, reacción a la creciente dificultad de la economía financiera salida de la Primera Guerra mundial, pero también baluarte burgués contra la Revolución de Octubre. La revolución rusa era mistificable en tanto que doble: “democrática” y proletaria. Demasiadas consignas aún de tipo democrático; demasiada la influencia de lo antiguo sobre la acción, sobre el lenguaje, sobre la táctica. La revolución alemana no tenía necesidad de ser mistificada porque contenía en su programa los gérmenes de la propia negación: la democracia realizada en vez de

superada; la autodisciplina y la espontaneidad en vez del partido centralizado como órgano de la revolución; los consejos espontáneos en vez del Estado de dictadura proletaria. El Fascismo y la Izquierda fueron la respuesta concreta y mundial por parte de la burguesía y por parte del proletariado. El Fascismo se hizo mundial como modelo de dominio, la Izquierda se convierte en la expresión teórica coherente de la superación de la III Internacional: partido único mundial en vez de partidos comunistas nacionales” (Diez años, Carta a los compañeros nº 30, 1994)

[166] “La continuidad de acción del Partido en el hilo de la tradición de la Izquierda” il programma comunista nº 4, 1967

[167] “Con Lenin se restaura la línea de principio derribando los datos de las dos «revisiones» la socialdemocrática y la socialpatriótica” (“Resumen de las tesis expuestas en la reunión de Florencia, 8-9 de septiembre de 1951”, Parte IV, punto 5, en “Por la sistematización orgánica de los principios comunistas”, Pág. 17)

[168] “Schema di circolare”, Febrero 1953.

[169] “Riassunto delle tesi esposte nella riunione di Firenze, 8-9 settembre 1951”, Parte IV, punto 6 (“Por la sistematización orgánica de los principios comunistas”, Pág. 17)

[170] “¿Qué es el Partido Comunista Internacional?” il programma comunista, Diciembre de 1995

[171] “De la crisis de la sociedad burguesa a la revolución comunista mundial – Manifiesto del Partido Comunista Internacional” 1981

[172] “Como planteamos hoy la Cuestión Nacional y colonial”, il programma comunista, nº 5/6, 1998

[173] Carta de Engels a Sorge, 12 y 17 de septiembre de 1874.

[174] F. Engels, Carta a Laura Lafargue, 28 de junio de 1889, en Marx-Engels, Obras Completas, vol. XLVIII, p.256-

[175] Francuzskij Ežegodnik, 1962, Moskva, Izd. Akademii Nauk SSSR, 1963, p. 478, citado en G. Haupt, “La II Internazionale”, La Nuova Italia, 1973, Pág. 9.

[176] “A un siglo de la fundación de la I Internacional” il programma comunista, nº18-21, 1964

[177] “Como planteamos la Cuestión nacional y colonial hoy”, il programma comunista, nº 5/6, 1998.

[178] P.C. Internazionale, Informe a la Reunión General de 1996, Pág.. 18-19.

[179] P.C. Internacional, “La situación económica en Alemania durante la república de Weimar y la política de la socialdemocracia”, Materiale di lavoro, nº 15, Pág. 7.

[180] P.C. Internacional, Informe a la Reunión General de 1996, Pág. 18.

[181] Lenin, “¿Qué hacer?”

- [182] Nota introductoria a “Riforma sociale o rivoluzione?”, R. Luxemburgo, Scritti scelti, Ed. Riuniti, Pág. 134
- [183] “Consideraciones sobre la actividad orgánica del partido cuando la situación es históricamente desfavorable” (1965), punto 13, En defensa de la continuidad del programa comunista, Pág. 168.
- [184] “Appello per la riorganizzazione internazionale del movimento”, Hoja a ciclostil, 1949.
- [185] P.C. Internacional “La situación económica en Alemania durante la República de Weimar y la política de la socialdemocracia” Materiale di lavoro, Vol. N° 15, Pág. 7.
- [186] P.C. Internacional, Informe a la Reunión General de 1996.
- [187] Lenin, “¿Qué hacer?”, Ed. Riuniti, Pág. 43
- [188] “La figura social del obrero cualificado [...] se encontraba objetivamente próxima a los cuadros técnicos y directivos con los cuales compartía a menudo las concepciones sobre la empresa y el trabajo y con los cuales, al menos hasta cierto punto, difícilmente rompía con acciones como las huelgas pero, al mismo tiempo, detentaba un cierto poder en virtud de sus conocimientos técnicos (como bien comprendió Taylor); y era precisamente esta figura social la que estaba en el centro de la acción del socialismo y del sindicalismo alemán” (P.C. Internacional “La situación económica en Alemania durante la república de Weimar y la política de la socialdemocracia” Materiale di lavoro, Vol. N° 15 Pág. 4).
- [189] Nota introductoria a “¿Riforma social ó revolución?” R. Luxemburgo, Scritti scelti, Ed. Riuniti, pág. 137
- [190] P.C. Internacional, Informe a la Reunión General de 1996, Pág. 25
- [191] Ibidem.
- [192] P.C. Internacional, Informe a la Reunión General de 1996, Pág. 10
- [193] L. Trotsky. “Terrorismo y comunismo”.
- [194] “1922. Se quiere que el partido italiano, que en el Congreso de Roma ha establecido en sus tesis de organización sus objetivos (única oposición a la derecha: Tasca y Graziadei; inapreciables en la organización) que no solo cambie sus ideas sobre la táctica general y acepte el frente único y el gobierno obrero, sino que se fusione con el ala izquierda escindida del partido socialista: el pequeño grupo de “terceristas” con Serrati, Maffi, Lazzari, Riboldi. La mayoría del partido no quiere. En el Congreso de Moscú de noviembre (inmediatamente tras la victoria fascista) se hace un primer trabajo en serio para “aislar” a la Izquierda, con los primeros resultados. Pero, como alguien ha recordado, (daños en el cerebro) Lenin estaba enfermo. ¿Quién hizo lo principal del trabajo? ¡Trotsky! En el año 1922 estaba dentro de la ortodoxia, y no en la oposición en Rusia o en la Comintern. El, Zinoviev y Bujarin van catequizando a los delegados italianos uno a uno, convenciendo a varios, mientras la mayoría vota contra la fusión, aún aceptando por disciplina. ¿Importan los nombres de los ayudantes? El primero fue indudablemente Togliatti; la historia hace de él fundador del partido, mientras que lo único que fundó fue el desviacionismo. Cede Gennari, cede Terracini, cede Socci: la elocuencia de Leon Trotsky, en la comisión italiana y en los coloquios, es cálida y convincente: se encara con las izquierdas. Debéis, grita, tras haber dado vuestra contribución crítica al debate, votar en el pleno por la fusión con vuestros contrarios, de otra

manera dañareis el desarrollo y romperéis la disciplina comunista que quiere un voto unánime. Togliatti y los demás hacen desde entonces de ésta fórmula sangre de su sangre y aplauden vigorosamente. Los delegados, entre ellos principalmente los obreros, están con el Ejecutivo italiano: estaremos en el comité de fusión, lo seguiremos en Italia, pero votamos en contra en el Congreso mundial. Trotsky y Zinoviev, en vano furiosos, no comprendían entonces que estaban colocados en un camino erróneo, o mas exactamente, que ahí estaba todo el movimiento” (“La dégringolade”, Battaglia Comunista, nº 6, 1951).

[195] “Dall'Internazionale due e tre quarti alla seconda Internazionale”, Bilan n.10, agosto de 1934, p 345-6.

[196] “Ce que nous pouvons revendiquer de Trotsky”, le prolétaire, nº 303, 28 de diciembre 1979 – 3 de enero de 1980.

[197] “Spigolature trotskiste”, «Prometeo», nº 9, Abril-Mayo de 1948.

[198] Ibídem.

[199] Ibídem.

[200] Ibídem.

[201] “Nuevo y viejo imperialismo”, Battaglia Comunista n. 3, 1950.

[202] Ibídem.

[203] Ibídem.

[204] Ibídem.

[205] “Partido revolucionario y acción económica”, “Bolletino interno nº 1” setiembre de 1951.

[206] Ibídem.

[207] “Partido socialista y organización obrera” Avanti!, 30 de enero de 1913.

[208] “Resumen de las tesis expuestas en la reunión de Florencia, 8-9 de septiembre de 1951”, Parte III, punto 13 (“Per l’organica sistemazione dei principi comunisti”, Pág. 15).

[209] “Los partidos comunistas tienen la posibilidad de invitar a esas capas de trabajadores [que no tienen una conciencia política desarrollada pero que tienen intereses a los que la ofensiva capitalista ataca directamente] a acciones unitarias por aquellas reivindicaciones concretas e inmediatas que consistan en la defensa de los intereses amenazados por la ofensiva del capital” y lo harán no solamente presentando reivindicaciones y proponiendo medios de lucha que no sean contrarios al programa político propio, sino que también rechazando “la participación en organizaciones comunes a diversos organismos políticos, que actúan con continuidad y responsabilidad colectiva, en la dirección del movimiento general del proletariado”, evitando “aparecer compartiendo declaraciones comunes con partidos políticos” y realizando “el centro dirigente de la coalición en una alianza de organizaciones proletarias de carácter sindical o afines” (“Proyecto de tesis presentado por el P.C. de Italia al IV Congreso Mundial, Moscú, Noviembre de 1922”

- [210] Entrevista con Amadeo Bordiga, 1970.
- [211] Tesis características del Partido, 1951.
- [212] Tesis de Lyon, par. 3, Acción y táctica del partido (“En defensa de la continuidad del programa comunista” Pág. 101)
- [213] “Tesis suplementarias sobre la tarea histórica, la acción y la estructura del partido comunista mundial, Abril de 1966” en “En defensa de la continuidad del programa comunista” Pág. 186.
- [214] Il programma comunista, números 7,8,9 y 10 de 1978.
- [215] El artículo del que reproducimos amplios extractos se remonta a Enero de 1998, pero no ha perdido de hecho “actualidad”.
- [216] El término original en italiano “tratta dei rossi” se deriva del análisis de nuestra Fracción en el Exterior sobre la Guerra de España y en particular por los análisis críticos de la actividad de la Brigadas Internacionales. El término nos parece perfectamente adecuado para describir el efecto objetivo del reclutamiento brigadista entre los obreros más combativos.
- [217] Circular del BCF (Bureau Central Français), 25.11.1981
- [218] “la formule du terrorisme «organisation ennemie du prolétariat et du parti» appliquée aux Napap 1975-80 est totalement inacceptable [...] parce qu’elle n’exprime pas un point de vue de classe; et, n’exprimant pas un point de vue de classe, elle est «scientifiquement» fautive, elle ne nous aide pas à comprendre ou à rendre compte de la réalité, elle nous empêche au contraire de la voir”.
- [219] “notre travail d’analyse marxiste scientifique et concrète n’a de valeur et ne peut donner des résultats que s’il est inspiré et alimenté par la haine de classe contre l’ignoble ordre bourgeois”.
- [220] “cette haine nous doit faire considérer avec un minimum de sympathie ceux qui se révoltent contre cet ordre, quelle que soient les aberrations ou les inconséquences de leurs théories et –jusqu’à un certain point, s’entend- de leurs actes”.
- [221] “il serait sans doute plus approprié, pour ces raisons, de parler d’éléments ou de courants «avant-coureurs» du mouvement social –ce qui n’enlève rien au fait qu’ils produisent d’authentiques figures révolutionnaires”.
- [222] “on ne peut pas exclure que des éléments ou groupes d’avant-garde acquièrent, ou découvrent, des bribes ou des pans du programme et des méthodes marxistes”.
- [223] Las seis últimas citas están recogidas del estudio titulado “Izquierda Comunista y terrorismo” (“Comunismo”, nº 5 septiembre-diciembre de 1980).
- [224] “Les communistes, la répression bourgeoise et les procès politiques”, le prolétaire, nº 296, 22 de Septiembre a 5 de Octubre de 1979.
- [225] Que se tratase de un deber moral se deduce de forma evidente del hecho de que frente a la gesta del terrorismo pequeño burgués de las B.R. y otros grupos dedicados a la lucha armada, se

hablara de “formas de rebelión contra el orden constituido que son generosas, y por ello merecen la solidaridad de todo proletario hacia quien, habiéndolas efectuado, lo paga personalmente, pero fantasiosas, al estar desligadas de una relación precisa entre clase y partido, y entre acción de clase y situación objetiva” (“7 obreros armados”, il programma comunista n° 9 1977). No nos es posible saber de que visión deforme nace este respeto sacerdotal hacia quien “paga personalmente”; desde luego que no del marxismo, que es amoral, que mira a las clases de las que proceden ciertas acciones y no a las intenciones más o menos “generosas” de sus ejecutores, ni mucho menos a las opiniones que estos últimos tienen de sí mismos y en base a las cuales se consideran “comunistas” y aún menos al hecho de que ellos paguen o no paguen “personalmente”.

[226] “Les communistes, la répression bourgeoise et les procès politiques” le prolétaire, n° 296, 22 5 de Septiembre a 5 de Octubre de 1979.